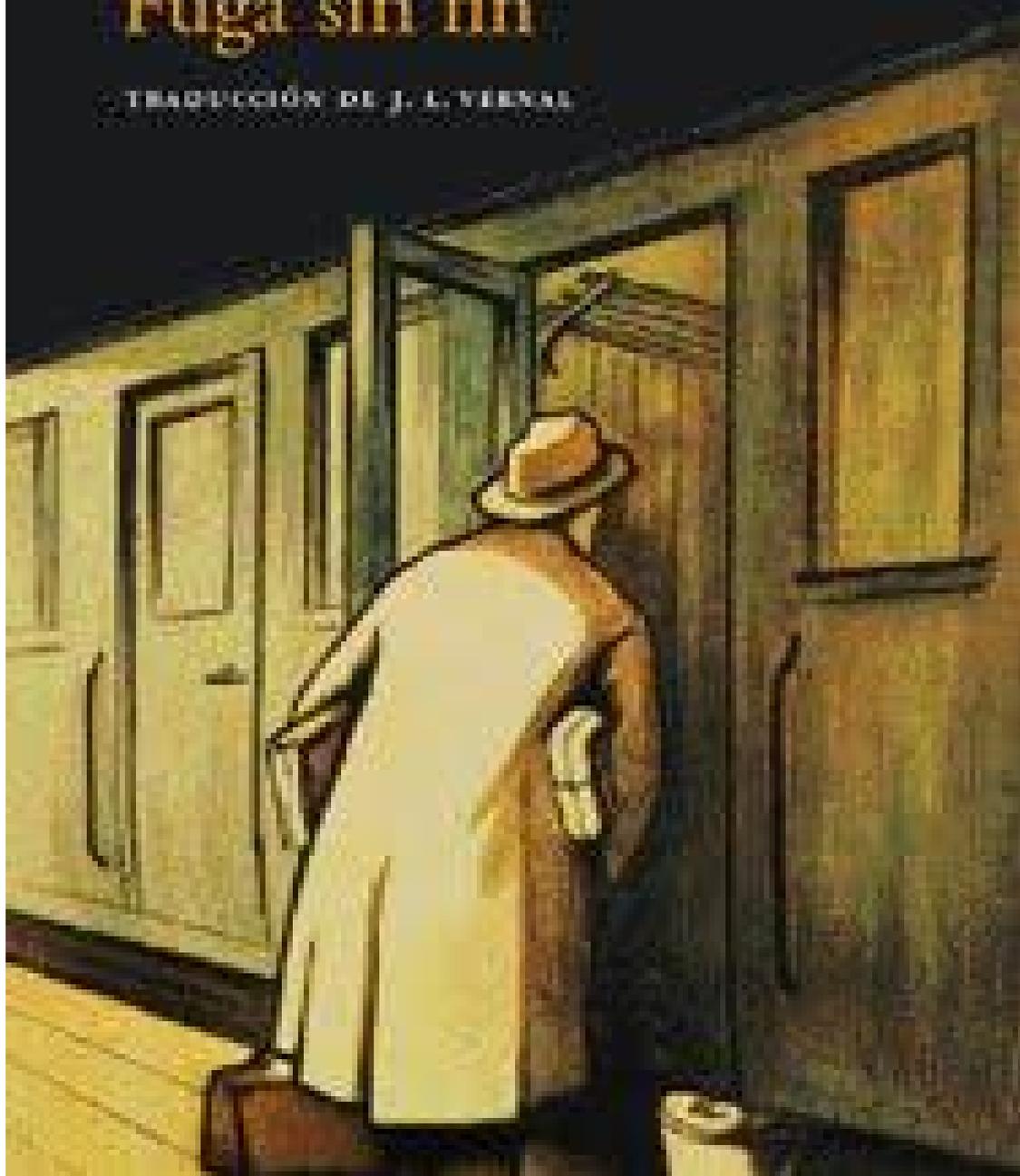


NARRATIVA DEL ACANTILADO

Joseph Roth
Fuga sin fin

TRADUCCIÓN DE J. L. VERNAL



JOSEPH ROTH

FUGA SIN FIN

TRADUCCIÓN DE JUAN LUIS VERNAL
REVISADA POR JOSÉ VIVAR

BARCELONA 2003 - ACANTILADO

PRÓLOGO

En las páginas que siguen cuento la historia de mí amigo, el camarada y correligionario Franz Tunda.

Sigo en parte sus notas, y en parte sus relatos.

No he inventado nada, no he compuesto nada. No se trata ya de «poetizar». Lo más importante es lo observado.

JOSEPH ROTH
París, marzo de 1927

I

El teniente del ejército austríaco Franz Tunda cayó en poder de los rusos. En agosto del año 1916, fue enviado a un campo de prisioneros de guerra algunas verstas al noroeste de Irkutsk, y consiguió huir de allí con ayuda de un polaco siberiano. Hasta la primavera de 1919, el oficial permaneció en la lejana, solitaria y triste granja del polaco, al borde mismo de la taiga.

Gentes del bosque se albergaban en la casa del polaco, cazadores de osos y comerciantes en pieles. Tunda no tenía ninguna razón para temer que lo persiguieran. Nadie lo conocía. Era hijo de un comandante austríaco y una judía polaca; había nacido en una pequeña ciudad de Galitzia donde estaba la guarnición de su padre. Hablaba polaco y había servido en un regimiento galitziano. Le resultó fácil hacerse pasar por un hermano menor del polaco. El polaco se llamaba Baranowicz. Así se llamaría Tunda.

Consiguió un documento falso con el nombre de Baranowicz, según el cual había nacido en Lodz, y en 1917 había sido licenciado del ejército ruso por causa de una enfermedad de los ojos incurable y contagiosa, su profesión era la de comerciante en pieles, y su residencia Werchni Udinsk.

El polaco valoraba sus palabras como si fuesen perlas; una barba negra lo obligaba al silencio. Había llegado a Siberia como penado hacía treinta años, y después se había quedado allí voluntariamente. Colaboró en una expedición científica para la investigación de la taiga, anduvo cinco años por los bosques, después se casó con una china, se convirtió al budismo, y se estableció en un pueblo chino trabajando de médico y herborizador; tuvo dos hijos, que perdió junto con su mujer por causa de la peste. Volvió a los bosques y vivió de la caza y el comercio de pieles, aprendió a reconocer las huellas del tigre incluso en la hierba más tupida, los presagios de tormenta en el vuelo temeroso de las aves, y a diferenciar las nubes de granizo de las de nieve, y las de nieve de las de lluvia; conocía las costumbres de quienes recorrían los bosques, de los bandidos y de los inofensivos caminantes, amaba a sus dos perros como a hermanos, y adoraba las serpientes y los tigres. Fue voluntariamente a la guerra, pero, ya en el cuartel, les parecía tan extraño a sus compañeros y oficiales que lo mandaron de vuelta al bosque, pensando que se trataba de un enfermo mental. Todos los años, en marzo, iba a la ciudad. Cambiaba cornamentas y pieles por munición, té, tabaco y aguardiente. Se llevaba algunos periódicos para estar al día, pero no creía en las noticias ni en los artículos: hasta los anuncios le hacían dudar. Durante años estuvo visitando el mismo prostíbulo para ver a una pelirroja que se llamaba Ickaterina Pewlowna. Si había otro que estuviese con ella, Baranowicz, amante paciente, la esperaba. La muchacha fue envejeciendo, se teñía el pelo plateado e iba perdiendo un diente tras otro, y perdió hasta la dentadura postiza. Baranowicz tenía que esperar menos cada año, hasta que, al final, él era el único que iba a ver a Ickaterina. Ella comenzó a amarlo. Su anhelo ardía durante todo el año, el anhelo tardío de una novia tardía. Cada año era mayor su ternura, más fuerte su pasión, ya era una anciana; con la carne marchita gozó el primer amor de su vida.

Baranowicz le llevaba todos los años los mismos collares chinos y pequeñas

flautas que él mismo tallaba, con las que imitaba las voces de los pájaros.

En febrero de 1918, Baranowicz perdió el pulgar de la mano izquierda mientras serraba distraído un trozo de madera. Tardó seis semanas en curarse. En abril tenían que llegar los cazadores de Vladivostok, y ese año no pudo ir a la ciudad. Ickaterina esperó en vano. Baranowicz le escribió por medio de un cazador, consolándola, y en lugar de perlas chinas le mandó una marta, una piel de serpiente y una piel de oso para alfombra de cama. Así fue como ese año, el más importante de todos, Tunda no leyó ningún periódico, y hasta la primavera de 1919, con la vuelta de Baranowicz, no se enteró de que la guerra había terminado.

Era viernes, Tunda estaba lavando los platos en la cocina; Baranowicz apareció en la puerta. Se oía el ladrido de los perros, el hielo tintineaba en su barba negra, en el alféizar de la ventana había un cuervo.

—Ha llegado la paz, y la revolución—dijo Baranowicz.

En ese momento se hizo un silencio en la cocina. El reloj de la habitación contigua dio tres fuertes campanadas. Franz Tunda dejó los platos suavemente, con mucho cuidado sobre el banco. No quería romper el silencio. Quizá tenía también miedo de romper los platos. Sus manos temblaban.

—Durante todo el camino—dijo Baranowicz—estuve pensando si debía decírtelo. Al fin y al cabo me da pena que te vuelvas a tu casa. Probablemente no nos volveremos a ver, y tampoco me escribirás.

—No te olvidaré—dijo Tunda.

—No prometas nada—dijo Baranowicz.

Ésta fue su despedida.

II

Tunda quería llegar a Ucrania pasando por Shmerinka, donde había caído prisionero, hasta llegar a la estación fronteriza austríaca de Podwoloczyska, y después a Viena. No tenía un plan determinado; ante él se extendía un camino incierto, lleno de revueltas. Sabía que duraría mucho tiempo. Sólo tenía un propósito: evitar tanto a las tropas blancas como a las rojas y no inmiscuirse en la revolución. La monarquía austrohúngara se había desintegrado. Ya no tenía patria. Su padre había muerto siendo coronel; también su madre había muerto hacía tiempo. Su hermano era director de orquesta en una pequeña ciudad alemana.

En Viena le esperaba su novia, hija del fabricante de lápices Hartmann. El teniente sólo sabía de ella que era guapa, inteligente, rica y rubia. Estas cuatro cualidades la habían capacitado para ser su novia.

Ella le enviaba al frente cartas y pastelillos de hígado, y de vez en cuando una flor disecada. Él le escribía todas las semanas cartas breves, informes concisos sobre la situación, noticias con lápiz mojado, en un papel azul oscuro de correo militar.

Desde su fuga del campo de prisioneros no sabía nada de ella; no dudaba de que le seguía siendo fiel y lo esperaba. No dudaba de que seguiría esperándolo hasta su llegada.

Tampoco dudaba de que dejaría de amarlo en cuanto estuviese allí frente a ella. Cuando se prometieron, él era un oficial. Entonces el gran dolor del mundo lo hacía más bella, y la cercanía de la muerte lo engrandecía; la solemnidad de los difuntos se instalaba en los vivos, y la cruz que llevaba en el pecho hacía recordar otra cruz sobre una colina. Además se contaba con un final feliz y se esperaba la marcha triunfal de las tropas vencedoras por la Ringstrasse, después las insignias doradas de comandante, el Estado Mayor, y, finalmente, la graduación de general, todo ello envuelto en el suave repiqueteo de los tambores de la marcha de Radetzky.

Ahora, en cambio, Franz Tunda era un joven anónimo, sin importancia, sin título, sin dinero y sin profesión, apátrida y sin ningún derecho.

Había cosido a su chaqueta los documentos antiguos y una foto de su novia. Le pareció más conveniente andar por Rusia con su nombre falso, que ya le resultaba tan familiar como el propio. Sólo después de haber pasado la frontera pensaba volver a utilizar sus antiguos documentos.

Tunda sentía sobre su pecho el cartón duro y tranquilizante con la imagen de su bella novia. La fotografía estaba hecha por el fotógrafo de la corte que mandaba a las revistas de moda los retratos de las damas de sociedad. En la serie «Novias de nuestros héroes» había aparecido la señorita Hartmann como novia del valeroso teniente Franz Tunda; la revista le llegó una semana antes de caer prisionero.

Tunda podía sacar fácilmente del bolsillo de la chaqueta el recorte con el retrato cada vez que sentía ganas de contemplar a su novia. La lloraba ya antes de haberla visto. La amaba doblemente: como a un fin y como a alguien a quien

se ha perdido. Amaba el heroísmo de su largo y peligroso éxodo. Amaba los sacrificios necesarios para llegar a su novia y la inutilidad de esos sacrificios. Todo el heroísmo de sus años de guerra le parecía ahora algo infantil en comparación con la arriesgada empresa que ahora emprendía. Junto con su desconsuelo crecía la esperanza de que sólo gracias a ese peligroso retorno volvería a ser un hombre respetado. Durante todo el camino se sentía muy feliz. Si se le hubiera preguntado si era la esperanza o la melancolía la causa de esta felicidad, no hubiera sabido qué responder. En el alma de muchos hombres, la tristeza produce un gozo mayor que la alegría. De todas las lágrimas que se tragan, las más valiosas son las que se lloran por uno mismo.

Tunda logró esquivar las tropas blancas y rojas. En unos meses atravesó Siberia y parte de la Rusia europea, en tren, a caballo y a pie. Por fin llegó a Ucrania. No se preocupaba por el triunfo o la derrota de la revolución. El sonido de esa palabra le traía débiles imágenes de barricadas y populacho, y le recordaba al profesor de historia de la Academia Militar, comandante Hortwath. Las «barricadas» se las imaginaba como un montón de bancos negros de la escuela, colocados unos sobre otros con las patas hacia adelante. El «populacho» era, más o menos, la gente que se amontonaba detrás del cordón policial en el desfile de Jueves Santo. De esa gente sólo se veían los rostros empapados en sudor y los sombreros abollados. Probablemente tenían piedras en las manos. Esa gente, amante de la holgazanería, era la causante de la anarquía.

A veces, Tunda se acordaba también de la guillotina, que el comandante Hortwath siempre pronunciaba «guillotín», sin vocal final, lo mismo que decía «Parí» en vez de París. La guillotina, cuya construcción era perfectamente conocida y admirada por el comandante, se levantaría ahora, probablemente, en la Stephansplatz; se habría interrumpido el tráfico de coches, caballos y automóviles (como en Nochevieja), y las cabezas de las mejores familias del reino rodarían hasta la iglesia de San Pedro y hasta la Jasomirgottstrasse. Lo mismo ocurriría en Petersburgo y Berlín. Una revolución sin guillotina era tan imposible como sin bandera roja. Se cantaba La Internacional, una canción que solía cantar su compañero Mohr en las tardes de domingo de la Academia Militar, mientras hacía sus «cochinadas». En aquella época, Mohr enseñaba postales pornográficas y cantaba canciones socialistas. El patio estaba vacío, se veía desde la ventana, vacío y silencioso. Se oía crecer la hierba entre las piedras de sillería. Una «guillotín» con la «a» cortada, en cierto modo degollada por ella misma, era algo heroico, un azul acerado salpicado de gotas de sangre. Considerada simplemente como instrumento, a Tunda le parecía más heroica que una ametralladora.

Personalmente, pues, Tunda no tomaba partido. La revolución le era antipática. Le había destrozado la carrera y la vida, pero en aquel momento histórico él no estaba de servicio, y se sentía feliz de que no hubiese un reglamento que le obligase a tomar partido. Él era austríaco e iba a Viena.

En septiembre llegó a Shmerinka. Por la tarde anduvo por la ciudad, compró pan caro con una de sus últimas monedas de plata, cuidando bien de no hablar de política. No quería que se notase que no estaba muy al tanto de la situación y que venía de tan lejos.

Decidió caminar durante toda la noche.

Era una noche clara, fresca, casi invernal; la tierra todavía no estaba helada,

pero sí que lo estaba el cielo. De pronto, hacia la medianoche, oyó disparos. Una bala le arrebató el bastón de la mano. Se echó a tierra y sintió una coz en la espalda, lo capturaron, lo levantaron y lo colocaron transversalmente sobre una montura, como se cuelga la ropa de una cuerda. Le dolía la espalda, el galope le hizo perder el sentido, su cabeza estaba llena de sangre que amenazaba salirle por los ojos. Despertó de su desmayo y se durmió inmediatamente, colgado como estaba. A la mañana siguiente lo desataron cuando aún dormía y le dieron a oler vinagre. Abrió los ojos y se encontró en una cabaña, acostado sobre un saco. Un oficial estaba sentado detrás de una mesa. Los caballos relinchaban alegres y consoladores delante de la casa. En la ventana se veía un gato. Creían que Tunda era un espía bolchevique. «¡Perro rojo!», le llamó el oficial. El teniente comprendió rápidamente que no le convenía hablar en ruso. Dijo la verdad, confesó que se llamaba Franz Tunda, que estaba de regreso a su patria y que tenía documentos falsos. No lo creyeron. Inició un movimiento hacia el pecho para enseñar sus documentos verdaderos, pero la presión que sintió al tocar la fotografía fue como una advertencia o una exhortación. No trató de justificarse, lo que, por otra parte, no habría servido de nada. Lo ataron y lo encerraron en un pequeño establo. A través de un agujero veía el día, y también un pequeño grupo de estrellas diseminadas como amapolas blancas. Tunda pensaba en panecillos frescos: él era austríaco. Después de contemplar dos veces las estrellas se desmayó de nuevo. Se despertó en un mar de sol, y le dieron agua, pan y aguardiente. Estaba rodeado de guardias rojos entre los que había una muchacha en pantalones, se le adivinaba el pecho debajo de los dos grandes bolsillos de la blusa, rellenos de papeles.

— ¿Quién es usted?—preguntó la muchacha. Apuntó todo lo que Tunda decía. Ella le dio la mano. Los guardias rojos salieron dejando la puerta abierta; de repente sintió el sol ardiente, aunque fuese blanco y no tuviese ganas de arder. La chica era fuerte, quiso levantar a Tunda, pero se cayó al suelo. Tunda volvió a dormirse bajo el sol ardiente. Se quedó con los rojos.

III

Irene había esperado realmente mucho tiempo. En la clase social a la que pertenecía la señorita Hartmann se da una fidelidad convencional, un amor por razones de oportunidad, y una castidad por falta de oferta y como consecuencia de un gusto complicado. El padre de Irene, un fabricante de aquellos tiempos en los que aún la honestidad de un hombre se medía por el tanto por ciento que obtenía de sus mercancías, perdió su fábrica por causa de los mismos reparos por los que Irene casi sacrificó su vida. No pudo decidirse a emplear mina de mala calidad, a pesar de que los consumidores no eran en absoluto exigentes. Hay un cariño misterioso y conmovedor por la calidad del producto propio, la autenticidad del cual repercute en el carácter del fabricante, una fidelidad al producto que equivale aproximadamente al patriotismo de los hombres que subordinan su propia existencia a la grandeza, la belleza y el poder de la patria. Este tipo de patriotismo lo comparten a veces los fabricantes con los más modestos de sus empleados, lo mismo que el otro gran patriotismo que comparten por igual príncipes y cabos.

El viejo señor pertenecía a aquel tiempo en el que la voluntad determinaba la calidad, y en el que se ganaba dinero con ética. Hacía suministros de guerra, pero no tenía una idea clara de lo que era la vida en la guerra. Y por eso, suministraba millones de sus mejores lápices a nuestros combatientes en el frente, lápices que les servían de tan poco como los pésimos productos de otros proveedores militares. Un oficial de intendencia que le aconsejó rebajar la calidad de la mercancía fue puesto de patitas en la calle. Otros se guardaban el buen material para tiempos mejores.

Cuando llegó la paz, el viejo sólo tenía material de poca calidad, que además había rebajado de precio. Lo vendió junto con su fábrica y se retiró al campo, donde todavía dio un par de paseos cortos, y finalmente otro más largo hasta el cementerio central.

Como la mayor parte de las hijas de fabricantes arruinados, Irene se quedó en una villa, con un perro y una noble dama que recibía las visitas de condolencia y lamentaba honestamente la desaparición del viejo, no porque hubiese estado ligada íntimamente a él, sino porque se había ido sin estarlo. Su camino de ama de llaves a señora de la casa había sido interrumpido por la muerte. Ahora tenía las llaves de armarios que no le pertenecían, y se consolaba contemplando con detenimiento a la sufriente Irene.

Además, la elegante dama había sido la causa principal del compromiso con Tunda. Irene se había prometido para demostrar su independencia. Estar prometida era casi como llegar a la mayoría de edad. La novia de un oficial en activo en la guerra era, de facto, mayor de edad. Ciertamente, el amor que había crecido por esta razón, la mayoría de edad, no habría sobrevivido hasta el fin de la guerra y la revolución si Tunda hubiese regresado. Pero los desaparecidos tienen un encanto irresistible. Se puede traicionar a alguien que esté presente, sano, incluso enfermo, y, en determinadas circunstancias, hasta a un muerto. Pero a alguien que ha desaparecido misteriosamente se le espera todo lo que se puede.

Existen diferentes causas del amor femenino: una de ellas es la espera. Se ama a la propia nostalgia y al tiempo lleno de significado durante el que uno se ha entregado a ella. Toda mujer se menospreciaría si no amase al hombre al que ha esperado. ¿Esperaba también por eso Irene? Los hombres de su entorno no podían competir con un desaparecido.

Por otra parte era muy exigente. Pertenece a la generación de chicas de la gran burguesía que habían perdido sus ilusiones, cuya disposición, naturalmente romántica, había sido destruida por la guerra. Estas chicas habían ido durante la guerra a la escuela de grado medio, a la superior, y al conocido Colegio para Señoritas. En tiempo de paz, estos lugares son semilleros de ilusiones, ideales y enamoramientos.

En la guerra se descuida la educación. Las chicas de todos los niveles sociales aprenden, a expensas de los versos yámbicos, el cuidado de los enfermos, el heroísmo y los partes de guerra. Las mujeres de esa generación son tan escépticas como solo lo son las mujeres que tienen una gran experiencia en el amor. Les aburre la naturaleza tosca, simple y brutal de los hombres, y ya conocen, de antemano, los pobres, eternos e invariables métodos de seducción masculina.

Después de la guerra, Irene se colocó en una oficina. Por entonces ya empezaba uno a avergonzarse si no trabajaba. Era una de las empleadas más eficientes, una de esas a las que el jefe llama directamente sin necesidad de recurrir a la secretaria. Estos pequeños detalles hacían creer entonces que el mundo había llegado al no va más, y que la igualdad de todos estaba asegurada. ¡Qué época aquella en la que las hijas de los industriales tenían que contestar a la carta del dieciocho de los corrientes del «Estimado señor» si querían comprarse medias caras! Eran tiempos enloquecidos.

Mañana, tarde y noche, Irene (como miles de mujeres) esperaba al cartero. De vez en cuando éste traía una carta sin interés del notario. Por lo demás, se sentía envuelta sólo por los suspiros de la aristocrática dama, cuya compasión tenía algo de la alegría del mal ajeno.

Irene frecuentaba una familia amiga que provenía de Trieste. Era una antigua familia que vivía, hacía decenios, de la fabricación de estufas de azulejos y estatuas clásicas de yeso. A esta familia hay que atribuirle la mayor parte de los discóbolos que se encuentran tras los cristales de las vitrinas de caoba. Una rama de la familia triestina había rendido homenaje al irredentismo, probablemente por razones comerciales, y había trasladado sus oficinas a Milán, separándose de la parte de la familia fiel a los Habsburgo. Las dos facciones no se intercambiaron ni siquiera un telegrama de bodas. Así de graves son las consecuencias que puede generar el patriotismo.

Una vez terminada la guerra, las relaciones volvieron a reanudarse lentamente. Puesto que el triunfo obliga a la magnanimidad, la parte italiana de la familia tendió en primer lugar su mano a la austríaca. Un sobrino llegó a Viena desde Milán, y ése fue el hombre con el que acabó casándose Irene.

Él la conquistó con su galantería. Entonces ésta era una cualidad rara entre los hombres alemanes, y todavía lo es. Era insignificante, despierto, hábil para los negocios, ganaba dinero y poseía la gran capacidad del hombre de mundo de ser avaro y, al mismo tiempo, hacer a su mujer regalos caros y por sorpresa. Su gusto personal estaba en asombrosa contradicción con su gusto profesional. En su casa no había ni una de las estatuas que fabricaba.

Irene estaba contenta cuando se fue de la villa paterna, y, por primera vez en quince años, dejó a la dama aristocrática.

Puesto que el perro se fue con el matrimonio, el ama de llaves asumió una parte de sus funciones: la de gruñir al cartero.

Irene no olvidó a Tunda. A su primera hija la llamó Franziska, en contra de su buen gusto.

IV

Ya he contado cómo empezó Tunda a luchar por la revolución. Fue pura casualidad.

No olvidaba a su novia, pero no iba ya a su encuentro. Ahora estaba cerca de Kiev, dirección al Cáucaso. Llevaba una estrella roja y tenía las botas destrozadas. No sabía todavía si estaba enamorado de su compañera, pero una vez, según la antigua costumbre, le juró fidelidad. Ella ofrecía resistencia a toda poesía, y él sentía que se le derrumbaban las leyes eternas.

—No te abandonaré nunca—decía Franz Tunda.

—Yo me liberaré de ti—contestaba la muchacha.

La llamaban Natascha Alexandrowna. Era hija de un relojero y una campesina. De muy joven se había casado con un francés fabricante de perfumes y se había divorciado al cabo de un año. Entonces tenía veintitrés años. Algunas veces su rostro se transformaba. La frente abombada se plegaba en pequeñas arrugas, las cejas espesas y cortas casi se juntaban, la suave piel de la nariz se estiraba sobre el hueso haciendo los agujeros más pequeños, los labios redondos y medio abiertos se apretaban uno contra otro como enemigos encarnizados y el cuello se estiraba hacia adelante como el de un animal al acecho. Sus pupilas, normalmente marrones y redondas en el centro de anillos dorados, se convertían en óvalos afilados y verdes, encerrados entre pestañas apretadas como cuchillas en sus vainas. No quería saber nada de su belleza, se rebelaba contra sí misma y consideraba su feminidad como una regresión a la visión burguesa del mundo, y a todo el género femenino como un residuo absurdo de un mundo caduco y agonizante. Ella era más valiente que todo el grupo de hombres con quienes luchaba. No sabía que el valor es virtud de mujeres y el miedo la cordura de los hombres. Tampoco sabía que si todos los hombres eran buenos camaradas suyos era porque todos la amaban. Tampoco sabía que los hombres son pudorosos y sienten vergüenza de mostrar su corazón. No se había unido a ninguno de ellos, ni había sentido amor alguno, porque en el fondo era más burguesa de lo que podía confesarse a sí misma.

Los hombres de su grupo eran marineros, obreros, campesinos, hombres sin cultura y con la ingenuidad de los animales. Tunda era el primer burgués que conocía, e inmediatamente se sintió atraída por él sin darse cuenta de que era una clara caída en la mentalidad burguesa. Reconocía su igualdad en lo erótico, pero se burlaba de sus horizontes burgueses al mismo tiempo que se proponía hacer de él un revolucionario. No sabía que, de lograrlo, sería solamente porque, a pesar de estar entre los otros, tanto él como ella vivían en una isla inaccesible y se entendían inmediatamente por muy diferentes que fuesen sus convicciones.

Natascha Alexandrowna se enamoró de Tunda conforme a las reglas, siguiendo todas las antiguas leyes del amor contra las que ella luchaba en un mundo caduco que tampoco admitía. Por eso decía: «Me liberaré de ti», sin darse cuenta de que estaba mintiendo. Tunda, al principio, le juró amor eterno con la rotundidad con que lo hacen todos los hombres superficiales, y en la que muchas mujeres inteligentes han creído. Pero fue la resistencia de ella,

programada y falsa, pero sorprendente, y su consciente rechazo de todas las dulzuras de la seducción masculina, tan desconocida para él, los que lo hicieron enamorarse por primera vez en su vida.

Fue entonces cuando Tunda olvidó a su novia, y, con ella, toda su vida anterior. Su pasado era como un país definitivamente abandonado en el que se han vivido años intrascendentes. La fotografía de su novia era un recuerdo, como una postal con una calle en la que se ha vivido; y su auténtico nombre, en su verdadera documentación, como una antigua cédula de registro que se conserva sólo por amor al orden.

Natascha vio una vez la fotografía de su novia, y, aunque se puso celosa, le devolvió el retrato, tendiéndoselo con indiferencia y diciendo: —La clásica burguesa.

Era como si hubiese observado un modelo viejo de pistola, superado hace tiempo, relativamente bien hecho para su época pero inservible para la moderna guerra revolucionaria.

¡Qué bien sabía repartir las horas del día, combinando la camaradería con el goce del amor, y éste con el deber de la lucha!

—A las once y media avanzaremos—le decía a Tunda—, ahora son las nueve. Podemos comer hasta las nueve y media, después haces el mapa para Andrej Pawlowitsch, a las diez has terminado y podemos hacer el amor hasta las once y media, si no tienes miedo de cansarte demasiado. ¡A mí no me importa!—añadía con velada ironía, convencida de haber demostrado una vez más su superioridad.

Permanecía consciente y controlaba el placer como un centinela los ruidos de la noche. El amor físico era una exigencia de la naturaleza. Natascha elevaba el amor casi a la categoría de un deber revolucionario, y por eso tenía siempre la conciencia limpia. Tunda se había imaginado siempre así a las mujeres soldado. Aquella mujer era como si hubiese surgido de un libro, y él se asió a su tangible existencia literaria con la admiración y la sumisa fidelidad de un hombre que, siguiendo falsas tradiciones, ve en una mujer de carácter la excepción y no la regla.

Se convirtió en un revolucionario; amaba a Natascha, y amaba la revolución.

Natascha empleaba muchas horas del día en «instruir políticamente» a Tunda y a su gente, y daba clases especiales a Tunda porque éste sabía menos sobre la revolución que los obreros y los marineros.

Pasó bastante tiempo hasta que Tunda dejó de pensar en el Jueves Santo al oír la palabra «proletariado». Estaba inmerso en la revolución y todavía no habían aparecido las barricadas. En una ocasión, cuando su gente —pues ahora los mandaba él—se puso a cantar La Internacional, se levantó con el remordimiento de conciencia propio de un traidor, y gritó: «¡Viva!», con la turbación de un extraño, de un invitado que, en una visita casual, se ve obligado a participar en una fiesta. Tardó bastante tiempo en acostumbrarse a no dar un respingo cuando sus compañeros le llamaban camarada. Él prefería llamarlos por su nombre, y al principio esto le hacía parecer sospechoso.

—Estamos en la primera fase de la revolución mundial—decía Natascha en las clases particulares—, los hombres como tú pertenecen aún al viejo mundo, pero pueden prestarnos un gran servicio. Te acogemos entre nosotros, tú traicionas a la clase burguesa a la que perteneces y te aceptamos con gusto.

Puedes convertirte en un revolucionario, pero, en el fondo, siempre seguirás siendo un burgués. Eres un oficial, un instrumento de muerte en manos de la clase dominante. Has maltratado al proletariado, tendrían que haberte liquidado. Pero date cuenta de la generosidad del proletariado. Él reconoce que entiendes algo de táctica, te perdona e incluso permite que lo dirijas.

—Pero yo lo hago sólo por ti, porque te quiero—dijo el anticuado Tunda.

— ¡Amor!... ¡Amor!—exclamó Natascha—. Eso se lo puedes contar a tu novia. Yo desprecio tu amor. ¿Qué es eso? Ni siquiera lo sabes explicar. Es una palabra que te suena, la has leído en vuestros mentirosos libros y poemas y en vuestras revistas de sociedad. ¡Amor! ¡Qué bien os lo habéis organizado! Aquí, el hogar; allí, la fábrica o la tienda de comestibles finos; enfrente, el cuartel; al lado, el prostíbulo; y en el centro, el verdor del jardín. Hacéis como si fuera lo más importante de vuestro mundo, todo lo relacionáis con él, todo lo que hay en vosotros de noble, elevado y tierno, y a su alrededor queda sitio para vuestra bajeza. Vuestros escritores están ciegos o corrompidos, se creen vuestro montaje, escriben de sentimientos en vez de negocios, del corazón en vez de dinero, describen los valiosos cuadros en las paredes y no las cuentas corrientes en los bancos.

—Yo sólo he leído novelas policíacas—interrumpió Tunda, tímidamente.

—Sí, novelas policíacas en las que cogen al ladrón y triunfa la policía, o en las que el ladrón triunfa sólo porque es un gentleman, gusta a las mujeres y lleva frac. Si sólo estás con nosotros por mí, te fusilaré—dijo Natascha.

—Sí, sólo por ti—dijo Tunda.

Natascha respiró profundamente y le perdonó la vida.

Es lo mismo sí uno se vuelve revolucionario por lecturas, reflexiones, experiencias, o por amor. Un día entraron en un pueblo del gobierno de Samara. Un pope y cinco campesinos, acusados de torturar hasta la muerte a soldados rojos, fueron llevados ante Tunda. Éste ordenó atar y fusilar al pope y a los cinco campesinos. Como intimidación dejó los cadáveres en el lugar de la ejecución. Todavía odiaba a los muertos. Se vengó personalmente de ellos. Esto se tomó como cosa natural. Nadie de la tropa se sorprendió de ello. ¿No les asombraba que alguien pudiera matar sin quererlo?

—Esto lo has hecho por mí—dijo Natascha con desprecio.

Pero era la primera vez que Tunda no lo hacía por Natascha. Cuando ella le hizo este reproche se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en ella. Pero no lo confesó.

—Por supuesto, por ti—mintió.

Hubiera fusilado en nombre de la revolución a todos sus compañeros de la Academia Militar y del regimiento. Un día fue asignado a su tropa un comisario político, un judío que se había puesto el nombre de Nirunow, escritor que redactaba hábiles periódicos y proclamas y pronunciaba discursos enardecidos antes de cada ataque, y que era tan tosco en el diálogo como hábil para entusiasmar. Este hombre feo, miope y necio se enamoró de Natascha, que lo trataba como a un igual político. Tunda quería hablar como el comisario, se esforzaba en imitarlo. Se apropiaba de las expresiones técnicas del político, las aprendía de memoria con la capacidad de un enamorado. Un día hirieron al

comisario y hubo que abandonarlo. Desde entonces fue Tunda el que pronunció los discursos políticos y redactó las arengas.

Luchó en Ucrania y a orillas del Volga. Avanzó por las montañas del Cáucaso y retrocedió a los Urales. Su tropa iba mermando y él la completó reclutando campesinos. Fusiló a los traidores, desertores y espías; se introdujo furtivamente en la retaguardia del enemigo; anduvo algunos días en una ciudad ocupada por los blancos, fue hecho prisionero y se escapó. Amaba la revolución y a Natascha como un caballero. Conocía las tierras pantanosas, el tifus, la barraca sin medicamentos, el sabor del pan enmohecido. Sació su sed con sangre, sufrió el dolor del frío y sus quemaduras, las heladas en las noches crueles, la sed en los días calurosos. En Kazan oyó una vez hablar a Trotski el duro y real lenguaje de la revolución; amaba al pueblo. A veces se acordaba de su antiguo mundo como se acuerda uno de su ropa vieja. Él se llamaba Baranowicz, era un revolucionario. Odiaba a los campesinos ricos, a los ejércitos extranjeros que ayudaban a los guardias blancos, odiaba a los generales que luchaban contra los rojos. Sus compañeros comenzaron a amarlo.

V

Vivió el triunfo de la revolución.

En las ciudades, las casas se vistieron con banderas rojas; las mujeres, con pañuelos rojos, se paseaban como amapolas vivientes. Sobre la miseria de los pordioseros y vagabundos, las calles desoladas, las casas mutiladas, los solares llenos de escombros, las ruinas que olían a quemado, las habitaciones en las que yacían enfermos, los cementerios que abrían y cerraban sin cesar sus tumbas, los vecinos que despejaban quejumbrosos la nieve y limpiaban las aceras, se extendía el rojo desconocido. En los bosques, con un eco lejano, resonaban los últimos disparos. Un último resplandor de fuego se deslizaba fugaz en los horizontes nocturnos. Las campanas de las iglesias, pesadas y rápidas, no cesaban de tocar. Las máquinas impresoras comenzaron a hacer girar sus ruedas: eran los molinos de la revolución. En miles de plazas los oradores se dirigían al pueblo. Los guardias rojos, con las ropas y las botas desgarradas, marchaban cantando. Las ruinas cantaban. Los niños recién nacidos se revolían alegres en el regazo de sus madres.

Tunda fue a Moscú. En aquellos días en los que llovían los puestos de funcionario no le hubiera sido difícil conseguir una mesa y una silla. Sólo hubiera tenido que pedirlo. No lo hizo. Escuchó todos los discursos, fue a todos los clubes, habló con todo el mundo, visitó todos los museos y leyó todos los libros que pudo conseguir.

Entonces vivía de artículos para periódicos y revistas. Había un cliché para protestas y proclamas, otro para apuntes y recuerdos, otro para expresar indignación y hacer acusaciones. Sus ideas eran más revolucionarias que esas frases hechas. Él las adoptó solamente como un instrumento. Los escritores lo viven todo a través del lenguaje. No pueden sentir algo sin expresarlo. Tunda, en cambio, buscaba fórmulas ya existentes, probadas y seguras, para no sucumbir en las experiencias. Como un náufrago, alargaba sus brazos hacia la roca más cercana. Tunda, que había salido en el año 1914 con la idea de volver pocos meses después por la Ringstrasse de Viena a los compases de la marcha de Radetzky, recorría tambaleante las calles de Moscú con las vestimentas rotas y poco formales del ejército rojo, no encontrando otra expresión para su emoción que el texto modificado de La Internacional. Hay momentos en la vida de los pueblos, de las clases, de los hombres, en los que la vulgaridad de un himno pierde importancia frente a la solemnidad con la que se canta. Ni siquiera los escritores profesionales estaban a la altura del triunfo de la revolución rusa. Todos utilizaban recursos fáciles y escribían palabras gastadas. Tunda no tenía idea de la banalidad de esas palabras, le parecían tan grandiosas como el tiempo en que vivía, como el triunfo que había alcanzado.

A Natascha sólo la veía por la noche.

Tenían una cama en una habitación en la que vivían tres familias, y guisaban en un infiernillo de alcohol que alimentaban con petróleo. Una cortina hecha con tres delantales de rayas azules y blancas hacía las veces de pared, puerta y ventana. Tunda, esclavo como todos los hombres de la costumbre que se llama amor, infringió doblemente las leyes impuestas por Natascha al ponerse celoso.

Le hacía reproches a Natascha en voz alta, con la inocencia de los hombres ingenuos que creen que basta con no ser vistos para no ser oídos. Por otra parte, los vecinos, cuya curiosidad se había ido perdiendo en aquella estrechez, al igual que los condenados a cadena perpetua van perdiendo la luz de sus ojos, no se preocupaban por el tipo de celosas advertencias o reproches de Tunda, pero sí por las molestias que les ocasionaban. Tunda quería saber qué hacía Natascha durante todo el día hasta la media noche. Ella, incluso si sus principios se lo hubiesen permitido, no habría podido contárselo, porque eran muchísimas las cosas que hacía: organizaba residencias para mujeres, enseñaba higiene a parturientas, cuidaba de niños sin hogar, daba conferencias en fábricas en las que se interrumpía el trabajo para que ella pudiese explicar el marxismo sin molestias, preparaba representaciones de teatro revolucionario, hacía de guía a las campesinas en los museos, se enfrascaba en la propaganda cultural, todo ello sin cambiar siquiera por una falda los anchos pantalones de montar con los que había luchado. En cierto modo, seguía combatiendo en el frente.

Respondía a los reproches de Tunda, o, mejor dicho, se adelantaba con otros que eran más importantes en relación con la grandeza de la época.

— ¿Por qué no trabajas?—le reprochaba—, tú te duermes en los laureles. Todavía no hemos triunfado, la guerra sigue, todos los días comienza de nuevo. El tiempo de la guerra civil ya ha pasado, ahora comienza otra mucho más importante contra el analfabetismo. Estamos haciendo una cruzada para aclarar las ideas a nuestras masas, para la electrificación del país, contra el desamparo de los niños, por la higiene de la clase obrera. Ningún sacrificio es demasiado grande para la revolución—decía Natascha, que, en el campo de batalla, había hablado siempre de un modo más original, pero que desde el comienzo de su creciente actividad pública no sabía hacerlo de otra manera.

—Tú hablas de sacrificio—respondía el ingenuo de Tunda, que alguna vez tenía pensamientos propios sobre los acontecimientos históricos—, siempre quiero preguntarte si crees lo mismo que yo: que la época del capitalismo era la época del sacrificio. Desde el comienzo de la historia, los hombres se han sacrificado. Primero sacrificaban a sus hijos y a sus bueyes para obtener la victoria, después a las hijas para evitar la ruina del padre, al hijo para ofrecer a la madre una vejez agradable; los religiosos ofrendaban velas por el alma de los muertos, los soldados ofrendaban su vida por el emperador. ¿Tenemos que sacrificarnos ahora también por la revolución? Me parece que ahora comienza ya la época en que no hay que sacrificarse. No tenemos nada, hemos eliminado la propiedad, ¿no es cierto? Tampoco nuestra vida nos pertenece ya. Somos Ubres, lo que tenemos es de todos. Todos toman de nosotros lo que les parece necesario. No somos ningún sacrificio ni tampoco tenemos que ofrecer sacrificios a la revolución. Nosotros mismos somos la revolución.

—Una ideología burguesa—decía Natascha—. ¿Qué trabajador va a echarse a la calle por eso? Dices cosas extravagantes, me gustaría saber de dónde las has sacado. Hablas como si hubieras estudiado por lo menos tres cursos de filosofía. Menos mal que tus artículos no están escritos así. Algunos son muy buenos.

Natascha mostraba cada día menos interés por el amor: eso era para los tiempos de la guerra civil, pertenecía a las costumbres del campo de batalla, pero, para la pacífica propaganda cultural, podía ser contraproducente. Natascha volvía a casa a media noche, sus discusiones duraban hasta las dos, y a las siete tenía que levantarse. El amor le hubiera hecho empezar una hora más tarde sus

obligaciones diarias.

Además Tunda la aburría, un hombre sin energías cuyas caídas en la ideología burguesa se evidenciaban ya con su excesivo interés en el amor. Nikita Kolohin, un comunista ucraniano que luchaba por la autonomía nacional de Ucrania y despreciaba a los panrusos porque no entendían todas las palabras del dialecto ucraniano, había discutido en los últimos días con Natascha, durante varias horas, la situación de la nación ucraniana, mostrando en esa ocasión un nivel mucho más alto que el de un oficial austríaco. Natascha recordó que había nacido en Kiev, es decir, que, en realidad, era ucraniana, y que allí, sólo allí, estaba su puesto. Se fue con Nikita a Kiev... ¿Qué otra cosa podía hacer?

Aprendió un par de expresiones populares ucranianas, recorrió los pueblos, recordó a los campesinos sus deberes nacionales y se encontró nuevamente con Nikita en Kharkov, que ahora se llamaba Kharkiv, donde, en casa de unos amigos, les habían preparado una habitación pequeña para los dos.

Desgraciadamente, Natascha se olvidó de avisar con tiempo a Tunda sobre su larga estancia en Ucrania. Esto hizo que Tunda se pusiese celoso pensando si habrían sido uno o varios hombres los causantes de que Natascha no volviese a casa por la noche. La buscó por todos los clubes, por todas las casas, por todas las redacciones, por todas las oficinas. Después le invadió la melancolía. Fue el primer paso hacia la comprensión. Se olvidó de escribir los artículos, de ganar el dinero necesario para el día siguiente, pasó hambre. Contó la desaparición de Natascha a un par de camaradas conocidos que lo miraron con indiferencia. En aquellos meses, todos habían pasado por experiencias similares. Pero era un hecho que el mundo tenía que encontrar un orden nuevo, y que los dolores íntimos eran ridículos.

Sólo Iwan Alexejewitsch, al que llamaban Iván el Terrible porque en la guerra civil les trenzaba a los popes prisioneros sus largos cabellos y les obligaba a correr, después de atar las trenzas de unos y otros, en direcciones opuestas, sólo Iwan Alexejewitsch, que ahora servía en la caballería, bondadoso en realidad y que sólo cometía crueldades por un exceso de fantasía, se lanzó a un largo diálogo sobre el amor.

—El amor—decía Iwan—no depende para nada de la revolución. En la guerra hiciste el amor con Natascha, ella era un soldado, tú eras un soldado; con revolución o sin ella, con capitalismo o socialismo, el amor entre iguales sólo dura unos años. Ahora Natascha ya no es un soldado, es una política, y tú eres... no sé lo que eres. Antes se pegaba a la mujer cuando no volvía a casa, pero ¿cómo vas a pegar a esa mujer que ha luchado como veinte hombres juntos? No sólo tiene los mismos derechos que tú, tiene más. Por eso no volví yo a mi pueblo. Allí vive mi mujer con cinco niños (si no tiene alguno más ahora, pero los cinco primeros son míos). Antes de entrar en el ejército rojo les pegaba a todos, a los cinco y a mi mujer; ahora he aprendido, y si volviera a casa yo mismo tendría que decir: «se acabaron los golpes». Pero eso iría en contra de mi naturaleza, siempre tendría ganas de pegar a uno o a otro de mi familia, y no podría. Surgirían conflictos, y si me tuviese que dominar continuamente no podría lograr una vida familiar agradable.

Ni siquiera el regreso de Natascha consoló a Tunda. Volvió después de unas semanas, tuvo que ir al médico y ya no volvió a pensar ni en Tunda ni en la nación ucraniana. Estuvo ocho días en la cama y Tunda se encargó del infiernillo de alcohol. Quien conozca esta actividad sabrá que no hay forma más adecuada

para volver críticos incluso a los hombres más sentimentales. En estos ocho días, Tunda, simplemente, se cansó de un amor que se había transformado en puro guisoteo.

Con la ayuda de algunos viejos amigos de la época de la guerra comunista, encontró un trabajo de oficina. Se colocó en uno de los despachos de un instituto recién fundado, cuya misión consistía en crear nuevas culturas nacionales en unos pequeños pueblos del Cáucaso, proporcionándoles un nuevo alfabeto, cartillas y periódicos sencillos. Tunda recibió la misión de llevar pruebas para los periódicos, revistas y material de propaganda al Cáucaso, a orillas del río Terek, donde vivía un pequeño pueblo que, según viejas estadísticas, constaba de doce mil almas.

Vivió algunas semanas en casa de un tártaro de buena posición, que ofrecía su hospitalidad por razones religiosas y trataba a los incómodos forasteros con gran detalle y amabilidad.

A Tunda no le quedaba mucho que hacer. Algunos jóvenes se habían hecho cargo de la cultura, fundando clubes y redactando bandos que pegaban en las paredes.

Se comprobó que la gente no aprendía con la suficiente rapidez, y que era necesario ayudarles por medio de películas. Tunda se convirtió en el director de un cine que, en cualquier caso, sólo podía funcionar tres veces por semana.

Entre los espectadores habituales estaba una muchacha llamada Alja, hija de un georgiano y una mujer tadjika.

La muchacha vivía en casa de un tío suyo, un alfarero que trabajaba al aire libre y que, gracias a su naturaleza y otro poco a la vida monótona que llevaba, se había vuelto algo tonto. No entendía ningún idioma, y para comunicarse empleaba un par de chapurreos que parecía sacar lentamente del cerebro con los dedos.

La muchacha era bonita y callada. Se movía envuelta en su silencio como en un velo. Algunos animales crean en torno a si esa clase de silencio, como si hubieran hecho un voto de servir a un fin superior y secreto. La muchacha callaba, sus grandes pupilas marrones descansaban sobre el blanco de los ojos con reflejos de un azul intenso, andaba erguida como si llevara un cántaro en la cabeza, las manos reposando siempre en su regazo como bajo un delantal.

Esta muchacha fue el segundo amor de Tunda.

VI

Por razones de trabajo, Tunda iba de vez en cuando a Moscú. Todas las noches se acercaba a la Plaza Roja. La Plaza Roja estaba silenciosa, las puertas todas cerradas, y en la entrada del Kremlin los centinelas enfundados en largos abrigos parecían de madera; el mausoleo de Lenin estaba oscuro; en el tejado, a la derecha e iluminada desde abajo, la bandera roja flameaba contra el cielo. Este era el único lugar donde todavía se sentía la revolución, y la medianoche la única hora en que se podía sentir.

Tunda pensaba en la guerra comunista, en los años en los que lo único que se sabía era morir, y en los que la vida, el sol, la luna, la tierra y el cielo sólo eran el marco o el telón de fondo de la muerte. La muerte, la muerte roja, marchaba día y noche sobre la tierra al compás de una solemne música marcial, con tambores cuyo sonido se parecía al de cascos galopantes sobre hierro y vidrio triturado, y lanzaba residuos de objetos cortantes a su paso. Los disparos se oían como gritos lejanos de las masas en marcha.

Ahora el orden diario se había adueñado de esta gran muerte roja, convirtiéndola en una muerte totalmente vulgar que se deslizaba de casa, en casa como un mendigo y recogía sus muertos como limosnas. Eran enterrados en ataúdes rojos y algún coro lanzaba al aire unas estrofas ante la tumba; los vivos volvían y se sentaban de nuevo en sus oficinas, hacían registros y estadísticas, solicitudes de ingreso para los nuevos miembros y juicios contra los expulsados.

No es ningún consuelo pensar que probablemente no es posible crear un mundo nuevo sin escritorios ni plumas, sin bustos de yeso, sin escaparates con adornos revolucionarios, sin monumentos y secantinas con la cabeza de Babel por puño; no es ningún consuelo, ninguna ayuda.

—Pero una revolución no se desmorona—decía Kudrinski, un marinero expulsado del partido que en la guerra había capitaneado un barco durante un año, y que ahora buscaba inútilmente algo que hacer. Una noche encontró a Tunda en la Plaza Roja. Es de suponer que también Kudrinski había ido allí para ver la bandera roja flameando sobre el tejado del Kremlin.

—Una revolución no se desmorona—decía Kudrinski—porque no tiene límites. El océano no tiene límites, ni el fuego, pues en algún lugar debe de haber un fuego tan enorme, tan ilimitado como el océano, quizá debajo de la tierra, o quizás en el cielo; un fuego así no tiene límites. Así es la revolución, no tiene cuerpo; si es como el fuego, su cuerpo es la llama o el fluir si es como el agua. Nosotros mismos somos gotas en el agua, o chispas en el fuego, no podemos escaparnos.

Natascha vivía en un hotel requisado. A partir de las seis de la tarde se dedicaba al amor, naturalmente al amor carnal, al amor categóricamente irreprochable e higiénico del que el corazón, que pertenece a lo universal, quedaba excluido. Desde el punto de vista de la igualdad de la mujer no había nada que objetar, el compañerismo era sagrado para ella. Aunque Tunda ya no le interesase como hombre, no por eso tenía que despreciarlo, era un camarada casi de la misma categoría. ¡Con qué entusiasmo se preocupaba por ayudarlo!,

iy qué seriedad ponía en todas sus discusiones! Tunda, en cambio, cuando estaba con ella, la veía como en un espejo desvaído. Iba a verla como quien va a un lugar en el que una vez fue de joven. Ella ya no era la misma: era, por así decirlo, el lugar de su propia vida pasada. Aquí ha vivido Natascha, se decía Tunda al mirarla. Llevaba una bata azul que le daba aspecto de enfermera, de vigilante o cobradora, pero en forma alguna de amante, y mucho menos de soldado de la revolución. Aunque aún necesitaba del amor que tanto la había devastado, emanaba de ella una cierta castidad, un tipo incomprensible de castidad seca que es propio tanto de las muchachas abandonadas como de las mujeres que ejercitan el amor por principio y de forma razonada. Vivía en una habitación de hotel estrecha y poco iluminada, entre un sillón sobre el que había folletos rotos y la cama desde donde luchaba por la igualdad sexual, y se encontraba igual que si estuviese en un puente de mando o en una tribuna. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y apretaba los labios, que ya no estaban entreabiertos como antes, cuando todavía besaba a Tunda.

Tunda le decía:

—No puedo seguir oyéndote dar conferencias, iacaba de una vez! Me acuerdo de cómo te he querido y admirado. Durante la guerra tus palabras eran frescas, tus labios eran frescos, por las noches estábamos en el bosque a media hora de la muerte, pero nuestro amor era mayor que el peligro. Nunca hubiese imaginado que lo iba a aprender todo tan pronto. Tú eras siempre mejor y más fuerte que yo, y de pronto te has vuelto peor y más débil. Eres muy pobre, Natascha. No puedes vivir sin la guerra. Eres bella en las noches de fuego.

—Nunca te librarás de tus ideas burguesas—decía Natascha—, imira la imagen que tienes de una mujer! ¡En las noches de fuego! ¡Qué romántico! Yo soy un ser humano como tú, casualmente de otro sexo. Es mucho más importante dirigir un hospital que amar en noches de fuego. No nos hemos entendido nunca, camarada Tunda. Que nos hayamos amado, como tú dices, no te da ahora ningún derecho a llorar cobardemente por mis cambios. Es mejor que te vayas y solicites entrar en el partido. Yo no tengo más tiempo. Estoy esperando a Anna Nikolajewna, tenemos que hacer un informe.

Éste fue el último encuentro de Tunda con Natascha.

Natascha sacó un espejo de su cartera de negocios y observó su cara. Vio dos lágrimas que salían de sus ojos y se deslizaban, lentamente y al mismo tiempo, hasta la comisura de los labios. Se extrañó de que sus ojos lloraran sin que ella sintiese nada. En el espejo vio llorar a una extraña. Al entrar Anna Nikolajewna intentó secarse la cara con la mano. Pero se detuvo. Era más inteligente no ocultar las lágrimas. Miró de frente a Anna con la cara llorosa, como una amenaza, o como un escudo, o como una orgullosa confesión.

— ¿Por qué lloras?—preguntó Anna.

—Lloro porque todo es tan inútil, tan vano... —dijo Natascha, como si se quejase de algo muy abstracto que Anna Nikolajewna nunca podría entender.

VII

Ya he contado que a Tunda le gustaba aquella muchacha silenciosa del Cáucaso llamada Alja, sobrina del alfarero tonto. De todos los actos y vivencias de Tunda, que a veces me resulta un ser extraño, su relación con Alja es para mí lo más comprensible. Ella vivía en medio de la revolución y de los enredos históricos y privados como una enviada de otro mundo, representante de una potencia desconocida, fría y curiosa, probablemente tan incapaz para el amor como para la inteligencia, la estupidez, la bondad, la maldad, para todas las propiedades terrenas de las que tendría que componerse un carácter. Era una casualidad que tuviera un rostro humano y un cuerpo humano. No mostraba ningún tipo de emoción, de alegría, de irritación, de tristeza. En vez de reír mostraba sus dientes, dos líneas blancas firmemente apretadas una contra otra, como una hermosa cárcel para todos los sonidos de la garganta. En vez de llorar—raramente lo hacía—, dejaba fluir de sus ojos muy abiertos un par de lágrimas grandes y claras por un rostro amablemente sereno y casi sonriente, lágrimas de las que en modo alguno podría pensarse que fueran saladas como todas las vulgares lágrimas del mundo. En vez de expresar un deseo, señalaba con la mirada el objeto deseado, como si no fuese capaz de anhelar nada que estuviese fuera de su campo visual. En vez de rechazar o rehusar algo, se limitaba a sacudir la cabeza. Sólo daba muestras de gran inquietud cuando iba al cine y alguien le impedía ver bien la pantalla, e incluso la pantalla entera le parecía demasiado pequeña; ella tenía que ver bien todos los detalles, y probablemente le interesaban más los vestidos de los personajes, o cualquier objeto anodino en la decoración de una habitación, que el drama o la catástrofe.

Para describir a Alja me limito a suposiciones. Tampoco Tunda, aunque vivieron casi un año juntos, sabía mucho más de ella. Como ya he dicho, me parece natural que se sintiese atraído por ella. Tunda, desde luego, no era una de las llamadas «naturalezas activas» (sin embargo sería igualmente falso hablar de pasividad). Alja lo recibió con la quietud de una habitación silenciosa. Cerrado a todo deseo de esforzarse, luchar, apasionarse, o siquiera enfadarse, Tunda vivía al margen. Ni siquiera necesitaba estar enamorado. Hasta los pequeños quehaceres domésticos le eran ajenos. Durante el día, Alja ayudaba a su tío el alfarero. Cuando llegaba la noche dormía con su marido. No existe vida más saludable.

Durante algún tiempo, un suplente ocupó el puesto de Tunda. El se fue con su mujer a Bakú, donde tenía que rodar unas películas para un instituto científico.

Le parecía que la parte más importante de su vida ya había pasado, que no era ya momento de grandes expectativas. Había cumplido los treinta. Por la noche iba al mar y escuchaba la música triste de los turcos. Todas las semanas escribía a su amigo siberiano Baranowicz. En el tiempo en que no se habían visto, Baranowicz se había convertido realmente en su hermano. El nombre de Tunda no era falso Tunda era realmente Franz Baranowicz, ciudadano de los estados soviéticos, funcionario satisfecho, casado con una mujer silenciosa, residente en Bakú. Quizás alguna vez se le apareciera en sueños su patria y su vida anterior.

VIII

Todas las noches, apartado de la animada muchedumbre ruidosa y multicolor del puerto de Bakú, podía verse a un hombre que en cualquier otra ciudad hubiese llamado la atención de más de uno. Aquí, sin embargo, pasaba inadvertido, envuelto en una palpable y opaca soledad. A veces, se sentaba en el muro bajo de piedra que rodeaba al mar como a un jardín, los pies colgando sobre el mar Caspio y los ojos mirando al vacío. Sólo cuando llegaba algún barco mostraba una visible agitación, abriéndose paso a través de la densa multitud de los que esperaban y observando a los pasajeros que descendían. Podría pensarse que esperaba a alguien, pero, una vez que todo había pasado, cuando los mozos de cuerda turcos se recostaban de nuevo sobre las paredes blancas o jugaban a las cartas en grupos, y los faetones, lentamente si estaban vacíos o con marcha briosa y alegre si estaban ocupados, se alejaban, el hombre solitario volvía a su casa, a todas luces satisfecho, sin la expresión de perplejidad que nos invade cuando hemos esperado inútilmente a alguien y tenemos que volvernos solos.

Cuando llegan los barcos a Bakú, poco frecuentes y sólo rusos de Astracán, en el puerto reina la excitación. La gente sabe que no llegará ningún vapor extranjero, ningún inglés, ningún americano. Pero cuando ven humo a lo lejos, actúan como si todavía no lo supieran y pudiera tratarse quizá de un barco extranjero. Y es que sobre todos los vapores ondea la misma bandera de humo blanquiazul. También hay agitación en Bakú cuando no llega ningún vapor: se debe quizás al suelo volcánico. A veces se levanta el temido viento al que nada ofrece resistencia; azota los tejados planos, el paisaje amarillo sin vegetación, se lleva ventanas, adornos de estuco y masas de piedra, y ante él parecen temblar hasta las torres de perforación que, en este país, son los sustitutos de los árboles.

Tunda iba al puerto cuando venían los barcos, y aunque sabía que los viejos vapores locales sólo podían traer funcionarios de la zona y algún que otro comerciante extranjero de caviar, siempre se imaginaba que los barcos llegaban de algún mar lejano. Los barcos son el único medio de comunicación que puede inspirar un viaje de aventuras. No necesitan siquiera ser vapores, cualquier vulgar bote, cualquier balsa apacible, cualquier triste barca de pescadores puede haber probado el agua de todos los mares. Para el hombre que está en la orilla, todas las aguas son iguales. Cada pequeña ola es hermana de otras grandes y peligrosas.

Sí, estaba decidido a no esperar ya nada sorprendente. El silencio de su mujer atenuaba el ruido del mundo y suavizaba el curso de las horas. Sin embargo, huía de su casa, iba al puerto, y el olor de ese pequeño mar lo intranquilizaba profundamente. Volvía de nuevo a casa y veía a Alja inmóvil, sentada junto a la ventana contemplando la calle vacía. Apenas volvía la cabeza cuando él llegaba, y cuando se oía algún pequeño ruido en el cuarto sonreía como si de algo alegre se tratara. En estos días empezó Tunda a escribir todos los pequeños acontecimientos, y fue como sí, por el mero hecho de escribirlos, adquiriesen un significado.

Un día escribió:

IX

Estracto del diario de Tunda.

«Ayer a las diez y media de la noche, y con un retraso de tres horas, llegó el vapor Grashdanin. Yo estaba, como siempre, en el puerto, y observaba la aglomeración de los mozos de cordel. Llegaron muchas personas notablemente bien vestidas, pasajeros de primera clase. Como de costumbre se trataba de rusos de la NEP* y algunos comerciantes extranjeros. Antes no les prestaba atención, pero desde que escribo este diario me interesan especialmente los extranjeros. La mayoría provienen de Alemania, los menos de América, y algunos de Austria y los países balcánicos. Los distingo bien, algunos vienen al instituto para pedirme información. (En nuestro instituto soy el único que sabe alemán y francés.) Voy al puerto, trato de adivinarla nacionalidad de los extranjeros, y me alegro cuando acierto. En realidad no sé cómo los reconozco. Me vería en un aprieto si tuviera que detallar las características nacionales. Quizás es su forma de vestir lo que me hace adivinarlo, pero tampoco son unas determinadas prendas, sino su aire en general. A veces podrían confundirse alemanes con ingleses, especialmente cuando se trata de personas mayores. A menudo los alemanes y los ingleses tienen el mismo color rojizo en la cara. Pero los alemanes suelen ser calvos, mientras que los ingleses tienen casi siempre un tupido cabello blanco que hace parecer más oscuro el color rojizo de sus caras. Sus cabellos plateados no llegan a infundirme respeto. Por el contrario, a veces parece como si los ingleses se volvieran viejos y grises por coquetería. Su frescura tiene algo antinatural y hasta impío, diría yo. Su aspecto es tan poco natural que parecen jorobados con corsés ortopédicos. Se mueven como si estuviesen haciendo propaganda de aparatos gimnásticos y de raquetas de tenis que garantizasen una vejez juvenil.

»En cambio, otros viejos del continente parecen los encargados de la publicidad de muebles de oficina y buenos sillones. De las caderas para abajo se vuelven anchos, sus rodillas chocan una contra otra, y asimismo, sus brazos están tan cerca del tronco que parecen estar recostados en mullidos y amplios respaldos de cuero.

»Ayer llegaron tres europeos cuya procedencia no supe distinguir a primera vista. Se trataba de una señora, un hombre mayor que ella—pequeño y de hombros anchos, rostro moreno y barba negra grisácea—y otro hombre más joven, de talla mediana y de unos ojos claros que parecían casi blancos en el rostro de un moreno intenso, boca pequeña, y piernas que se adivinaban llamativamente largas dentro de unos pantalones de lino que cubrían las rodillas como una segunda piel.

»El hombre pequeño y barbudo recordaba un poco a los enanitos multicolores de piedra y yeso que suelen encontrarse entre los arriates de los jardines. Me ofendía en él su aspecto saludable, el rostro insolentemente bronceado que enmarcaba la barba. Andaba con pasos cortos y rápidos junto al hombre de las piernas largas y la gran señora. Se diría que casi saltaba junto a ellos. En realidad parecía un animal que la mujer llevase atado con una cuerda

* Nueva Política Económica. (*N. del T.*)

muy fina. Hacía movimientos vivaces, y en una ocasión lanzó al aire su sombrero claro en el momento en que iban a subir al coche de caballos. Dos mozos de cuerda los seguían con las maletas.

»Me imagino que en su casa los movimientos del hombre de la barba deben de ser lentos y exactamente calculados. Cuando viaja se anima mucho. Había mucho ruido, y ellos hablaban bajo, y aunque me abrí paso hasta ellos no pude oír nada.

»La mujer, que iba en medio, es la primera mujer elegante que he visto desde que volví de mi último permiso en Viena. Hoy por la mañana vinieron los tres a verme.

»Son franceses. El señor mayor es un abogado parisino. Escribe a veces en Le Temps. La señora es su mujer, el hombre joven su secretario. El joven es uno de los pocos franceses que entienden ruso. Por eso, y probablemente también por la mujer, ha venido con ellos a Rusia.

»Cuando la mujer me miró me acordé de Irene, en quien hacía mucho tiempo que no pensaba. Y no precisamente porque se pareciese a ella.

»Es morena, muy morena, su pelo es casi azul. Sus ojos pequeños me miran con elegante miopía. Parece que el mirarme abierta y francamente no vaya con ella. Cuando me habla, espero siempre una orden. Pero, por supuesto, nunca se le ocurre ordenarme nada. Probablemente me sentiría dichoso si se dignase a pedirme algo.

»A veces, tamborilea con el índice, el medio y el pulgar de una mano sobre un libro, una silla, una mesa. Es un tamborilear lento, una especie de caricia rápida. Sus uñas son finas y blancas, uñas sin sangre; y sus labios, como si fuera un contraste deliberado, están pintados de un rojo intenso.

»Lleva zapatos de cabritilla fina, estrechos y grises, los dedos de sus pies son largos, se ven bajo el cuero; me gustaría dibujarlos con un lápiz.

»El secretario, que según su tarjeta se llama Monsieur Edmond de V., me dijo:

»—Usted no habla el francés como un eslavo. ¿Es usted caucasiano o ruso?

»Mentí. Le conté que mis padres eran inmigrantes y que yo había nacido en Rusia.

»—Hace tres meses que viajamos por Rusia—dijo Monsieur de V.— Hemos estado en Leningrado, en Moscú, en Nizhny Novgorod, en el Volga, en Astracán. En Francia se sabe muy poco de la Rusia soviética. Se piensa que es un caos. Estamos sorprendidos por el orden, aunque también por los precios. Por el mismo dinero podríamos haber explorado todas las colonias francesas de África, si no fueran tan aburridas.

»— ¿Entonces, están decepcionados?—pregunté.

»El abogado barbudo lanzó una mirada a su secretario. La mujer miraba al vacío, ni siquiera con la mirada quería participar en nuestra conversación. Me di cuenta de que a los tres les asustaba mi pregunta. Es probable que en realidad no creyeran en nuestro orden. Posiblemente me tomaban por un agente de la policía secreta.

»—No tienen nada que temer. Digan su opinión con toda tranquilidad. No soy de la policía. Hago películas científicas para nuestro instituto.

»La señora me lanzó una mirada rápida. No pude darme cuenta de si estaba disgustada o si me creía. (Ahora pienso que seguramente la decepcioné. Es probable que le gustara mientras ella pudiera creer que yo guardaba algún secreto.)

»Monsieur Edmond de V., sin embargo, con ojos amistosos y un gesto desdeñoso en la boca, de forma que yo no sabía de qué parte del rostro me tenía que fiar, me dijo:

»—Por favor, señor, no crea que tenemos miedo. Estamos muy bien recomendados, es casi como si estuviéramos en misión oficial. Si estuviésemos decepcionados se lo diríamos. No, no lo estamos. Estamos encantados con la hospitalidad de sus autoridades, de su gente, de su pueblo. Sólo que nosotros, sí me permite decirlo en nombre de los tres, vemos, en lo que ustedes llaman un cambio social fundamental, un cambio etnológico propiamente ruso. Perdóneme esta comparación, pero para nosotros el bolchevismo es tan ruso como el zarismo. Por otra parte, y en este punto estoy en desacuerdo con los señores, tengo la esperanza de que agregarán mucha agua a su vino.

»—Quiere decir vino a su agua, ¿no es así?—le respondí.

»—Usted exagera, señor; le agradezco su cortesía.

»—Probablemente nos está provocando—dijo la señora, y miró al aire.

»Era la primera frase que me dirigía directamente, y la dijo sin mirarme, como si quisiera darme a entender que, aunque me hablaba, no lo hacía, precisa y necesariamente, sólo a mí.

»—Espero—dije—que estén bromeando, y que no tengan ninguna sospecha.

»—Era una broma—me interrumpió el abogado, Al tiempo que hablaba se le movía la barba, y yo trataba de adivinar lo que decía por el tipo de movimientos.

»—Quizá pudieran contarme algo de Francia, muy rara vez viene alguien de su país. Yo no lo conozco.

»—Es difícil describir Francia a un ruso que no conoce Europa—dijo el secretario—, y es especialmente difícil para nosotros los franceses. En todo caso, con nuestros libros y periódicos no tendrá una impresión completa. ¿Qué puedo decirle? París es la capital del mundo. Moscú puede llegar todavía a serlo. En nuestro país viven reaccionarios y revolucionarios, nacionalistas e internacionalistas, alemanes, ingleses, chinos, españoles, italianos, no tenemos censura, tenemos buenas leyes escolares, jueces justos...

»—Y una policía competente—dije, pues lo sabía por lo que me habían contado algunos comunistas.

»—Precisamente de su policía no tienen por qué quejarse—dijo la señora, que seguía sin dirigirme la mirada.

»—No tiene por qué temer a nuestra policía—opinó el secretario.

»—Si alguna vez viene a nuestro país, por supuesto sin propósitos hostiles, puede usted contar siempre conmigo.

»—Por supuesto—ratificó el señor de la barba.

»—Iré con las intenciones más pacíficas—aseguré. Y me di cuenta de la impresión de candidez que daba al decir esto. La mujer me miró. Observé sus labios finos y rojos, y dije, torpe e infantilmente, porque me pareció que debía exagerar aún más mi tosca candidez:

»—Iría a su país... por sus mujeres.

»—Oh, es usted charmant—se apresuró a decir el señor de la barba. Quizá tenía miedo de que lo dijese su mujer. A pesar de ello, no pudo impedir que ella sonriera.

»Me hubiera gustado decirle: "la amo, Madame".

»Ella empezó a hablar como si estuviera completamente sola:

»—No podría vivir nunca en Rusia. Necesito el asfalto de los bulevares, una terraza en el bosque de Bolonia, los escaparates de la rué de la Paix.

»Se calló de pronto, del mismo modo que había comenzado a hablar. Era como si delante de mí hubiese dado rienda suelta a todas las brillantes y tentadoras maravillas. Ahora dependía de mí recogerlas, admirarlas, alabarlas.

»Cuando terminó de hablar la miré largamente. Yo esperaba todavía alguna maravilla más. Esperaba su voz. Era una voz grave, cortante, inteligente.

»—En ningún sitio se vive tan bien como en París —comenzó de nuevo el secretario—, y eso que yo soy belga. Así que no es patriotismo.

»— ¿Es usted de París?—pregunté a la mujer.

»—Sí, efe París; esta tarde queremos ir a la zona petrolera—añadió, apresuradamente.

»—Yo les acompaño si no tienen nada que oponer.

»—En este caso yo me quedaría trabajando y nos marcharíamos mañana por la mañana—dijo el señor de la barba.

»Antes comí en un restaurante vegetariano, pues no tenía hambre. Y el dinero se me estaba acabando. Faltaban todavía diez días para cobrar mi sueldo. Tenía miedo de que la señora necesitase un coche. Esto todavía podía pagarlo, pero, ¿y si necesitaba algo más?, ¿y si de pronto se le antojaba comer? No podía permitir que el secretario pagase nada.

»Comí sin apetito. A las dos y media estaba frente a la estación bajo el sol ardiente.

»Veinte minutos después llegó ella en un coche, sola.

»—Tendrá que viajar sólo conmigo—dijo—, hemos decidido que el señor de V. se quede con mi marido. Quiere dar una vuelta por la ciudad y tiene miedo porque no puede hacerse entender.

»Estábamos sentados entre vendedores ambulantes, obreros, mahometanas con el rostro velado, muchachos vagabundos, mendigos paralíticos, librerías ambulantes, pasteleros blancos que vendían dulces orientales. Le enseñé las torres de perforación.

»—Es aburrido—dijo.

»Llegamos a Sabuntschi.

»Dije:

»—No vale la pena ver la ciudad. Sería demasiado fatigoso, hace mucho calor. Esperemos al próximo tren y volvamos.

» Volvimos.

»Al descender nuevamente en Bakú sentimos vergüenza. Al cabo de unos minutos nos miramos al mismo tiempo y reímos.

»Tomamos una gaseosa en un pequeño aguaducho, las moscas zumbaban; de la ventana colgaba una repugnante tira de papel matamoscas.

»Aunque no paraba de beber agua, empecé a tener mucho calor. No tenía nada que decir, el silencio era más sofocante que el calor. Ella, en cambio, permanecía allí sentada, sin que el calor, el polvo o la suciedad que nos rodeaba le afectase; sólo de vez en cuando espantaba a una mosca.

»—La amo—le dije, y aunque ya estaba completamente rojo por el calor, me puse más rojo todavía.

»Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

»Besé su mano. El vendedor de gaseosas me miró con disgusto.

»Nos fuimos.

»Anduve con ella por la antigua ciudad asiática. Era aún pleno día. Lo maldije.

»Anduvimos dos horas de aquí para allá. Yo tenía miedo de que se cansara o de que encontráramos a su marido y al secretario. Sin proponérselo, llegamos al mar. Nos sentamos en el muelle. Yo le besaba continuamente la mano.

»Toda la gente nos miraba. Un par de conocidos me saludaron.

»Pronto se hizo de noche. Fuimos a un pequeño hotel. El hotelero, un judío levantino, me reconoció. Cree que soy una persona influyente y seguro que está contento de saber algo tan íntimo sobre mí. Probablemente se le habrá pasado por la cabeza hacer uso alguna vez de su secreto.

»Estaba muy oscuro, no veíamos la cama, la sentíamos.

»—Aquí hay algo que pincha—dijo, después.

»Pero no encendimos la luz.

»La besé, ella me indicaba aquí y allá con el dedo, su piel brillaba en la oscuridad, yo perseguía con labios temblorosos su dedo saltarín.

»Subió a un coche. Mañana por la mañana piensa venir con el marido y el secretario. Se despedirá. Se van a Crimea, y después, desde Odessa, a Marsella.

»Escribo esto dos horas después de haberla amado.

»Me parece que tengo que escribirlo para, mañana, saber todavía que ha sido cierto.

»Alja acaba de irse a la cama.

»Ya no la amo. La curiosidad silenciosa con que me recibe desde hace meses me parece hipócrita. Recibe mi amor de la misma forma que una persona callada sonsaca algo a otra alegre y locuaz.»

Al día siguiente fueron a despedirse de Tunda.

—Ayer retuve deliberadamente al señor de V.—dijo el abogado—, estoy convencido de que a dos personas no se les puede enseñar tantas cosas como a una sola. Por lo que me dijo ayer mi mujer, debieron de ver ustedes cantidad de cosas interesantes.

El abogado parecía realmente un enano, pero ya no un enanito inofensivo en medio del verde césped, sino uno que viviera entre rocas siniestras.

Se despidieron como extraños.

—Tome—le dijo la mujer a Tunda antes de irse, entregándole un papel con su dirección.

No lo leyó hasta una hora después.

Desde aquel día Tunda supo que ya no tenía nada más que hacer en Bakú. Las mujeres con quienes nos encontramos excitan más nuestra fantasía que nuestro corazón. Amamos el mundo que ellas representan, y el destino que significan para nosotros.

De la visita de la forastera había quedado su comentario sobre los escaparates de la rué de la Paix. En ellos pensaba Tunda mientras buscaba sus antiguos documentos.

Era una orden abierta, número 253, con un sello redondo firmado por Kreidl, coronel, expedida por el sargento mayor Palpiter. El papel amarillo, poroso ya en sus pliegos, había adquirido cierta sacralidad, era liso, al tacto parecía sebo y recordaba la suavidad de las velas. Su contenido era indudable. Allí decía que el teniente Franz Tunda tenía que dirigirse a Lemberg para controlar su equipo. Si no hubiera caído prisionero al día siguiente, este viaje de servicio habría quedado reducido a una pequeña excursión a Viena.

El nombre de Franz Tunda estaba allí, escrito tan grande, tan fuerte, con tanto cuidado y relieve, que casi se salía de la superficie del papel para convertirse en la vida misma.

En los nombres, como en la ropa, habita una fuerza. Tunda, que desde hacía años era Baranowicz, veía surgir del documento al viejo Tunda.

Junto a la orden abierta estaba la fotografía de Irene. La cubierta de cartón estaba doblada; la foto, descolorida. Mostraba a Irene con un vestido oscuro y cerrado, un vestido serio, como el que hay que ponerse para hacerse una fotografía destinada a un soldado en el frente. La mirada era aún vivaz, coqueta e inteligente, una mezcla lograda de dotes naturales y retoque fotográfico.

Mientras miraba el retrato, Tunda pensaba en los escaparates de la rué de la Paix.

X

Un día apareció en el consulado austríaco de Moscú un extranjero con una chaqueta de cuero negro, los zapatos rotos, barba de varios días en un rostro moreno y de rasgos acusados, y un viejo gorro de piel que parecía más viejo de lo que era porque fuera brillaba el primer sol cálido de marzo. Sus rayos entraban por dos grandes ventanas, caían sobre una mampara de madera tras la cual estaba sentado un empleado, e iluminaban prospectos multicolores de las estaciones balnearias de Salzburgo y el Tirol. El extranjero hablaba perfectamente el dialecto de los mejores estratos sociales austríacos, que admite algunas palabras del alto alemán siempre que se pronuncien con una cierta melodía, y que, de lejos, suena como una especie de italiano nasal. Este dialecto confirmó la historia del extranjero mejor que cualquier documento. A pesar de todo se necesitaba una prueba, porque lo que contaba parecía inverosímil.

El extranjero declaró que era teniente austríaco, y que en el año 1916 había sido capturado y deportado a un campamento de prisioneros de Siberia. Había logrado escapar. Desde el día de su huida había vivido en los bosques de Siberia con un cazador que tenía una casa en el borde de la taiga. Los dos hombres se alimentaban de la caza. Finalmente sintió nostalgia. Se echó a andar sin dinero. Llevaba seis meses caminando. Sólo había podido coger el tren para trayectos cortos. Todavía conservaba un antiguo documento, una orden abierta. En ella podía verse que el extranjero se llamaba Franz Tunda y que había sido teniente en el antiguo ejército austríaco. Con la caída de la monarquía no había perdido la ciudadanía austríaca, pues tenía su jurisdicción en Linz. Un telegrama enviado a Linz con franqueo pagado confirmó las declaraciones del antiguo oficial. En el archivo del Ministerio de la Guerra, en Viena, se encontraban aún los diarios de las clases de la Academia Militar, que también corroboraban las declaraciones del teniente. Los últimos reparos del cónsul se disiparon con el aspecto simpático y honesto del extranjero, que daba la impresión de no haber mentido nunca en su vida, y también porque el astuto funcionario no podía creer que un antiguo oficial tuviera la suficiente inteligencia para mentir.

No había ninguna ley por la que los antiguos soldados pudieran ser repatriados después de tanto tiempo a costa del ahorrativo estado austríaco. Pero había una caja de ayuda para «casos especiales», y después de algunas vacilaciones, provocadas más por su cargo que por su consciencia, el enviado austríaco autorizó la inclusión de Tunda en los «casos especiales».

Tunda recibió un pasaporte austríaco por medio de la embajada, un permiso de viaje del Comisariado de Asuntos Exteriores y un billete para Viena, vía Katowice. Todo había resultado más rápido de lo que había pensado. No tenía tiempo para cumplir su propósito de ir a Bakú y despedirse de su mujer. Suponía que estaba controlado por la policía, y su regreso hubiera delatado su identidad. Se encontraba en una de esas situaciones en las que, por circunstancias exteriores, uno se ve obligado a agravar contra la propia voluntad una injusticia cometida consciente y deliberadamente. Era un cobarde porque dejaba sola a una mujer. Pero era aún más miserable porque ni siquiera se

despedía de ella. Sólo le escribió que tenía que irse por algunos meses, y puso algunos billetes en la carta porque tenía miedo de enviar un giro postal. También le mandó a su mujer las señas de su hermano, por si necesitaba alguna cosa: «Irkutsk, apartado de correos».

Y así fue como una noche se encontró sentado en un tren que se dirigía hacia el Oeste, y tuvo la sensación de que no viajaba voluntariamente. Había sucedido como todo en su vida, como casi todo, incluso lo más importante; así sucede también en la vida de aquellos a los que una actividad llamativa y consciente les hace caer en la tentación de creer en la libertad de sus decisiones y acciones. Con esto no hacen más que olvidar los pasos que da el destino, ajeno a sus ajetreados movimientos.

En una de esas bonitas mañanas de abril en las que el centro de Viena es tan alegre como elegante, en una de esas mañanas en las que bellas mujeres se pasean con hombres desocupados por la Ringstrasse, en las que en las terrazas recién estrenadas de los cafés brillan sifones de color azul oscuro y la sociedad de primeros auxilios organiza desfiles de propaganda con banda de música, apareció Franz Tunda en el populoso lado soleado del Graben, con la misma ropa con que se había presentado en el consulado de Moscú, e indudablemente llamó la atención. Su aspecto coincidía exactamente con la idea que el droguero, que estaba ante la puerta de su fragante tienda, tenía de un «bolchevique». Los pantalones de montar y las botas altas y flexibles hacían que las largas piernas de Tunda pareciesen aún más largas. De las botas emanaba un fuerte olor a cuero. Llevaba el sombrero de piel calado hasta los ojos sombríos. Sea como fuere, el droguero vio en ese rostro un peligro para su tienda.

Tunda se encontraba, pues, en Viena. Recibía subsidio de paro y buscaba a algunos de sus antiguos amigos. Le contaron que su novia, se había casado y vivía probablemente en París.

XI

A finales de abril recibí la siguiente carta de Franz Tunda:

«Querido amigo Roth: anoche, por casualidad, me enteré de tu dirección. Hace dos meses que he vuelto a mi país, aunque no sé si esta expresión es la adecuada. De momento vivo del subsidio de paro y he presentado una solicitud para un puesto de escribiente en el Ayuntamiento de Viena. No creo que tenga muchas posibilidades. El cuarenta por ciento de los habitantes de esta ciudad aspiran a un puesto. Por otra parte, te confieso que tampoco me haría muy feliz lograrlo.

»Supongo que te preguntarás por qué me fui de Rusia. No sabría qué contestarte. Tampoco me avergüenzo. No creo que haya ninguna persona en el mundo que te pueda decir con la consciencia más tranquila por qué ha hecho esto o dejado de hacer lo otro. Si pudiera» no sé si mañana me iría a Australia, América, China, o si volvería a Siberia a casa de mí hermano Baranowicz. Sólo sé que lo que me ha impulsado no ha sido lo que suele llamarse "desasosiego", sino, por el contrario, una completa paz. No tengo nada que perder. Ni soy valiente ni busco aventuras. Me dejo llevar por el viento y no tengo miedo a la caída.

»Como sólo una vez al día, algo frío, y tomo el té en un pequeño café popular.

»Llevo una rubaschka azul y un gorro gris, y llamo la atención. Si puedes, mándame un traje viejo, pero que el sombrero sea nuevo. Recorro por lo menos tres veces al día la Ringstrasse, y también voy por la mañana al Graben cuando la gente elegante sale a pasear. Me estoy dejando la barba, ya que, de cualquier forma, no paso inadvertido.

»Hace diez años yo formaba parte de ese público. Fue durante mi último permiso. La señorita Hartmann iba a mi derecha y yo sentía a mi izquierda el golpeteo del sable. Entonces mi único deseo era ser trasladado a la caballería después de la guerra. El viejo Hartmann podría haberlo conseguido. Hoy yace en el cementerio central. Por respeto y aburrimiento he visitado su tumba. Es lo que se llama un panteón familiar. Allí florecen violetas bajo una lámpara roja sostenida por un joven alado. El epitafio es digno y sencillo, como fue siempre el propio Hartmann.

»Me han dicho que mi novia se ha casado hace sólo cuatro años, es decir, que me ha esperado durante bastante tiempo. Hace cuatro años quizás hubiese sido yo todavía un hombre apropiado para ella.

»Pero hoy... hoy creo que me he convertido en un ser extraño en este mundo.

»Te preguntarás si me sentía a gusto en Rusia.

»Hace meses, vivía en un estado de ánimo para el que no existe ningún nombre, ni en ruso ni en alemán, probablemente tampoco en ningún otro idioma del mundo; un estado entre la resignación y la espera. Me imagino que los muertos, cuando ya han abandonado la vida terrena y aún no han comenzado la

otra, pasan en algún momento por esta situación. Me parecía haber cumplido una misión de forma tan total y plena que no tenía derecho a obstinarme en la contemplación de la obra inexorablemente acabada. Era como si Baranowicz hubiera muerto y Tunda no hubiera nacido.

»Vivía en Bakú con Alja, mi mujer caucasiana, en una provisionalidad muy determinada que no tenía fin. Mi trabajo consistía en filmar y fotografiar la vida de los pueblos caucásicos. No tenía que esforzarme demasiado. Pero en los estados soviéticos existe un enorme sistema administrativo, extendido y confuso; deliberada, artística y refinadamente confuso, dentro del cual cada individuo es un punto, mayor o menor, que está en conexión con otro punto de la magnitud siguiente, sin tener idea de su significado en el conjunto. En la vida, en las calles, en las oficinas, ves esos puntos, que están en una relación secreta e importante contigo, incluso en una relación muy cercana, pero ignoras cuál es esa relación. Hay algunos puntos, más elevados, que conocen todas las relaciones, que te ven, en cierto modo, a vista de pájaro. Pero tú no sabes que están colocados más alto. No sabes si podrás quedarte tranquilo en tu puesto. Es posible que, de pronto, en un momento, te trasladen, pero no desde arriba, sino, por así decirlo, desde la base misma sobre la que estás. Imagínate un tablero de ajedrez en el que las figuras no estén simplemente colocadas sobre él, sino hundidas en él y a mano del jugador que está sentado debajo de la mesa y las dirige desde allí.

»Pero no puedes temer y esperar solamente, tienes obligaciones y funciones. Tienes idealismo, hay espacio para la ambición personal. A veces puedes prever el éxito o el fracaso de una acción. Pero en muchos casos ocurre algo en contra de todas tus expectativas. Por ejemplo: has descuidado una obligación y esperas una consecuencia desagradable, pero no ocurre nada, o sucede algo muy agradable. Aunque tampoco sabes si la consecuencia desagradable se oculta bajo la máscara de una agradable. No confías ni en tus éxitos ni en tus fracasos.

»Lo peor es que te observan constantemente, y no sabes quién es el que te observa. En la oficina donde trabajas hay un miembro de la policía secreta. Puede ser la mujer de la limpieza que friega el suelo todas las semanas, o el erudito profesor que está componiendo un alfabeto de la lengua tártara. Puede ser la secretaria a la que dictas, o el administrador que se ocupa del material de oficina y manda poner nuevos los cristales rotos de las ventanas. Todos te dicen lo mismo: "camarada". Y tú a todos les llamas lo mismo: "camarada". Pero tú ves en cada uno de ellos a un espía, y sabes que todos te toman a ti por un espía. Tú no tienes remordimientos de conciencia, eres un revolucionario. No tienes por qué temer que te observen. Entonces temes que te tomen por un miembro de la policía secreta. Eres inofensivo, pero, como te esfuerzas por parecer inofensivo, los otros notan tus esfuerzos. Entonces tienes miedo, ya no te pueden creer inofensivo.

»Para esa vida se necesitan nervios muy templados y una gran dosis de convicción revolucionaria, pues hay que suponer que la revolución está rodeada de enemigos y no tiene otra posibilidad de asegurar su poder que sacrificar, cuando es necesario, a cualquier individuo. Imagínate tantos años sobre un altar y sin ser sacrificado.

»Sin embargo, me habría quedado en Rusia, por lo menos eso creo, si no hubieran llegado un día unos franceses, viajeros de placer más que de estudios: un abogado, con su mujer y su secretario. El secretario era el amante de la

mujer, y el abogado se las supo ingeniar para que yo pasase, a solas con ella en un hotel, un día y una noche inolvidables. Fui el instrumento de su venganza. La mujer, que me había tomado por un peligroso agente de la checa, me dejó al irse una nota en la que había escrito con caracteres triunfantes: " ¡Usted, efectivamente, es de la policía secreta!", y eso después de lo que yo me había esforzado por quitarle de encima ese absurdo pensamiento. Así que fue por eso por lo que se acostó conmigo.

»Esto no es más que una anécdota. Lo importante es que la llegada de estos extranjeros me hizo ver de repente, con toda claridad, que tenía que rehacer mi vida a pesar de haber vivido ya bastante. Es curioso que, al ver a esa mujer, me vino a la mente el nombre de mi novia: Irene. Tengo nostalgia de ella. Quizá porque no puedo saber dónde vive, con quién está casada, y también quizá porque sé que me ha esperado mucho tiempo.

»Creo que la llegada de la extranjera a Bakú fue algo más que una casualidad. Fue como si alguien me abriera una puerta que nunca hubiera pensado que existiera, porque formaba parte del muro que me rodeaba. Vi una salida y la utilicé. Ahora estoy afuera, y, ciertamente, estoy desconcertado.

» ¡Así que éste es vuestro mundo! Cada vez me admiro más de su solidez. Cuando en Rusia luchábamos por la revolución, creíamos luchar contra el mundo, y cuando vencimos parecía que el triunfo sobre el mundo entero estaba próximo. Aún hoy, allí no se sabe nada de la firmeza de este mundo. Me siento extraño en él. Si te lo digo dos veces es porque así me parece que protesto contra él. Paso ante la gente con ojos extraños, oídos extraños y mentalidad extraña. Encuentro a viejos amigos, conocidos de mi padre, y sólo con gran esfuerzo logro entender lo que me preguntan.

»Sigo desempeñando mi papel de sibiriak recién llegado a casa. Me preguntan por mis experiencias y miento lo mejor que puedo. Para no contradecirme he comenzado a escribir todo lo que he inventado en el curso de algunas semanas; he llenado quince cuartillas grandes, me divierto haciéndolo y me intriga saber lo que acabaré escribiendo.

»Esta carta se ha hecho muy larga. No creo que te extrañe: ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Te saludo con nuestro antiguo compañerismo.

FRANZ TUNDA»

XII

¿Por qué había abandonado Rusia? Se podría calificar a Tunda de inmoral y falta de carácter. Los hombres que tienen un camino claro y un fin moral, como las personas que tienen una ambición, son completamente distintos de mi amigo Tunda.

Mi amigo era el prototipo del carácter imprevisible. Era tan imprevisible que ni siquiera se le podía tachar de egoísta.

No se esforzaba por conseguir lo que suele llamarse el interés personal. Las consideraciones egoístas le eran tan extrañas como los escrúpulos morales. Si fuera absolutamente imprescindible caracterizarlo por algún atributo, diría que su propiedad más clara era el deseo de libertad. Era tan capaz de desaprovechar las ventajas como de evitar los inconvenientes. La mayor parte de las cosas las hacía según su humor; y el resto, por convencimiento, es decir: todo lo hacía por necesidad. Tenía más fuerza vital de la que la revolución necesitaba en ese momento. Tenía más independencia de la que puede precisar una teoría que trata de adaptarse a la vida. En el fondo era un europeo, un «individualista», como dice la gente culta. Para vivir plenamente necesitaba situaciones complicadas. Necesitaba la atmósfera de mentiras intrincadas, falsos ideales, salud aparente, firme podredumbre, fantasmas pintados de rojo, la atmósfera de los cementerios que tienen aspecto de salones de baile, o de fábricas, o de palacios, o de escuelas, o de salones. Necesitaba la cercanía de los rascacielos cuya desaparición se presiente, pero cuya existencia está asegurada por siglos.

Era un «hombre moderno».

Desde luego le atraía Irene, su novia. Hacía seis años que había iniciado un camino, lo había interrumpido un poco, y ahora lo continuaba. ¿Dónde vivía? ¿Cómo vivía? ¿Lo amaba? ¿Lo había esperado? ¿Qué habría pasado si hubiese vuelto entonces a ella?

Reconozco que después de leer la carta de Tunda se me ocurrieron todas estas preguntas, pero no la más inmediata: ¿cómo ayudar a Tunda? Yo sabía que era el tipo de persona para quien la seguridad material no significa nada. No tenía nunca miedo a sucumbir. Nunca tuvo miedo al hambre, que hoy determina casi todas las acciones de los hombres. Posee una especial capacidad para la vida. Conozco un par de personas de este tipo. Viven como peces en el agua: siempre a la caza de la presa, y sin miedo a la caída. Son inmunes a la riqueza y a la miseria. No acusan las privaciones. Por eso están dotados de una dureza de corazón que no les permite sentir los pesares íntimos de los demás. Son los mayores enemigos de la caridad y de la tan cacareada conciencia social. Son, pues, enemigos natos de la sociedad.

Hasta una semana después no pensé en ayudar a Tunda. Le envié un traje y se me ocurrió que convendría escribir a su hermano, con el que Tunda no había hablado desde su ingreso en la escuela militar.

XIII

Georg, el hermano de Tunda, era director de orquesta en una pequeña ciudad alemana.

En realidad, Franz era el que tenía que haber sido músico. El viejo comandante Tunda no supo apreciar el talento musical de su hijo menor. Como soldado que era, no veía en un músico otra cosa que un director de banda militar, un funcionario civil ligado al ejército por un vulgar contrato, siempre expuesto a la lamentable posibilidad de ser despedido, y con el único derecho a una pensión mínima si esto no llegara a suceder. El comandante hubiese preferido hacer de uno de sus hijos un funcionario del Estado, y del otro un oficial.

Un día Georg se cayó, se rompió una pierna y se quedó cojo para el resto de su vida. Ya no pudo seguir yendo a la escuela regularmente. Franz recibía clases de música, quería ser músico. Pero como la enfermedad de su hermano costaba mucho dinero, y además Georg, con su defecto físico, ya no le gustaba al comandante; éste decidió que, en adelante, sería Georg el que recibiese clases de música.

Por razones de economía, Franz ingresó en la Academia Militar.

En aquella época, Franz odiaba a su hermano. Le envidiaba por la suerte de haberse caído y haberse roto la pierna. A toda costa quería dejar la Academia Militar. Tenía la esperanza de caerse también alguna vez y romperse una pierna o un brazo. Lo que ocurriese después ya no le preocupaba. Deseaba, por lo menos, una insuficiencia cardíaca. Creía ser más astuto, pero el resultado de sus esfuerzos fue el embeleso de su padre y sus profesores, y unos excelentes pronósticos para la carrera militar.

Cuanto mayores eran sus éxitos en la Academia Militar, más odiaba a su hermano. Entretanto, Georg había ingresado en el Conservatorio. En las vacaciones de Navidad y Pascua, los dos iban a su casa. Dormían en la misma habitación, comían en la misma mesa, y no se dirigían la palabra. Físicamente eran por completo diferentes. Franz se parecía al padre; Georg a la madre. Es posible que, debido a su defecto físico y a la necesidad de permanecer en una habitación, y debido también a la soledad, la meditación y el estar siempre entre libros, Georg adquiriera esa expresión tan triste que caracteriza a la mayoría de los judíos, y que a veces les da un aire de superioridad. En cambio, Franz, con su forma de vida, reprimió la disposición trágica que quizás había heredado de su madre judía. Por otra parte, creo que la ocupación de un hombre se refleja en su fisonomía con más fuerza que la de la propia raza (he visto bibliotecarios antisemitas que podrían haber oficiado en cualquier templo judío occidental sin llamar la atención).

O sea, que los dos hermanos no se hablaban entre sí.

Franz, mi amigo, había sido el causante de este malhumorado silencio. Georg, como veremos enseguida, era conciliador por naturaleza. Era el niño mimado de la madre. Por eso le envidiaba Franz casi más que por la pierna coja. Él hubiera querido vivir en la cálida cercanía de la madre, y no en el aire acre,

frío y alcohólico que envolvía al padre. Cada elogio del padre le dolía, pero le dolían más aún las caricias que Georg recibía de su madre.

Lo que nunca olvidaba Franz eran las comidas durante las vacaciones en casa de sus padres, y muchas veces hablaba de ellas. Él se sentaba a la izquierda del padre, frente a la madre; al lado de la madre se sentaba Georg, frente a la prima Klara, que iba al liceo en Linz y estaba enamorada de Georg. Podría creerse que, a ojos de una muchacha joven, un músico cojo tiene que resultar menos atractivo que un alumno sano y valiente de la Academia Militar. Para ella no era así. Las muchachas, especialmente las de los liceos» a las que les encantan las excursiones y la gimnasia, se sienten más atraídas por los cojos que por los jinetes, y más por lo musical que por lo marcial. Esto sólo cambió durante los cuatro años de la guerra mundial, cuando incluso la misma música, la gimnasia y la naturaleza, con sus seguidores masculinos y femeninos, entraron al servicio de la patria. Pero en aquel entonces, cuando tenían lugar las silenciosas comidas en casa de los Tunda, el mundo estaba todavía muy lejos de la guerra. Franz tenía motivos suficientes para estar celoso de Georg.

A veces se despertaban al mismo tiempo en su habitación común. Sus ojos se encontraban, y poco faltaba para que uno dijera al otro «buenos días». Su hostilidad era ya tan natural que se había transformado casi en algo extraño que se olvida en el curso de la noche; y si no se olvida, por lo menos no aumenta. Pero uno u otro se acordaba enseguida; normalmente era Franz el que se daba inmediatamente la vuelta y seguía durmiendo hasta que el hermano se vestía y salía de la habitación.

XIV

Después de la guerra Georg se casó con su prima.

Se casó con su prima por falta de fantasía, por comodidad, por costumbre, por cortesía, por amistad complaciente, y también por razones prácticas, ya que era la hija de un rico terrateniente. Sólo un hombre carente de imaginación podía haberse casado con ella, pues era una de esas mujeres de quienes se dice que son «buenas compañeras», más capaces de apoyar a un hombre que de amarlo. Se puede sacar buen provecho de ellas si, por casualidad, es uno alpinista, ciclista o acróbata de circo, o si se está parálítico en una silla de ruedas; pero, para mí, siempre ha sido un secreto el saber lo que puede hacer un hombre normal con una mujer de este tipo.

Klara, el nombre ya me parece revelador, era una buena compañera. Su mano se asemejaba a su nombre; era una mano tan simple, sana y recia, tan digna de confianza y tan honrada, que sólo le faltaban durezas; era la mano de una profesora de gimnasia. Cada vez que Klara tenía que saludar a un hombre tenía miedo de que le besara la mano. Por eso se acostumbró a dar la mano de un modo muy especial, de un modo resuelto y enérgico, presionando hacía abajo el antebrazo del hombre; este modo de dar la mano era ya un ejercicio gimnástico. En Alemania y en Inglaterra, en Suecia, Dinamarca, Noruega, en muchos países protestantes, hay mujeres que dan la mano a los hombres de ese modo. Es una manifestación a favor de la higiene y de la igualdad de los sexos, un importante episodio en la lucha de la humanidad contra los bacilos y la galantería.

Las piernas de Klara eran piernas neutras, eran piernas, sin más, piernas de excursionista, pero en absoluto instrumentos para el amor, sino, más bien, para el deporte; piernas sin pantorrillas. Parecía un lujo imperdonable que estuviesen enfundadas en medias de seda. En algún lado tiene que estar la rodilla, pensaba yo siempre, en algún lado tiene que convertirse la pierna en muslo. ¡No es posible que las medias se transformen simplemente en bragas y basta! Pero así era: Klara no era una criatura hecha para el amor. Tenía algo así como pechos, pero daba la sensación de que éstos no eran más que un estuche donde guardar todo lo práctico de su bondad. Si tenía corazón, ¿quién podía saberlo?

Me remuerde la consciencia al describir así a Klara, porque no me parece bien juzgar principalmente por sus características sexuales secundarias a uno de los seres más virtuosos que he conocido en mi vida. Desde luego era virtuosa. ¿Cómo no iba a serlo?

Tuvo una hija, por supuesto de su marido, el director de orquesta, y aunque no es pecado tener un hijo del propio marido, sino, por el contrario, una virtud, el embarazo venerable y legítimo parecía en Klara consecuencia de un desliz, y cuando daba de mamar a la niña era como ver la octava maravilla del mundo, como una anomalía y un pecado al mismo tiempo.

Aparte de todo, la niña, a los cuatro años, ya montaba en bicicleta.

De su padre, el rico terrateniente, Klara había aprendido y heredado la sensibilidad social. La sensibilidad social es un lujo que se pueden permitir los

ricos, y que, además, tiene la ventaja práctica de que ayuda a conservar la propiedad. Su padre tomaba con frecuencia un vaso de vino con el inspector de montes, un coñac con el guardabosques, e intercambiaba un par de palabras con los empleados. La sensibilidad social sabe de sutiles diferencias. Nunca dejaba que ninguno de sus empleados le quitase las botas: por razones humanitarias utilizaba el sacabotas. Sus hijos tenían que bañarse en invierno con nieve, hacer solos el largo camino hasta la escuela, subir a la habitación totalmente a oscuras a las ocho de la noche, y hacerse solos la cama. En ningún lugar de la vecindad se trataba mejor a los sirvientes. Klara tenía que plancharse sola sus camisas. En resumen, el viejo era lo que se llama un caballero de buena cepa, un virtuoso terrateniente, un baluarte viviente contra el socialismo, muy admirado, y que, cuando fue elegido para el Reichstag, demostró, como miembro de un partido conservador, que la Reacción y la Humanidad no están en contradicción irreconciliable.

Llegó a ver la boda de Klara, se portó lealmente con el director de orquesta, y murió unas semanas después sin haber dado a entender, ni siquiera con un gesto, que habría preferido a otro terrateniente: humanidad hasta la tumba.

XV

Georg era un hombre conciliador. Hay cualidades que sólo se pueden definir con una expresión insólita. La vida de un hombre conciliador es más difícil de lo que se cree. Las dificultades con las que tiene que luchar pueden acumularse de tal modo que llegan a introducir un elemento trágico hasta en la risa. Georg, a quien las mujeres solicitaban continuamente, triunfador en todas partes, que no sólo dirigía la orquesta de la ópera, sino también a una parte de la burguesía local, no era feliz. Estaba muy solo en medio de un mundo amable de cordialidades propias y ajenas. Hubiera preferido vivir en un mundo hostil o indiferente. Su cordialidad le oprimía. Pero no en la consciencia, sino en la inteligencia, que era igual a la de los hombres poco amables que tienen enemigos. Cada mentira que decía le agobiaba. Hubiera preferido decir la verdad. Pero, en el último momento, su lengua acumulaba la decisión de su cerebro y a veces, para asombro del propio Georg, en lugar de la verdad sonaba algo redondo y pulido, de una naturaleza misteriosa, agradable, melodiosa. A orillas del Danubio y del Rhin, los dos ríos legendarios de Alemania, suelen darse hombres de este tipo: poco queda de los duros nibelungos.

Georg no quería a su hermano, intuía que era el único que se daba cuenta de sus mentiras. Estaba contento de no saber nada de él. ¡Desaparecido! ¡Qué palabra!

¡Qué maravillosa ocasión para estar triste, triste y afable, una conciliación nueva que no había practicado hasta ahora! Sin embargo, Georg era el único que, por el momento, podía ayudar a Franz. Por eso le comuniqué al señor Georg Tunda que su hermano había vuelto.

Klara se alegró muchísimo. Su bondad, reposada e inactiva durante largo tiempo, tenía ahora un nuevo objeto. Franz recibió dos invitaciones: una, afectuosamente sincera; otra, afectuosamente formal. La segunda provenía, por supuesto, de Georg. Pero Franz, que llevaba quince años sin hablar con su hermano y que, por lo tanto, estaba muy lejos de conocerle—aunque Georg creyese estar al descubierto ante él—, Franz, que sólo había odiado a su hermano a causa de la música, fue al Rhin, a la ciudad de la buena ópera y de algunos poetas de gran fama.

XVI

Durante el viaje tuvo que hacer un transbordo. No se detuvo en ninguna parte. De Alemania sólo vio las estaciones, los letreros, los anuncios, las iglesias, los hoteles cercanos al ferrocarril, las calles silenciosas y tristes de los arrabales, y los trenes suburbanos que le recordaban animales cansados trotando camino al establo. Sólo veía a los viajeros que subían y bajaban, señores solos con carteras de documentos y chaqué que miraban con reproche las ventanas abiertas y que ocupaban los sitios libres con sobrio ímpetu, como si de fortalezas se tratara. Parecían estar listos para la lucha y a la espera de un enemigo que, con gran fastidio por su parte, acababa de llegar. Mientras tanto estudiaban los papeles que habían sacado de su cartera con el fervor de quien prepara una campaña inminente. Debían de ser papeles muy importantes, pues los señores los ocultaban con los brazos, los enmarcaban o los protegían de algún modo para que no los alcanzara ninguna mirada ajena.

Otros señores, menos severos, sin carteras y con trajes grises de viaje muy a la moda, se sentaban suspirando mientras miraban amistosamente a los que estaban enfrente y comenzaban enseguida un diálogo de contenido serio y moral, o bien sobre la actualidad política. De vez en cuando subía un cazador, la escopeta enfundada en cuero marrón a la derecha, y en la mano izquierda un bastón con un cuerno de ciervo como empuñadura, o a la inversa.

Tunda pensaba con nostalgia en los ferrocarriles rusos, con sus inofensivos y parlanchines viajeros.

En todos los vagones había mapas y carteles, propaganda de vinos y de cigarrillos alemanes, de paisajes, de montañas y valles, de abrigo de cuero, de vagones restaurante, de periódicos y revistas, de cadenas de seguridad que podían atarse al portaequipajes de modo tan seguro que los posibles ladrones quedasen también enganchados en ellas, con lo que a la vuelta del vagón restaurante se podría coger tranquilamente a los malhechores y entregarlos al jefe de estación, cobrando a cambio una recompensa. Aunque, si se quería conseguir dinero de forma más cómoda, también era posible asegurarse contra el llamado «robo de viaje»—que no se refiere al robo del viaje en sí mismo, sino al que puede producirse con ocasión de un viaje—, y contra accidentes ferroviarios, para cuyo caso se exponían en unas cajas de cristal hachas y sierras que parecían estar allí para provocarlos más que para prevenirlos. Se podía asegurar la vida, los hijos, los nietos; esto hacía que uno entrase dichoso en los túneles con la esperanza de un choque inminente y saliera nuevamente de las tinieblas muy decepcionado, para, en la próxima estación, comer salchichas de Frankfurt con mostaza.

¡Qué servicio más esmerado! Los periódicos, las salchichas, las botellas de agua mineral, los cigarrillos, las maletas, las sacas con el correo, todo está colocado ordenadamente en compartimentos, detrás de cristales y protegido por papel de aluminio sobre unos carritos, y cuando el tren se desliza fuera de las grandes naves que parecen catedrales, se diría que los que se quedan, saludando con pañuelos, gritando a todo correr para decir algo en el último momento, se deslizaran también sobre patines. Ni las estaciones se estaban quietas. Solamente las garitas y las señales permanecían firmes como soldados

de guardia. Parecía un incumplimiento de su deber el que no disparasen al aire.

Tunda estaba en el pasillo fumando, no había visto el cartel que lo prohibía expresamente, porque el hombre no ve lo que es absurdo. Así lo quiere la naturaleza. Además, había otro señor que también fumaba, aunque, con oído bien entrenado, escondió el cigarrillo en el hueco de la mano al oír llegar al revisor. El revisor vio el cigarrillo escondido pero no pidió explicaciones al señor bien educado, pues lo que importa a la mayoría de las autoridades no es tanto que se cumplan las reglas como que se les guarde respeto. El revisor advirtió a Tunda que habría tenido que pagar una multa: «habría tenido» quería decir, por supuesto, de no ser por lo generoso que él era. Ante eso, Tunda apagó obediente el cigarrillo, pero, por desgracia, contra el cristal de la ventanilla. Ante esta situación, el señor bien educado, que parecía dispuesto a asumir voluntariamente las obligaciones del revisor, le dijo que para apagar los cigarrillos estaban los ceniceros, en los compartimentos, claro está.

Tunda, convertido en escolar por ambos flancos, trató de evadir cortésmente el sermón que se le venía encima, dio las gracias, hizo una reverencia y, a modo de revancha, comenzó a alabar el paisaje. El señor le preguntó si era extranjero. Tunda se alegró como un alumno que logra entrar en contacto humano con su maestro y éste le permite, por ejemplo, llevarse a casa el cuaderno de clase. Complacientemente explicó que venía derecho de Siberia, pasando por Viena.

Teniendo en cuenta esta situación, pensó el señor, era natural que Tunda hubiese apagado el cigarrillo contra el cristal de la ventana.

Probablemente, también habría piojos en Siberia.

—Naturalmente, también hay piojos en Siberia—dijo Tunda, deferente.

—¿Y dónde más, sino?—preguntó entonces el señor, con una voz aguda que llegaba de una laringe de vidrio a caja.

—Bueno, en cualquier sitio donde vivan seres humanos—contestó.

—Pero no donde vivan personas limpias—dijo el señor.

—También en Siberia hay personas limpias—objetó Tunda.

—Usted parece querer mucho a ese país, ¿no es cierto?—preguntó el señor con ironía.

—Sí, lo quiero—admitió Tunda.

Aquí se hizo una pausa.

Al cabo de unos minutos, el hombre dijo:

—Uno se acostumbra fácilmente a los países extranjeros.

—En determinadas condiciones, sí.

—Yo estuve la última primavera en Italia—comenzó a decir el señor—. Venecia, Roma, Sicilia; era mi viaje de bodas, que había tenido que postergar porque, usted sabe, siendo asesor no se tiene nunca tiempo... Pero disculpe...

En este momento el hombre experimentó una notable transformación, se irguió de forma que parecía bastante más alto, sus ojos opacos brillaron audaces y azules, y en el entrecejo aparecieron unas arrugas formando diminutos sistemas de coordenadas.

—Disculpe—repitió el hombre, con el torso inclinado hacia adelante—, fiscal Brendsen.

Al mismo tiempo hizo chocar sus talones con gran estruendo.

Tunda creyó por un momento que había llegado la hora de su detención. Luego recapacitó, se puso igualmente serio, hizo sonar sus botas, se puso en posición de firmes y disparó su nombre.

—Teniente Tunda.

Después de examinarlo un poco más, el fiscal continuó el relato de su postergado viaje de bodas. Más tarde, el fiscal llegó a ofrecer un cigarrillo a Tunda, mientras miraba prudentemente a derecha e izquierda por si venía el revisor, y comentaba:

—Un buen tipo.

—Un hombre escrupuloso—asintió Tunda.

Esta característica pareció inquietar nuevamente al fiscal. Probablemente no entendía la relación entre «hombre» y «escrúpulo». Por eso sólo dijo:

— ¡Vaya, vaya!

Y con este tipo de pasatiempos llegaron a la ciudad del Rhin.

XVII

Eran las diez de la noche.

En el andén había gente con paraguas y con la ropa mojada. Las lámparas de arco voltaico se balanceaban, difuminando sombras suaves sobre las piedras húmedas. Sobre las lámparas había muchos mosquitos dejándose acunar. Era imposible no advertir su presencia porque oscurecían considerablemente la luz, aunque sin llegar a ocultar que se trataba de lámparas de arco voltaico.

Todos se admiraban de la poca luz que daban las lámparas, las miraban y sacudían la cabeza ante la frescura de los insectos.

Tunda, con una pesada maleta en la mano, buscaba con los ojos alguna cara conocida.

Naturalmente, había ido Klara a buscarlo. Georg se había quedado en casa por varias razones. Sobre todo porque era sábado y había reunión en el club. En ese club se reunían los universitarios de la ciudad renana, los artistas, los periodistas y gente de otras profesiones que hubiesen obtenido el honoris causa en el doctorado. La ciudad tenía una universidad que repartía los honoris causa en los doctorados como billetes de entrada en el club, porque no podían invalidarse los estatutos según los cuales sólo se permitía el ingreso a esos académicos. Poco a poco la afluencia al club fue tan numerosa, y el número de doctorados honoríficos tan grande, que la universidad tuvo que establecer un numerus clausus para los candidatos que provenían de medios industriales, como ya había hecho varios años antes con los judíos extranjeros. El numerus clausus para los judíos extranjeros lo habían establecido los judíos nativos, que sostenían que sus antepasados habían ido deliberadamente con los romanos para asentarse en las orillas del Rhin, antes de las migraciones de los pueblos germánicos. Era casi como si los judíos quisieran afirmar que sus antepasados habían autorizado a los germanos a establecerse en el Rhin, por lo que los alemanes actuales, en agradecimiento, tenían la obligación de proteger a los judíos renanoromanos de los judíos polacos.

En ese club estaba aquel día Georg. En segundo lugar no fue a la estación porque, de ese modo, le hubiera quitado a Klara la antigua prioridad de manejar sola todas las cuestiones que, en otras familias, requieren normalmente una mano masculina.

Y en tercer lugar, Georg no fue porque le tenía un poco de miedo a su hermano, y porque un hermano tranquilo, y ya dentro de la habitación, y a ser posible ya en la cama, resultaba menos peligroso que uno que acaba de bajar del tren.

Klara llevaba una chaqueta de piel de cordero marrón que recordaba a las camisas de cuero que se ponían los caballeros medievales debajo de las armaduras. Daba la impresión de venir de lejos, de que había tenido que afrontar grandes peligros en bosques oscuros; hacía pensar en una guerra civil. Fue hacia Tunda con la cordialidad abierta y ruidosa de las personas buenas y tímidas.

—Te reconocí en seguida—le dijo ella.

Luego le besó en la boca, y después trató de cogerle la pesada maleta. El no se la pudo arrancar de las manos y empezó a correr junto a ella como un niño al que la muchacha hubiese recogido de la escuela.

Frente a la estación vio un hervidero de cables, lámparas de arco, coches, y en medio, un policía que estiraba los brazos como un autómatas, a derecha e izquierda, adelante y atrás, mientras tocaba el silbato, dando la impresión de que de un momento a otro tendría que emplear también las piernas para dirigir el tráfico.

A Tunda le llenó de admiración. De algunas tabernas salía música que, de vez en cuando, llenaba las pausas que hacía el ruido del tráfico. Era una atmósfera de alegría de domingo, tintineo de copas, carbón de piedra, industria y bienestar.

La estación parecía ser un centro de cultura. Tunda sólo reaccionó cuando se detuvieron ante el chalet del director de orquesta.

Había una verja que, apenas se apretaba un botón, empezaba a ronronear, abriéndose al mismo tiempo con la suavidad de la mantequilla. Apareció un criado con librea azul haciendo una reverencia, como si de un noble se tratara. Andaban sobre grava mojada y crujiente, y era como tener arena entre los dientes. Después había un par de escalones, y en el superior, bajo una lámpara de arco plateada, estaba una muchacha, blanca como un ángel con las alas detrás de la cabeza, cotí suaves ojos castaños y piernas que se doblaban haciendo una reverencia. Luego entraron en un vestíbulo revestido de madera oscura en el que se mezclaban las cornamentas de ciervo, y en el que una máscara de Beethoven sustituía a los instrumentos de caza.

Y es que el señor de la casa era director de orquesta.

— ¿Tan ricos sois?—dijo Tunda, que a veces recaía en su antigua ingenuidad.

— ¡Ricos, no!—sonrió, disculpándose, Klara, cuya consciencia social se rebelaba más contra la palabra que contra la situación—. Llevamos una vida cultivada. Georg lo necesita.

Georg llegó a casa una hora después. Iba de esmoquin, sus mejillas pálidas estaban empolvadas, y olía a vino y a jabón de afeitar, de lo que resultaba un olor a mentol.

Franz y Georg se besaron por primera vez en su vida. Hacía años que el director de orquesta había comprado a unos refugiados rusos un samovar de plata, como una curiosidad. En honor del hermano, que se debía de haber convertido en una especie de ruso, los criados, de librea, entraron el samovar sobre una mesita de ruedas. El criado llevaba guantes blancos, y cogió los carbonillos para calentar el samovar con una pinza de plata de las que se utilizan para el azúcar.

Se produjo un olor desagradable, como el de una pequeña locomotora.

A continuación Franz tuvo que explicar cómo se usa un samovar. Él no había utilizado ninguno en Rusia, pero no lo dijo, sino que confió en su intuición.

Entretanto se dio cuenta de que en la habitación había muchos objetos judíos: candelabros, copas, rollos de la Tora.

— ¿Os habéis convertido al judaísmo?—preguntó. Resultaba que en aquella ciudad, donde vivían familias judías muy antiguas, se podían conseguir casi

«regalados» preciosos objetos de valor artístico. En otras habitaciones había también Budas, aunque en todo el Rhin no hay un solo budista, y también antiguos manuscritos de Von Hutten, una Biblia de Lutero, objetos religiosos católicos, vírgenes de ébano e iconos rusos.

Así viven los directores de orquesta.

Franz Tunda durmió en una habitación dedicada a la pintura moderna. En su mesita de noche estaba La montaña mágica de Thomas Mann.

XVIII

Cuando despertó al día siguiente, era domingo.

Campanas ultramodernas, hechas con material de guerra por fábricas de cañones con intenciones pacifistas, llamaban al mundo a la oración.

En la casa olía a café. Durante el desayuno, Tunda se enteró de que se trataba de un café descafeinado, que no perjudica al corazón y gusta al paladar.

El director de orquesta todavía dormía. Los artistas necesitan descanso. Klara, en cambio, no había olvidado en su matrimonio la sana costumbre de su casa paterna. Se despertaba como un pájaro con el primer rayo de sol. Con unos guantes de goma fina como los que usan los cirujanos quitaba el polvo a los objetos religiosos.

Tunda decidió ir a pasear.

Fue en una dirección por la que, de vez en cuando, se oía la campanilla del tranvía. Anduvo por las calles tranquilas con jardines en los que chicos y chicas montaban en bicicleta haciendo curvas y filigranas. Las criadas volvían del oficio religioso y coqueteaban. Perros orgullosos estaban echados como leones tras las rejas. Las celosías bajadas hacían pensar en las vacaciones.

Tunda llegó así a la parte antigua de la ciudad. Entre frontispicios multicolores y tabernas con nombres en alemán antiguo, se cruzaban con él hombres pobremente vestidos; debían de ser obreros que vivían entre letras góticas y se ganaban el pan en minas de propietarios internacionales.

Se oyó una música. Hombres jóvenes armados con bastones marchaban en doble fila detrás de pífanos y tambores. Sonaba como una música de fantasmas o como una especie de arpa cólica militarizada. Los jóvenes marchaban con rostros serios, nadie decía una palabra: iban al encuentro de un ideal.

Detrás y al lado de éstos, en las aceras y en la mitad de la calle, marchaban hombres y mujeres con el mismo paso; ése era el modo de pasear.

Todos marchaban hacia la estación, que parecía un templo. Los maleteros estaban acurrucados en las escaleras de piedra como si fuesen mendigos numerados. Las locomotoras pitaban, solemnes y dignas.

Las dobles filas se deshicieron y desaparecieron en la estación.

Los acompañantes, los rostros radiantes y el eco de los pífanos aún en el alma, dieron entonces media vuelta con paso más despreocupado. Era como si hubiesen cumplido una obligación agradable y ahora pudiesen entregarse al domingo con la conciencia tranquila.

Por la calle, deprisa y sin maquillaje, pasaban prostitutas. Recordaban a la muerte. Algunas llevaban gafas.

Un grupo de presurosos ciclistas pasó tocando el timbre. Hombres muy dignos, con sus mochilas y vestidos como niños, iban a la montaña.

Algunos bomberos aislados, en cierto modo dispersos, paseaban de lo más relucientes con sus mujeres e hijos.

En las carteleras, las asociaciones locales de ex combatientes anunciaban

grandes conciertos militares.

Tras las grandes cristaleras de los cafés se amontonaba la nata batida ante los ojos de sibaritas sentados en sillones de mimbre.

Un grotesco enano contrahecho vendía cordones de zapatos.

Un epiléptico yacía al sol en medio de convulsiones. Había mucha gente a su alrededor. Un hombre explicaba el caso como si estuviese en la facultad. «Tiene que ir siempre por la sombra»: así terminó su disertación.

Hombres jóvenes pasaban en pequeños grupos con gorras diminutas, los rostros enmarcados en negro y ojos vidriosos tras el vidrio de las gafas. Eran estudiantes.

A lo lejos murmuraba el Rhin.

También pasaron otros hombres con gorras de estudiantes hechas de papel.

Pero no eran estudiantes, sino deshollinadores recién lavados que habían organizado una fiesta.

Venerables ancianos paseaban perros y ancianas.

A lo lejos se erguían las torres de las iglesias cubiertas de pátina verde.

Se oía cantar en las tabernas.

De pronto, las sombras se hicieron más densas sobre la ciudad; cayó un súbito aguacero; mujeres vestidas de blanco mostraban sus enaguas blancas de redondos festones: era como un segundo verano hecho de lino.

Sobre los radiantes vestidos claros, las bóvedas de los paraguas negros. Todo tenía el aspecto de una onírica celebración de difuntos pasada por agua y algo precipitada.

Tunda empezó a sentir apetito, se olvidó de que no tenía dinero y entró en una taberna. Cuando vio los precios de la carta quiso volver a salir. Tres camareros le cerraron el paso.

—No tengo dinero—dijo Tunda.

—Sólo su nombre, por favor—dijo el camarero.

Cuando les dijo su nombre empezaron a tratarle de «Señor director».

Su hermano comenzaba a impresionarle.

Un jorobado entró en el restaurante, abatido, enfermo, con ojos suplicantes y piernas temblorosas de miedo; se arrastraba de mesa en mesa y dejaba una hoja en cada una de ellas.

Lo hacía como si fuese un pecado secreto.

Tunda leyó la hoja:

BAILE Y GIMNASIA.

EDUCACIÓN DEL CUERPO: TENSIÓN-DISTENSIÓN,
ELASTICIDAD, ENERGÍA, IMPULSO, MARCHA, CARRERA,
SALTO, EURITMIA, SENSACIÓN ESPACIAL, COREOGRAFÍA,
ARMONÍA DEL MOVIMIENTO, JUVENTUD ETERNA,
IMPROVISACIONES PARA ACOMPAÑAMIENTO MUSICAL.

Comió, bebió y se fue.

Una vez fuera no reconoció la calle. Las piedras mojadas se habían secado rápidamente. En el cielo se veía el arco iris. Los tranvías sobrecargados renqueaban dirigiéndose hacia las zonas verdes de la ciudad. Los borrachos tropezaban contra sí mismos. Los cines abrían sus puertas. Los porteros, con gorras ribeteadas de dorado, voceaban y repartían hojas a los transeúntes. El sol daba ya en los últimos pisos de las casas. Viejecitas encorvadas andaban por las calles con pequeños sombreros adornados con tintineantes cerezas de cristal. Las señoras tenían el aspecto de haber salido de los cajones que se abren los domingos. Cuando éstas llegaban a las amplias plazas iluminadas por el sol de la tarde, formaban sombras extrañamente largas. Eran tantas que parecía una procesión de fabulosas viejas hechiceras.

Por el cielo pasaban nubes de nácar, como el de los botones de las camisas. Tenían una relación misteriosa, pero claramente perceptible, con las gruesas boquillas de ámbar que sostenían muchos hombres entre los labios.

El sol se hacía cada vez más débil; el nácar cada vez más pálido. Los hombres volvían de los campos de deporte. Traían sudor y levantaban polvo. Las bocinas de los coches aullaban como perros atropellados.

Las prostitutas aparecían en los oscuros portones llevadas por san bernardos y perros de aguas. Portereros fantasmagóricos se arrastraban hacia las aceras pegados a sus sillas y disfrutaban de su hora de descanso.

Las chicas del pueblo gritaban, los proletarios andaban endomingados con sombreros verdes, trajes mal cortados y manos pesadas que parecían sobrarles.

Los soldados se paseaban como objetos de propaganda. Olía a flores húmedas, como el día de difuntos.

Las lámparas de arco, demasiado altas sobre la calle, se balanceaban inseguras como si fueran velas. En los jardines polvorientos se arremolinaban los papeles. Un viento vacilante se levantaba en ráfagas aisladas.

Era como si la ciudad no estuviese habitada. Sólo los domingos venían de vacaciones los muertos de los cementerios.

Se intuían tumbas abiertas que estaban esperando.

Al atardecer Tunda volvió a casa.

El director de orquesta dio una fiesta en su honor.

XIX

Fue una pequeña fiesta dominical. Los participantes, desde luego, no tenían aspecto de gente que tiene que esperar al domingo para ir a una fiesta. Pertenecían a las clases altas, que podían ser invitadas también un miércoles o un jueves, o hasta un lunes, y que, en efecto, lo estaban. Se trataba de artistas, hombres de letras y consejeros, Entre los invitados se encontraba un teniente de alcalde aficionado a la música; un profesor de la universidad que daba clase los viernes de seis a ocho de la tarde y frecuentaba la compañía de las damas de la sociedad; un artista que actuaba con éxito en el Teatro Estatal de Berlín; una actriz joven y menuda que, a pesar de haberse acostado con el voluminoso teniente de alcalde, había logrado salir ilesa, e incluso revitalizada, de sus brazos; un director de museo que había escrito un par de trabajos sobre Van Gogh, aunque el pintor que realmente le interesaba era Böcklin; el crítico musical de un importante periódico, que parecía haber hecho un pacto tácito con el director de orquesta.

Algunos habían llevado a sus mujeres. Estas damas se dividían en dos grupos: las elegantes, que tendían a París, y las prácticas, que hacían recordar los lagos de Masuria. Alrededor de estas últimas había como un resplandor de acero y triunfo. Algunas llevaban vestidos abiertos en los costados. Se formaron tres grupos: primero, las damas prácticas; segundo, las damas elegantes; tercero, los hombres. Sólo Franz y su cuñada iban de un grupo a otro sirviendo refrescos. Las miradas atrevidas de algunas damas elegantes se dirigían solícitas a Tunda, que estaba rodeado de una aureola siberiana y exhalaba el hálito de la estepa y el océano glacial. Los hombres le daban palmadas en el hombro y le describían Siberia. El crítico musical se informaba sobre la nueva música en Rusia, pero no esperaba respuesta alguna, sino que, inmediatamente, comenzaba una conferencia sobre la orquesta de Moscú, que tocaba sin director. El director de museo se sabía de memoria el Ermitage de San Petersburgo. El profesor, que despreciaba a Marx, citaba pasajes en los que Lenin se contradecía. Hasta conocía el libro de Trotski sobre la creación del ejército rojo.

No había ningún orden en la conversación, pero de eso se encargó un fabricante que llegó hacia medianoche. Era doctor honoris causa y miembro del club. Con el rostro enrojecido y manos que parecían buscar algo desesperadamente haciendo pensar en las de un naufrago, a pesar de que tenía los pies bien plantados sobre tierra firme, comenzó a interrogar a Tunda.

El fabricante tenía concesiones en Rusia.

— ¿Cómo va la industria en los Urales?—preguntó.

—No sé—reconoció Tunda.

— ¿Y el petróleo en Bakú?

—Muy bien—dijo Tunda, sintiendo que perdía terreno.

— ¿Están confórmelos obreros?

—No siempre.

—Ya lo ve—dijo el industrial—. Los obreros no están conformes. Usted no

sabe nada de Rusia, mi querido amigo. Se pierde la perspectiva de las cosas cuando se está tan cerca. Yo conozco eso. No es ninguna vergüenza, mi querido amigo.

—Sí—dijo Tunda—, se pierde la perspectiva. Se está tan cerca de las cosas que a uno ya no le interesan. Lo mismo que usted no se preocupa de cuántos botones tiene su chaqueta. Uno se pierde en la vida diaria como si entrara en un bosque. Se encuentra gente, se la pierde de nuevo, como los árboles pierden sus hojas. ¿No comprende que no me parece importante cuánto petróleo se saca en Bakú? Es una ciudad maravillosa. Cuando se levanta el viento en Bakú...

—Usted es poeta—dijo el fabricante.

— ¿Se lee a Ilya Ehrenburg en Rusia?—preguntó la actriz menuda—, es un escéptico.

—No conozco ese nombre, ¿quién es?—preguntó el profesor, en tono de condena.

—Es un joven escritor ruso—dijo, ante la admiración general, la señora Klara.

— ¿Va usted este año a París?—preguntó una dama a otra del grupo parisino.

—He visto en Femina los últimos sombreros: se llevan otra vez en forma de puchero; trajes sastre ligeramente acampanados. Creo que este año no vale la pena.

—Mi esposo y yo estuvimos la semana pasada en Berlín—dijo la mujer del crítico musical—, esa ciudad crece increíblemente. Las mujeres están cada vez más elegantes.

—Fabuloso, fabuloso—exclamó el fabricante—, esa ciudad tiene en vilo a toda Alemania.

Aprovechando el tema Berlín, siguió la conversación contando alguna otra historia. Él era el que sabía dar siempre un nuevo impulso cuando la conversación decaía.

Habló de la industria, y de la nueva Alemania, de los obreros y de la decadencia del marxismo; de política y de la Sociedad de las Naciones, de arte y de Max Reinhardt. El fabricante se trasladó a una habitación contigua. Se recostó en un ancho sofá medio cubierto por un incensario de cobre: una curiosidad católica. Se había desatado los zapatos de charol, desabrochado el cuello, tenía la pechera de la camisa abierta como una puerta de dos hojas, y sobre el pecho descubierto un pañuelo de seda. Así lo encontró Tunda.

—Antes lo entendí perfectamente, señor Tunda— dijo el fabricante—.

Entendí perfectamente lo que quería decir con lo del viento en Bakú. Entendí perfectamente que usted ha vivido muchas cosas, y ahora venimos nosotros y empezamos a hacerle preguntas tontas. Por lo que a mí se refiere, le he hecho preguntas prácticas por motivos egoístas muy determinados. En cierto modo estaba obligado. Usted todavía no lo entiende. Tendrá que pasar más tiempo entre nosotros para entenderlo. Entonces también tendré que hacer determinadas preguntas y dar determinadas respuestas. Aquí vivimos todos según las leyes eternas y contra nuestra voluntad. Naturalmente, al principio, por ejemplo, cuando llegamos aquí, cada uno tenía voluntad propia. Uno organizaba su vida de forma completamente libre, nadie tenía nada que objetar.

Pero después de algún tiempo, todo lo que había construido por su propia y libre voluntad se convertía, sin que uno se diera cuenta, en una ley sagrada, aunque no estuviese escrita, y dejaba de ser una simple consecuencia de su resolución. Todo lo que a uno se le ocurriera o quisiera hacer después tenía que imponerlo contra la ley, o bien eludirla. Tenía que esperar a que ella, por cansancio, cerrara un momento los ojos. Pero usted no conoce todavía la ley.

»Usted no sabe los ojos terriblemente abiertos que tiene, sus párpados están firmemente adheridos a las cejas y no se cierran nunca. Cuando llegué aquí, por ejemplo, se me ocurrió usar camisas de color con el cuello cosido y sin puños; pero, con el tiempo, fui obedeciendo a una ley muy estricta e inexorable contra este tipo de camisas. Usted no se da cuenta de lo difícil que era usar camisas blancas con cuellos cambiables por motivos prácticos, ya que era una época en la que me iba bastante mal. Pues la ley decía: «El fabricante X lleva camisas de color con cuello fijo, con lo que demuestra que es un trabajador igual que sus obreros y empleados. Sólo necesita quitarse la corbata y ya parece un proletario.» Lentamente, con la misma precaución que si se las hubiese robado a alguien, comencé a ponerme camisas blancas. Primero una vez a la semana, el domingo, pues en ese día la ley cierra a veces un ojo; después el sábado por la tarde; después el viernes. Cuando me puse por primera vez la camisa blanca un miércoles (miércoles es, por otra parte, mi día de mala suerte), todo el mundo me miraba con aire de reproche, mi secretaria en la oficina, y el capataz en la fábrica.

»Bien, las camisas no son muy importantes, pero son simbólicas. Por lo menos en este caso. Además, con las cosas importantes sucede lo mismo. ¿Cree usted que después de haber venido aquí como fabricante podría haber llegado a ser director de orquesta aunque hubiese sido diez veces mejor que su hermano? ¿O que su hermano hubiera podido llegar a ser industrial? Bien, para mí la profesión tampoco es una cosa demasiado importante. No es tan fundamental aquello de lo que uno vive. Pero sí, por ejemplo, el amor de la mujer y los hijos. Una vez que usted ha empezado por propia voluntad a ser un buen padre de familia, ¿cree usted que puede alguna vez dejar de serlo? Si usted le ha dicho un día a su cocinera que no le gusta la carne blanca, ¿cree usted que, después de diez años, puede cambiar su decisión? Cuando yo llegué aquí tenía mucho que hacer, tenía que conseguir dinero, montar una fábrica (debe usted saber que soy hijo de un vendedor ambulante judío), no tenía tiempo para teatro, arte, música, artes decorativas, objetos religiosos, asociaciones religiosas israelitas, catedrales católicas. Por eso, si alguien se dirigía a mí para ese tipo de cosas, lo rechazaba de una forma un tanto burda. Me convertí, por así decirlo, en un palurdo, o en un hombre de acción; mi energía causaba asombro. La ley se apoderó de mí. Me ordenaba brutalidad, actuar con indiferencia. Tengo que hablar con usted, compréndalo, como la ley ordena. ¿Quién me ordenó a mí tener concesiones industriales en esa inmundicia Rusia? La ley. ¿Cree usted que el viento de Bakú no me interesa más que el petróleo? ¿Pero puedo preguntarle por el viento? ¿Soy acaso un meteorólogo? ¿Qué diría la ley?

»Y lo mismo que yo mienten todos los hombres. Cada uno dice lo que la ley prescribe. La actriz pequeñita que le preguntó antes por un joven escritor ruso se interesa probablemente más por el petróleo. Pero no, cada uno tiene asignado su papel. El crítico musical y su hermano, por ejemplo: los dos juegan en bolsa, lo sé, pero ¿de qué hablan?, de cosas cultas. Cuando se entra en una habitación y se mira a la gente que está allí, se puede saber inmediatamente lo

que dirá cada uno. Cada cual tiene su papel. Así es nuestra ciudad. La piel en la que está metido cada uno no es la propia. Y como en nuestra ciudad, así en todas, o, por lo menos, en cien ciudades grandes de nuestro país.

»Mire, yo estuve en París. A mi regreso no podía decirle a nadie que preferiría vivir en París como un mendigo bajo los puentes del Sena, que en nuestra ciudad con una fábrica mediana. Nadie me creería, y hasta yo mismo dudo de que tal fuera realmente mi deseo. Pero le quería decir otra cosa: en la avenue de l'Opéra, un hombre me para. Quiere enseñarme prostíbulos. Yo, por supuesto, reacciono cautelosamente, y el hombre trata de disipar mis reparos. Me enumera sus clientes. Me menciona al ministro con el que yo había estado negociando una semana antes. No sólo me menciona los nombres, sino que también tiene pruebas. Me enseña cartas. Sí, es la letra del ministro. «Querido Davidowicz», escribía el ministro, buen amigo de Davidowicz. ¿Por qué le escribe «querido»? Porque el ministro tiene una perversión muy determinada. Porque día y noche no hace más que pensar en cabras, en ninguna otra cosa. Le repito, ¡ien cabras! Y ni siquiera es ministro de Agricultura. En las negociaciones había participado con un fervor increíble. Uno cree que su ministerio puede confiar en él. Pero ¿en qué piensa continuamente? En animales. ¿Quién le prohíbe hablar de lo que él realmente querría? La ley.

El fabricante tuvo que arreglar rápidamente su traje porque se acercaban dos señoras. Curiosamente, una era del grupo de las prácticas y la otra del grupo de las parisinas. Hablaban de ropa. Todo parecía indicar que la práctica quería que la elegante la informase.

—No tenía necesidad—susurró el fabricante—de hablar de los animales tan directamente como lo hacía con Davidowicz. Pero podía, por lo menos, hablar indirectamente de ellos, como por ejemplo, de su utilidad para la economía doméstica. Ni siquiera eso hacía. Pero ¿quién lo hace? ¿Sabe usted todas las cosas que saldrían si pudiéramos buscar en los cajones particulares de cada uno, o, mejor que en los cajones, en los rinconcitos ocultos?

»Cuando usted habló del viento se me saltaban las lágrimas. ¿Cree que hubiera podido llorar? Sólo podía echar pestes.

»Le voy a confesar que a veces voy al cine para poder desahogarme llorando. Sí, al cine.

Apareció una señora, vio a Tunda y le sonrió, afectuosa, seductora y distante, como si sostuviera delante de su cuerpo una cinta métrica, como si hubiera una determinada ley que ordenara enseñar sólo una cierta cantidad de dientes al sonreír.

— ¿Y no sintió nunca nostalgia?—le preguntó—. A veces hablábamos de usted. Había desaparecido.

Al pronunciar esta palabra, inclinó la cabeza. Se sintió violenta al tener que decir a una persona allí presente que había sido tomada por desaparecida. Era una condición penosa e incluso indecente la de desaparecido. Era algo así como decir a alguien que está vivo que había pasado por muerto.

—Su hermano nos ha hablado con frecuencia de usted. Nos ha contado que los dos estaban enamorados de su prima Klara, y que casi llegaron a enfadarse por ese motivo; y cómo se despidieron cuando usted se fue a la guerra (estuvo a punto de decir: «cuando lo mandaron a la guerra»), y le dio un beso a su hermano que estaba muy triste porque, a causa de su pierna, tenía que

quedarse en casa. Sí, hemos hablado con frecuencia de usted.

» ¿Ha pensado alguna vez que se podría hablar de usted como...?

No terminó la frase. Probablemente había querido decir: «como de un muerto». Pero eso no se le dice a la cara a uno que está vivo.

Franz se quedó admirado de los relatos de su hermano.

De cualquier modo, a una mujer que cuenta este tipo de cosas se le dice: «Siéntese con nosotros.» Y se sentaron. Había muchos sitios donde sentarse en la casa del director de orquesta. Una característica particular de esos sitios era que cuando uno se sentaba en ellos tenía la impresión de estar echado. Parece que esta costumbre tiene algo que ver con la moda femenina. Se llevan vestidos que invitan a acostarse o que, por lo menos, hacen pensar en ello. Por otra parte, puede relacionarse con un cierto relajamiento que se observa en las costumbres europeas.

Tunda se sentó, pues, con la señora, detrás de la espalda ancha y marrón de un Buda; estaban casi como a la sombra de una parra silvestre. Las piernas de la mujer, perfectamente depiladas, descansaban una junto a otra como dos hermanas igualmente vestidas, las dos en punto de seda. Tunda le puso una mano sobre una pierna, pero la señora no pareció advertirlo. Tan pronto como oía que se acercaban pasos, trataba de separarse.

¡Ay, las cosas que se hacen por un desaparecido!

Si Tunda hubiese aprovechado todas las posibilidades que brindan un encanto siberiano y valiosos objetos religiosos, es posible que su destino se hubiese retardado, aunque en forma alguna no habría cambiado. No sé si después, a pesar de todo, las ha aprovechado.

XX

Después de que se fueran los invitados, los hermanos se quedaron solos en una habitación; solos, si no se cuentan los cuadros, los dioses, los santos. Tunda no estaba acostumbrado a estos testimonios silenciosos. Por lo que a mí respecta, no me importa nada que detrás de mi sillón haya un lacayo que me cuente los pelos. De no ser por la sensibilidad social de Klara, seguramente hubiera habido lacayos en la casa del director de orquesta; evidentemente le repugnaba denigrar a las personas.

Los dioses, en cambio, no tenían ninguna importancia. Por otra parte, en la habitación en la que estaban sentados, Klara había instalado uno de esos prácticos inventos que suelen entusiasmar al ama de casa.

Se trataba de una curiosa lámpara, una lámpara delicada, sostenida sobre un pedestal, cuya luz pasaba por muchos agujeritos perforados regularmente en círculo en su cuerpo frágil y transparente.

Pero esta lámpara no tenía la finalidad de alumbrar, sino la de devorar el humo acumulado durante la noche. La lámpara ahorra ventanas abiertas, corrientes de aire, enfriamientos, y, finalmente, el médico. Extraordinarios inventos de este tipo se hacen todos los años en Alemania y en América del Norte. El director de orquesta también utilizaba otro: fumaba cigarrillos sin nicotina. Y hasta ese humo era aspirado por la lámpara maravillosa.

Era una casa higiénica sin igual.

—Buenas noches—dijo Klara, después de colocar la lámpara. Se acercó a su marido y le dio un beso efusivo en la frente. Era un beso sin erótica. Franz recibió otro igual, que le alteró a pesar de todo. Corrió el sillón, quiso levantarse, pero su cuñada lo contuvo por los hombros.

Los dos hermanos quedaron, pues, solos, e iban a tener que hablar por primera vez.

El director de orquesta, cuya habilidad para salir de comienzos difíciles era conocida, tomó primero la palabra, y dijo, muy razonablemente, lo más indicado:

— ¿Qué te parece nuestra ciudad?

Nada es más contagioso que la sociabilidad. Franz se guardó la mayor parte de las cosas que pensaba, las más importantes, y contestó:

—Me la había imaginado más alegre, más animada, en una palabra, más renana.

—Tiene una población agradable y tranquila. La clase obrera no es aquí tan radical como en otras partes. El alcalde es miembro del Partido Popular Alemán, el primero y el segundo alcalde son socialdemócratas. En mi orquesta hay cinco miembros del Partido Social demócrata. El contrabajo es incluso muy bueno.

— ¿De qué te admiras?—preguntó Franz—, ¿por qué iba a impedirle el partido que sea un buen contrabajo?

—No creas—dijo el director de orquesta—, la actividad política es nociva para el arte. El arte es algo sagrado, alejado de lo cotidiano. Quien se dedica a él

ejerce una especie de sacerdocio. ¿Puedes imaginarte a alguien pronunciando un discurso político y dirigiendo después Parsifal?

—Puedo imaginarme—dijo Franz—que, en determinadas circunstancias, un discurso político sea tan importante como Parsifal. Un buen político puede ser tan importante como un buen músico. De cualquier modo, no es un sacerdote. Una sala de conciertos no es un templo del arte, lo mismo que un local de reuniones tampoco es un templo de la política.

—Ya no tienes ideas europeas—dijo el director de orquesta en voz baja y suave, como de psiquiatra—. Ideas así ya han hecho presa, desgraciadamente, en gran parte de Alemania. Vienen de Berlín. Pero aquí, en Renania, todavía hay un par de antiguas fortalezas de la vieja cultura burguesa. Nuestras tradiciones vienen de la Antigüedad, pasando por la Edad Media católica, el Humanismo, el Renacimiento, el Romanticismo alemán...

— ¿Es eso cultura europea?—preguntó Franz, señalando los Budas, los cojines, los sofás anchos y profundos, las alfombras orientales.

»Me parece que habéis tomado algo prestado. Tus invitados han bailado hoy algunas danzas negras que probablemente no aparecen en Parsifal. No entiendo cómo puedes hablar todavía de cultura europea: ¿dónde está?, ¿en la ropa de las mujeres? El fabricante que estaba hoy en tu casa, ¿tiene cultura europea? Por otra parte, me gusta más que los otros porque os desprecia. Esa vieja cultura tiene miles de agujeros. Y vosotros remendáis los agujeros con materiales asiáticos, africanos, americanos. Los agujeros son cada vez mayores. Pero vosotros conserváis el uniforme europeo, el esmoquin y la piel blanca, y vivís en mezquitas y templos hindúes. Yo, en tu lugar, me pondría un albornoz.

—Hacemos un par de concesiones—dijo el director de orquesta—, eso es todo. El mundo se ha vuelto más pequeño: África, Asia y América están más cerca. En todas las épocas se han adoptado costumbres extranjeras y han sido integradas a la cultura.

— ¿Pero dónde está esa cultura a la que las queréis integrar? No tenéis más que la fachada de una antigua cultura. ¿Son antigua cultura alemana los estudiantes con sus ridículas gorras de color? ¿O vuestra estación, cuya mayor maravilla es que los trenes salen de ella y llegan a ella? ¿Está vuestra cultura en vuestras tabernas, donde los borrachos cantan «Una chica renana» y los que están sobrios bailan el charlestón? ¿Hay antigua cultura en vuestras entrañables buhardillas, en las que ya no viven obreros, ni artesanos, ni orfebres, ni relojeros, ni maestros cantores, sino proletarios que viven en las minas y se encuentran como en casa en los ascensores eléctricos, pero no entre ilegibles letras góticas? Todo eso es una mascarada, no la realidad. No os despojáis de vuestros disfraces. Hoy vi a un bombero con su deslumbrante uniforme empujando un cochecito de niño. No había ningún fuego, todo estaba tranquilo. ¿Era una niñera que se había disfrazado de bombero o un bombero que tenía que representar el papel de niñera? Pasaron estudiantes con gorras de tela, y después otras gentes con gorras de estudiante hechas de papel. ¿Eran los estudiantes los que estaban disfrazados, o los otros? Después vi a unos jóvenes con capuchas de terciopelo y pantalones de marinero; le pregunté a un camarero y me dijo que era una antigua vestimenta de los carpinteros. ¿Es realmente así? ¿Se hacen ataúdes y cunas con las gorras de terciopelo puestas en la cabeza? ¿Se anda todavía con hatillos por los caminos rurales cuando ya no hay casi caminos rurales, sino sólo automóviles y aviones?

—Has visto mucho en un día—dijo, conciliador, el director de orquesta—, yo no salgo nunca a la calle.

— ¿Por qué no? ¿No te interesa? ¿No va contigo mezclarte con el pueblo porque eres un sacerdote del arte? ¿Estás satisfecho entre tus pilas de agua bendita, tus cuadros y tu antigua cultura? ¿Te enteras de todo sólo por los periódicos?

—No leo los periódicos—rió el director de orquesta—, sólo las cuestiones musicales.

—Hasta en la Academia Militar sabía yo más del mundo que tú—dijo Franz—. Además, no hemos hablado nunca en nuestra vida, y ahora sólo sabemos discutir de política, como si nos hubiésemos encontrado en el compartimento de un tren.

— ¡O sea, que ni siquiera has viajado en coche-cama!—exclamó, horrorizado, el director de orquesta.

Como se vio muy pronto, no tenían nada que decirse cuando dejaban de hablar de generalidades.

Ni siquiera al conciliador director de orquesta se le ocurría nada.

Finalmente se decidió a preguntar:

— ¿Sabes algo de Irene?

—Me han dicho que se ha casado—dijo Franz.

—He oído que vive en París—dijo Georg.

Y se fueron a dormir.

XXI

De vez en cuando, el director de orquesta hacía un viaje a alguna ciudad más o menos próxima a la zona del Rhin; se quedaba allí algunos días y volvía pálido y con necesidad de reposo.

—Pobre Georg, necesitas un cambio de clima—decía Klara.

—Necesito distracción—decía el director de orquesta. Como se supo después, sus viajes se debían a motivos amorosos. Parecía un pájaro que salta de rama en rama y lanza en cada una de ellas una cancioncilla. Las muchachas de los centros antiguos de la cultura, además de a los boxeadores y a los profesores de gimnasia, adoran también a los sacerdotes del arte. En eso se diferencian de sus hermanas de las grandes ciudades, en las que reina la barbarie.

El matrimonio del director de orquesta semejaba un lago tranquilo con brisa permanente y fresca. Su hija nadaba complacida entre el padre y la madre como entre dos puertos. Nunca se ponía enferma, no pasó la tos ferina. No lloraba. No tenía caprichos. Había mamado la leche pacífica y sin ardor de su madre, y su carácter se había formado según el de ella. Era un modelo de niña. Jugaba con muñecas de esponja, con las que, al mismo tiempo, podía lavarse. Decía papá y mamá, y llamaba tío y tía a todas las personas con la misma afabilidad.

En casa del director de orquesta se comían muchas verduras y huevos, nata y frutas, y dulces que sabían a papel. Se bebía vino ligero, y uno se levantaba de la mesa ligero como un globo. A pesar de ello, el director de orquesta dormía después de comer, se recostaba sobre su sofá, pero no parecía dormir, sino que daba la impresión de haberse retirado para estar a solas con su cultura personal.

Se recibían y se hacían visitas.

Dentro de la ciudad, que era en sí misma un centro cultural, había, además, casas que eran a su vez pequeños centros culturales. Había artistas que vivían en estudios y representaban la bohemia. Había un abogado que invitaba a las festividades judías a sus conciudadanos cristianos, instaurando así, por lo menos en las esferas más elevadas, la paz religiosa. Había un dibujante cristiano que vivía de ornamentos judíos y realizaba árboles genealógicos para las antiguas familias renanas con el pago de adecuados honorarios. Había un coleccionista de sellos que, cada dos o tres semanas, organizaba exposiciones de sus mejores ejemplares, con fiestas de las que de vez en cuando surgía un noviazgo. Había seguidores de viejos poetas de la segunda escuela romántica de cuyas casas podían verse interesantes cartas inéditas. Había un poeta de fama que vivía en una pequeña habitación en un museo, y un viejo profesor que se pasaba el día entero en la torre de una iglesia y hacía tañer las campanas con el famoso toque del que se habla en el Baedeker. Había un viejo cementerio en el que los alumnos de la academia de dibujo pasaban mañanas enteras para reproducir en sus cuadernos sus lápidas pintorescas. Había un par de antiguas fuentes históricas que habían sido agrupadas un día por el Ayuntamiento para formar un conjunto único en el parque de la ciudad; esto se hizo por razones de comodidad, y también porque, en el mismo parque, ya se había erigido en 1920 un monumento en recuerdo de la guerra, y desde 1872 había en él un roble de

Bismarck rodeado por un alambre de púas cuyas hojas susurraban todo el verano. Había muchos propietarios de bicicletas, que allí se llamaban «el coche del hombre de a pie».

La consideración de que gozaba el director de orquesta se extendió finalmente también a Franz, que sólo de vez en cuando tuvo que seguir contando historias de Siberia a algunas visitas. A las cincuenta cuartillas agregó treinta más. Había inventado ya una gran cantidad de aventuras; le estaba resultando fácil convertirse en un famoso explorador de Siberia.

«Mi total inactividad», escribía en su diario, «no me angustia en absoluto en esta ciudad. Y aunque trabajara todavía menos, me seguiría pareciendo que soy muy útil.

»Excepto los fabricantes, no hay entre la gente que veo nadie que trabaje, ni siquiera los hombres de negocios. Me da la impresión de que la gente tiene todavía los pies sobre la tierra, que toda la parte inferior de su cuerpo es terrena, pero que, de las manos para arriba, ya no viven en capas atmosféricas terrenas. Todos se componen de dos mitades. La mitad superior de cada uno se avergüenza de la inferior. Todos consideran que sus manos son mejores extremidades que sus pies. Tienen dos vidas. Comen, beben y aman eligiendo la inferior, la de menos valor; y, en la profesión, la superior.

»Cuando Georg dirige es otro Georg que el que se acuesta con sus jóvenes admiradoras. Ayer una señora me contaba que había ido al cine y poco le había faltado para tener que taparse la cara. Fue al cine sólo con la parte inferior del cuerpo, la de menos valor: vio la película con un par de ojos vulgares, utilizables para fines ordinarios, de los que dispone como de un par de gemelos o de un monóculo. Me acosté con una mujer que, al cabo de una hora, me despertó para preguntarme si a mi potencia física le correspondía un igual amor espiritual hacia ella. Pues sin lo espiritual se sentía profanada. Tuve que vestirme rápidamente, y mientras buscaba debajo de la cama un botón de la camisa que se me había caído, le expliqué que mi espíritu está siempre en aquella parte del cuerpo que estoy usando en ese momento para una actividad determinada. Es decir: cuando paseo, en los pies, etc.

»"Eres un cínico", dijo la mujer. »Me he sentido mejor entre los compañeros más estúpidos de la Academia Militar, y después en el regimiento. Las asistentes femeninas de segunda clase de aquella etapa eran más inteligentes que estas mujeres. La única concesión que hacen a la realidad es la gimnasia de todos los días a las seis de la mañana. Que, por supuesto, no se llama gimnasia sino eurytmia. Si no, en cada flexión profunda se sentirían profanadas.

»Mi cuñada me recuerda a Natascha. No me hubiera enamorado nunca de Natascha si hubiese hecho el camino al revés, de la casa de mi hermano a Rusia. Natascha se sacrificaba por la idea revolucionaria; Klara, en parte por la cultura, y en parte por la sensibilidad social. Pero mientras Natascha actuaba, evidentemente, en contra de su naturaleza, Klara no necesita dominarse en absoluto. Nada le resulta más fácil que esa sensibilidad social que le permite proteger la salud de los lacayos, tratar a los camareros como a camaradas de guerra, y a mí como a un hermano de leche. A veces pienso que es un ser encantador al que se podría dirigir por un camino más natural, que se podría hacer de ella una mujer. Pero esto es tan poco probable como sentir amor por una aspiradora llamada "Vacuum", con la que aquí se repasan todas las mañanas las alfombras.

»Probablemente mi hermano me niega el derecho moral de vivir porque no tengo profesión ni gano dinero. También yo me siento culpable porque estoy comiendo su pan. Pero, en realidad, yo no podría tener ninguna profesión en este mundo. Sería como si me pagasen por rebelarme contra él. No encajo en absoluto con ninguna de las ideas dominantes.

»Hace unos días conocí a una mujer. Escritora y comunista. Está casada con un comunista rumano, escritor también, que me parece tonto y falto de talento, pero que es lo suficientemente astuto como para ocultar su tontería con sus convicciones comunistas, y justificar su ociosidad con la política. El matrimonio vive del dinero que les pasa un tío capitalista, banquero, y de artículos para revistas radicales. La mujer lleva zapatos de tacón bajo y se burla de la sociedad de la que vive. Hasta con su propia hija habla como podría hablar la directora de un reformatorio con un pupilo menor de edad. Esta pasa por ser una aberración caprichosa de la familia y se le perdonan todas sus faltas. Tiene una mirada de infinita superioridad, alterna con algunos literatos, conoce un cabaret berlinés, y ha vivido en un barrio proletario por convicción y a modo de protesta. Después de tres meses, el tío le mandó dinero y se mudó al Oeste. Desde entonces conoce los altos niveles y los bajos fondos de la sociedad, y escribe novelas cortas sobre la vida proletaria. Si se le dice "Distinguida señora", enseguida hace sentir su desprecio, y si se le dice simplemente "Señora Tedescu" se queda sorprendida. A mí me despreciaba de antemano por no haberme quedado en Rusia. No sabe, por supuesto, que he luchado en la guerra civil, y probablemente no lo creería nunca. He inventado un modo especial de tratarla. Al saludarla, le estrecho virilmente la mano pequeña y delicada, la llamo camarada y le hablo crudamente de los asuntos sexuales de que trata en sus novelas. A veces está a punto de echarse a llorar. »Sólo una cosa me hace sentir cálido y melancólico: pensar en Irene. Ni siquiera se trata de mi novia, de la Irene que conocí cuando todavía era novio suyo y un estúpido teniente. Se trata de una mujer desconocida, a la que amo y que no sé dónde vive.

»Georg me dijo que había oído que estaba en París. En ese momento sentí frío y calor, vi algo que brillaba, fue como en Bakú, cuando aquella mujer me habló de los ridículos escaparates de la rué de la Paix. Es como si hubiese estado buscando a Irene toda mi vida y, de pronto, alguien me dijese que la ha encontrado. Pero, en realidad, no la busco. Tampoco tengo nostalgia de ella. Ella puede ser algo totalmente distinto del resto del mundo, y sólo cuando pienso en ella siento un último atisbo de fe dentro de mí. Quizás habría que ser escritor para poder expresar esto exactamente.

»A veces siento la necesidad de buscarla. Tendría que ir a París, quizá la encontrase allí. Para eso habría que tener dinero. Pero no puedo pedirselo a Georg. Es una inhibición ridícula. Probablemente me lo daría, y además estaría encantado de que me fuese. Sin embargo, a Georg le pediría dinero para otras cosas, pero no para ésta.

»Por otra parte, ya es hora de que gane algo de dinero. En este mundo no es importante trabajar, pero es muy necesario ganar dinero. Un hombre sin ingresos es como un hombre sin nombre, o como una sombra sin cuerpo. Se tiene la sensación de ser un fantasma. Esto no se contradice con lo que he dicho antes. No tengo ningún remordimiento por mi inactividad, sino porque mi inactividad no rinde dinero, mientras que la de los otros está muy bien pagada. El dinero es la única justificación de la existencia.»

XXII

En aquella época yo vivía en Berlín. Un día, M. me dijo:
—He visto a Irene Hartmann. La saludé. No me reconoció. Pensando que me había equivocado, volví y la saludé nuevamente. Pero siguió sin reconocerme.

— ¿Está seguro de que no se ha equivocado?

—Sí, seguro—contestó M.

Inmediatamente escribí a Franz Tunda.

«Querido amigo», le escribí, «no sé exactamente cuál ha sido el motivo de tu regreso.

»Probablemente tampoco tú lo sabes. Pero si es a Irene a quien quieres encontrar, el señor M. la ha visto hace poco en Berlín.»

Unos días más tarde llegó Tunda.

Me gustó muchísimo.

Las personas tardan mucho tiempo en encontrar su semblante. Es como si no nacieran con su propio rostro, con su frente, su nariz, sus ojos. Adquieren todos sus rasgos en el curso del tiempo, y hay que tener paciencia: se tarda mucho en encontrar los elementos apropiados. Justo entonces, Tunda había terminado de elaborar su rostro. La ceja derecha estaba más alta que la izquierda. Esto le daba una expresión de continua sorpresa, la expresión de un hombre que observa con asombro altanero las extrañas circunstancias de este mundo; su rostro era el de una persona muy elegante que tiene que compartir su mesa con gente mal educada y observa sus gestos con una curiosidad condescendiente y paciente, pero nada indulgente. Su mirada era astuta y al tiempo tolerante. Miraba como alguien que acepta el sufrimiento con tal de sacarle experiencias. Tenía un aspecto tan inteligente que casi se le podía tomar por una persona afable. Sin embargo, me dio la impresión de que, en realidad, ya había alcanzado el grado de inteligencia que hace a un hombre indiferente.

— ¿Así que quieres ver a Irene?

—Sí—dijo—. Cuando recibí tu carta quería verla. Ahora tengo dudas nuevamente. Quizá me bastase con verla y pasar de largo tranquilamente.

—Supongamos que la encuentras; es feliz en su matrimonio, probablemente ama a su marido con ese amor que se compone de costumbre, agradecimiento, afinidades vividas en común, y de la experiencia corporal que viene de las numerosas horas de amor, de la pasión que estalla de vez en cuando, de la confianza que hace desaparecer a la vergüenza. ¿Crees tú que iría corriendo a echarse en tus brazos, sólo por el agradecido recuerdo de un noviazgo enterrado? ¿La quieres tú acaso con una pasión que justifique el que ella hiciese eso? Y, sobre todo, ¿lo desearías?

—Ésas son cosas—dijo Tunda—que primero tienen que suceder para que se pueda saber si tienen sentido. Si hubiera vuelto a tiempo con Irene, mi vida sería diferente. Un gran número de azares me impidieron hacerlo. Tengo que reconocer, y me lo reprocho, que no opuse resistencia a esos azares. Ahora es

como si tuviera que buscar a Irene para rehabilitarme. En realidad, no sé qué hacer. Pero, ¿es necesario tener un objetivo?

—En todo caso es mejor tener un fin que lo que se llama un ideal—le respondí.

—Bueno, si fuera realmente un fin—dijo Tunda.

Nos enteramos de que Irene había pasado tres semanas en el hotel Bellevue y había regresado a París.

—Iré—dijo Tunda.

XXIII

Se le ocurrió la idea de publicar sus invenciones siberianas. El libro no estaba terminado. Yo escribí un epílogo en el que relataba que el autor había desaparecido en Siberia y el manuscrito había llegado a mis manos de forma milagrosa. Lo publicó, con el nombre de Baranowicz—y como traducido por Tunda—, una gran editorial de Berlín.

Aún recuerdo cómo sorprendían a Tunda las calles y las casas. Veía hechos y acontecimientos sorprendentes porque hasta los más corrientes le parecían extraordinarios. Viajaba en el piso superior de los autobuses, se detenía delante de cada una de las horribles flechas de madera que en Berlín señalan o prohíben las direcciones de las calles. Poseía la increíble capacidad de comprender la increíble locura racional de esta ciudad. Casi se había olvidado de Irene.

—Esta ciudad—decía—está fuera de Alemania, fuera de Europa. Es capital de sí misma. No se nutre del campo. No recibe nada de la tierra sobre la que está construida, sino que la convierte en asfalto, tejas y muros. Sus casas dan sombra a la llanura, sus fábricas dan pan. Ella decide el idioma, las costumbres nacionales, los trajes regionales. Es la esencia de una ciudad. El campo le debe su existencia, y, como prueba de gratitud, se deja absorber por ella. Tiene su mundo animal propio en el jardín zoológico y en el acuario, en las jaulas de pájaros y monos, sus propias plantas en el jardín botánico, sus propios campos de arena en los que se ponen los cimientos y se levantan fábricas, tiene hasta su propio puerto, su río es un mar, ella un continente. De todas las ciudades que he visto hasta ahora, Berlín es la única que de la falta de tiempo y otras consideraciones de tipo práctico ha sabido crear humanidad. Muchas más personas morirían en ella si no hubiera mil instituciones preventivas y benéficas que protegen su vida y su salud, no porque lo ordene el corazón, sino porque un accidente implica una perturbación del tráfico, cuesta dinero y altera el orden. Esta ciudad ha tenido el valor de ser construida en un estilo monstruoso, y eso le da valor para seguir haciendo monstruosidades. En los bordes de las calles, en los cruces, en las plazas, ha colocado flechas, palos, tablones y sapos repugnantes y multicolores iluminados desde dentro. Sus policías de tráfico sostienen señales metálicas que parecen prestadas provisionalmente por la administración de ferrocarriles, al mismo tiempo que lucen fantasmales guantes blancos.

»Por otra parte, aún tolera dentro de sí a la provincia alemana, por supuesto para devorarla algún día. Alimenta a los de Dusseldorf, Colonia, Bresláu, para alimentarse de ellos. No tiene una cultura propia cómo la tienen Bresláu, Colonia, Frankfurt, Kaliningrado. No tiene religión. Tiene los templos más feos del mundo. No tiene sociedad. Pero tiene lo que en cualquier otra ciudad nace solamente de la sociedad: teatro, arte, bolsa, comercio, cine, ferrocarril, metro.

En pocos días vimos: un hombre corriendo como un vesánico y una procesión; un estreno de cine; un rodaje; el salto mortal de un acróbata en Unter den Linden; uno a quien acababan de asaltar; el asilo de los sin hogar; una escena de amor en el jardín zoológico a plena luz del día; columnas giratorias con anuncios tiradas por burros; trece bares para parejas homosexuales y lesbianas; una tímida pareja normal de entre catorce y dieciséis

años que escribía sus nombres en un árbol y a la que la policía tomó los datos personales por atentar contra la propiedad pública; un hombre que pagaba una multa por haber cruzado una plaza en diagonal en vez de en ángulo recto; una asamblea de la secta de los comedores de cebolla, y el ejército de salvación.

También llevé a mi amigo Tunda al bar de los artistas. Era la época en que los escritores, actores, directores de cine y pintores empezaban otra vez a ganar dinero. Era la época que siguió a la estabilización del dinero alemán, en la que se abrían nuevas cuentas bancarias; incluso las revistas más radicales incluían publicidad muy bien pagada, y los escritores radicales cobraban honorarios en los suplementos literarios de los periódicos burgueses. El mundo estaba tan consolidado que hasta los folletos podían ser revolucionarios. Se estaba tan lejos de la guerra civil que los escritores revolucionarios se enfrentaban a las demandas y a los fiscales con cierto regocijo, y aceptaban sus amenazas como amables cumplidos.

Mostré a Tunda toda la gente famosa: el escritor de cabellos prematuramente blancos, cuya cabeza de plata parecía labrada por un joyero y que publicaba maldades en un estilo que se caracterizaba, a partes iguales, por el buen gusto y el horror al sentimentalismo; el editor de un periódico que ofrecía a todos su bondad de corazón—incluso a los que no la querían—y que, en lugar de ambición literaria, poseía una vulgar vanidad masculina y que ganaba mucho dinero con su gran habilidad para los negocios bursátiles, combatiendo al mismo tiempo contra la gran industria; el conocido dibujante de talento mediocre que se había hecho famoso gracias a las celebridades que había retratado; el autor revolucionario de cuentos revolucionarios que, víctima de la justicia, había estado tres meses preso por luchar por la libertad y la justicia, por un nuevo mundo, sin conseguir otra cosa que fama, la cual, por el momento, no perjudicaba a nadie.

Mostré a Tunda la juventud pujante y continuamente renovada que saludaba a sus antecesores con la arrogancia del recién llegado, discutía los éxitos ajenos para sacar provecho de los propios, usaba monóculo y corbata de color, hacía pensar en la descendencia de un rico banquero, y aún no sabía si prefería ser nieta de una abuela judía, o hija natural de un príncipe Hohenzollern. Al día siguiente, Tunda envió dinero a su mujer a Bakú, y a Baranowicz a Irkutsk. A Baranowicz le escribió una extensa carta.

No le volvería a ver hasta el 27 de agosto, en París.

XXIV

—Llegó a París el 16 de mayo a las siete de la mañana.

Había visto la salida del sol. Sobre un paisaje verde oscuro en el que el follaje común del bosque adquiría el aspecto de los cipreses, una bola incandescente se elevaba con un movimiento que parecía captado a cámara lenta mientras palidecía lentamente.

Para Tunda era como si hubiese visto salir el sol por primera vez. Siempre lo había visto elevarse entre las nieblas que ocultan el paso de la noche al día y hacen de la mañana un misterio. Esta vez, en cambio, la noche y el día se le aparecieron claramente separados, divididos por una nítida línea de nubes por las que subía la mañana como por una escalera.

Había esperado encontrar en París un cielo matinal claro y azul. Pero en París la mañana está como dibujada con un lápiz blando. El humo disperso de las fábricas se mezcla con los restos invisibles de las lámparas de gas plateadas y se adhiere a las fachadas de las casas.

En todas las ciudades del mundo son las mujeres las primeras que salen de las casas a las siete de la mañana: criadas y mecanógrafas. En todas las ciudades que Tunda había visto hasta entonces, las mujeres llevan aún a la calle un recuerdo de amor, noche, lechos y sueños. Las parisinas que salían a la calle por la mañana parecían, sin embargo, haber olvidado la noche. Sobre los labios y las mejillas llevaban el maquillaje reciente que evocaba milagrosamente una especie de rocío matinal. Son mujeres perfectamente vestidas, como para ir al teatro. Pero se adentran con ojos claros y sobrios en un día claro y sobrio. Andan con paso rápido, con piernas firmes, sobre pies seguros que parecen saber cómo hay que tratar a los adoquines. Al verlas caminar, Tunda tenía la impresión de que no gastarían nunca los tacones y las suelas.

Anduvo por antiguas y feas callejuelas con adoquines levantados y tiendas baratas. Al mirar hacia arriba por encima de los letreros de las tiendas, se veía, sin embargo, que eran palacios que, a sus pies, toleraban con lejana indiferencia a los comerciantes. Eran siempre las mismas antiguas ventanas, divididas en ocho paralelogramos, con las mismas celosías grises de ranuras estrechas a medio cerrar. Rara vez estaba abierta una ventana, y en alguna de ellas se veía gente a medio vestir.

Frente a las tiendas había gatos que agitaban sus colas como banderas. Estaban sentados como perros guardianes, con los ojos atentos a las cestas que guardaban el verde de las lechugas, zanahorias amarillas, coles con destellos azulados y rabanitos rojos. Las tiendas parecían huertos, y a pesar de la atmósfera desvaída y plomiza que ocultaba el sol, a pesar del humo y del calor que se levantaba de pronto del asfalto, era para Tunda como andar por el campo oliendo el aroma que se elevaba de la tierra.

Llegó a una pequeña plaza redonda con un ridículo monumento en el centro. Al verlo rió tan alto que creyó que la gente saldría de sus casas. Pero ni siquiera los que estaban fuera le prestaron atención: una mujer gorda y morena que estaba ante una sombrerería, y un hombre alto cuyo bigote negro brillaba desde

lejos, y que acababa de abrir su pequeña chocolatería. Estaban charlando, y parecía que habían visto a Tunda, pero que, deliberadamente, no le prestaban atención. Bromeaban en las primeras horas de la mañana. Tunda reía delante del monumento.

Este representaba a un hombre de tamaño natural, elevado sobre un pedestal, bien afeitado y con el abrigo al viento. Parecía, evidentemente, que la muerte no había alterado su vida cotidiana. Sólo una pequeña perturbación, nada más que eso. En lugar de emprender el camino hacia el más allá, se había colocado cómodamente en el centro de una plaza redonda, con un teatrillo con columnas clásicas al fondo, y había continuado absorbido por su ocupación: la poesía.

Con la excepción de sus dos tiendas, la plaza aún dormía. Las casas se disponían en torno a ella formando un círculo apacible, como un anillo alrededor de un dedo. De algunos huecos salían, como los radios de una rueda, pequeñas calles en todas las direcciones, y en el fondo de una de ellas resplandecía el verde oscuro de un parque, evidentemente tupido, en el que gorjeaban pájaros.

En la esquina había un hotel, un hotel que era como una tienda.

Tunda entró. Estaba oscuro. Sonó una campanilla, y una mujer joven y maquillada salió de detrás de una cortina barata ligeramente floreada. Parecía muy resuelta y digna de la mayor admiración por tener el valor de vivir en aquella oscuridad, detrás de la cortina, y por atreverse a preguntarle a Tunda qué deseaba con una voz irreverente, casi agresiva, y, sin embargo, también amable. Tunda la encontró muy audaz, parecía tener la maravillosa capacidad de, siendo una persona de carne y hueso, deslizarse por los sueños y ser ella misma un milagro entre los milagros.

Por causa de esa mujer, Tunda alquiló una habitación en el sexto piso del hotel. Desde la ventana podía ver el sombrero flexible del poeta de piedra, los gorriones que bailaban sobre su cabeza, el tejado del teatro con su resalto triangular, todas las calles en forma de radios, a la derecha el verde oscuro del jardín, y, en todas las direcciones, chimeneas saltarinas como niños en uña bruma azul.

Por la tarde anduvo por calles grandes y pequeñas, estrechas y anchas, en las que florecían cafés al aire libre con mesas redondas de finas patas; los camareros se movían como jardineros, y cuando servían café y leche en las tazas era como si regaran flores blancas. En los bordes había árboles y quioscos, era como si los árboles vendieran periódicos. En los escaparates—él pensaba en los tontos escaparates de la rué de la Paix—danzaban caóticamente las mercancías, manteniendo, sin embargo, un orden determinado y siempre imperceptible. Los policías se paseaban por las calles, sí, se paseaban, llevando una pequeña esclavina sobre el hombro derecho o izquierdo; resultaba curioso que esa pequeña prenda pudiera protegerlos de la lluvia y del granizo. Y, sin embargo, la llevaban con una confianza inmovible en la calidad del material o en la bondad del cielo, ¿quién puede saberlo? No andaban como policías, sino como quien no tiene nada que hacer y dispone de tiempo para contemplar el mundo.

A Tunda le parecía que podría preguntar a uno de ellos dónde estaba Irene, y que el guardia le respondería o le daría por lo menos un buen consejo. En esa ciudad vivía Irene. En esa ciudad vivía la señora G. Desde el momento de su llegada a París ya no podía diferenciarlas. Se habían transformado en una sola

mujer, y la amaba. Decidió escribir a la señora G.

Sabía su dirección. Le había vuelto a escribir una docena de veces y, además, en un departamento de su cartera estaba aquella nota fatal con la que se había delatado.

Había comprado cuartillas nuevas, suaves y lisas; era como si con ese papel comenzara un nuevo período de su vida. Tunda dependía mucho de ese tipo de cosas: cartas decisivas, cartas que podían decidir un destino, tenían que escribirse en un papel agradable, atractivo, estimulante, alegre, festivo. La carta la escribió con tinta violeta para distinguirla de algún modo de todas las demás cartas corrientes. Sobre todo tenía que hacerle a la señora G. una confesión, una confesión que, probablemente, la decepcionaría.

Pero cuando comenzó a escribir tuvo la impresión de que el francés estaba especialmente hecho para confesiones. Nada más fácil que ser sincero en francés. La verdad desnuda, que suena siempre brutal, está suavemente acunada en los giros del idioma y, sin embargo, claramente dibujada, más visible que audible, como conviene a la verdad. Era, seguramente, una carta con errores, pero en ningún idioma como en francés pueden cometerse errores tan nobles, errores que piden disculpas por sí solos. Al cerrar la carta y escribir cuidadosamente la dirección, se sentía casi tan audaz como la joven y maquillada hotelera.

Pasaban los días y no llegaba la respuesta. Él esperaba. Pero no era una espera de angustia o de miedo, sino, más bien, como la espera ante el telón caído de un teatro.

Se quedaba en el hotel la mayor parte del día. Se despertaba tarde con un ruido de la calle que surgía regularmente todas las mañanas, y cuyo origen no pudo decidirse nunca a averiguar. Tenía curiosidad. Quería ver lo que oía todas las mañanas. Pero lo iba postergando de un día para otro; era agradable poder postergarlo voluntariamente; dar órdenes a la curiosidad proporcionaba un inesperado, dominador y verdadero goce de poder.

Un criado iba y limpiaba la habitación aunque Tunda estuviese todavía en la cama. Daba la sensación de que el criado trabajaba en el hotel desde hacía decenios, y, sin embargo, realizaba su trabajo con un interés asombroso, observaba cada motita de polvo con curiosa satisfacción, daba la vuelta a la palangana como esperando encontrar algo inesperado al otro lado. Todas las mañanas decía: «Hoy hace buen tiempo, debería ir al parque.»

Todas las mañanas, Tunda le decía: «Espero una carta importante.» Se dirigía a Tunda como un tío amable a un sobrino caprichoso, o como el afable enfermero de un manicomio a un paciente de buen natural. Era ese criado irónico y cortés, aunque le gustase dar la sensación de apoltronado, y siempre decía las verdades a la cara.

— ¡A usted le gusta, pero que mucho, dormir!—le dijo una vez.

Y cuanto más dormía Tunda, más frecuentemente se disculpaba:

— ¡Oh perdón, lo he despertado!

Un día llegó más temprano que de costumbre, agitó un sobre azul y exclamó:

—Aquí está la carta que esperaba.

La dejó sobre la colcha y retiró rápidamente la mano como si el papel le

quemara, como si fuera a explotar inmediatamente. Era un sobre barato, transparente y vulgar; el tacto parecía papel secante, y contenía la cuenta.

Ese día Tunda salió por segunda vez y se sentó en el parque cercano, frente a un estanque en el que jugaban los niños tirando al agua sus barquitos. Quería atraer la carta hacia sí. Había que engañarla. No tenía que saber que la esperaba con impaciencia, y entonces llegaría seguro.

Pero no llegó ninguna carta.

Tunda preguntó otra vez a la mujer joven si nadie había ido a buscarle. Y, al igual que la primera vez, le dijo, con un consolador movimiento de cabeza (era como la condolencia fría y profesional de un sepulturero):

—El último correo todavía no ha llegado; el cartero llega alrededor de las siete.

Tampoco con el último correo llegó nada.

Vino de nuevo la mañana, el conocido ruido desconocido despertó a Tunda; llegó el criado masticando todavía el desayuno. De pronto, mientras comenzaba a bruñir cariñosamente el grifo, le dijo:

—Alguien preguntó ayer por usted.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Una mujer?

—A eso de las cinco de la tarde.

Y tirando de su gruesa cadena plateada sacó un grueso reloj plateado, lo observó durante unos segundos como si hubiera apuntado algo en el cuadrante y repitió:

—Sí, a eso de las cinco de la tarde.

—Y ¿quién era?

—Una señora.

—¿No dejó nada?

—No.

—¿Una mujer joven?

—Sí, debía de ser una mujer joven.

—¿Y no dijo que volvería?

—A mí no.

—¿Y a quién si no?

—A nadie.

Y siguió limpiando cuidadosamente el grifo, lanzó el jabón al aire como una pelota y lo volvió a recoger, sonrió y dijo:

—Una bella, pequeña, joven dama.

—¿Y sólo usted habló con ella?

—Sí, solamente yo.

—¿Y por qué no me lo dijo ayer?

—Ayer tenía la tarde libre. Salí a pasear.

—Tenga: una propina. Y si vuelve otra vez, dígamelo antes de ir a pasear.

Lanzó la moneda al aire como lo había hecho antes con el jabón, y dijo:

—Discúlpeme por haberlo molestado—y se fue.

Luego vino un largo sábado; el criado llevó ropa de cama y toallas limpias, las acarició antes de dejarlas sobre el respaldo de un sillón y se dirigió hacia la puerta.

Sostuvo un momento el picaporte en la mano y titubeo como quien tiene que decir algo importante, pero penoso.

Finalmente habló, ya a medio salir:

—No vino nadie.

Un día Tunda despertó en plena clara mañana de domingo.

Sobre las ventanas el cielo parecía muy cercano, flotaban nubéculas blancas, indiscutiblemente era mayo en el mundo.

El criado golpeó a la puerta y dijo:

—Alguien quiere hablar con usted.

La señora G. entró en el cuarto.

Se quitó lentamente un guante, que cayó sobre la colcha como llevado por un viento suave. Allí quedó, vacío, dormido, pero como un extraño animal blando y vivo.

—Y bien, amigo mío—dijo ella—, ¿ha venido usted a verme o a preparar la revolución?

— ¡A verla!, ¿todavía no me cree? Todo lo que le he escrito es cierto, se lo juro.

Tunda sacó sus documentos, como si ella fuera de la policía, como tratando de salvar su libertad.

Ella se sentó sobre la cama, era como un milagro. Arañó los documentos con tres dedos, los miró con desprecio y sacó inmediatamente la fotografía de Irene.

— ¿Quién es esta hermosa mujer?

—Era mi novia.

— ¿Y está muerta?—preguntó, con voz tranquila.

No había nada más sencillo en el mundo que la muerte de Irene; todas las mujeres estaban muertas, enterradas.

—Creo que aún vive—dijo Tunda, tímidamente, como pidiendo disculpas.

Le besó la mano, y ella se colocó con la izquierda un cigarrillo en la boca, mientras Tunda corría a buscar las cerillas.

De pronto parecía que no había nada en el mundo más importante que las cerillas. La cerilla ardió, una pequeña fogata de fiesta.

—Adiós—dijo ella, sin mirarlo, contemplando la fotografía de Irene que seguía sobre la cama.

El cielo estaba todavía azul.

Tunda tenía un par de recomendaciones de su hermano y de conocidos. Hizo visitas.

Eran visitas extremadamente aburridas, hombres cultos o semicultos, dignos, pero de una dignidad suavizada por una predisposición a lo ingenioso. Hombres con rostros tersos, viejos y bien conservados, barbas grises y cuidadas en las que todavía se podía adivinar el surco de las púas del peine. Estos hombres ocupaban puestos públicos, eran profesores o escritores o presidentes de sociedades humanitarias y asociaciones llamadas culturales. Hacía treinta años que no tenían casi otra actividad que la de representar. Se distinguían de sus colegas alemanes por sus movimientos definidos, rotundos y perfectos, y por su cortesía al hablar.

Tunda conoció al presidente Marcel de K. Vivía en las afueras de París, en una villa de donde salía solamente dos o tres veces al año para asistir a alguna sesión solemne y especial de la Academia.

Le aseguró a Tunda que él amaba Alemania.

—Señor presidente—dijo Tunda—me hace usted un gran honor al expresarme a mí, un particular, su valioso amor por Alemania. Pero casi le diría que no me encuentro capacitado para ser depositario de esa declaración suya. No poseo ningún cargo oficial, ni siquiera privado. Hasta me encontraría en un aprieto si tuviera que decirle cuál es mi profesión. He vuelto de Rusia hace poco tiempo y no he visto casi nada de Alemania. Pasé dos semanas en Berlín y un poco más de tiempo en casa de mi hermano, en la ciudad de X., en el Rin. Ni siquiera he tenido tiempo de orientarme en Austria, mi propio país.

Había puesto al respetable anciano en una situación un poco embarazosa. Por eso le dijo:

—Sobre todo le podría contar algo de Siberia, si le interesa.

Hablaron de Rusia. El presidente pensaba que en San Petersburgo aún sonaban las balas.

Tunda percibió en el presidente un gusto delicado que le permitía cualquier ignorancia. Tenía derecho a no saber nada. Francia le daba todo lo que necesitaba: montañas, mar, misterio, claridad, naturaleza, arte, ciencia, revolución, religión, historia, alegría, gracia y tragedia, belleza, humor, sátira, ilustración y reacción.

Tunda observaba al anciano con el placer puro que sienten algunas personas cuando pasean por un jardín bien cuidado. Veía un rostro viejo, armonioso, en el que las preocupaciones habían trabajado con discreción, las decepciones habían dejado su huella en sus marcadas arrugas, y las pequeñas alegrías de la vida habían dejado en sus ojos un brillo hermoso y claro; en torno a su boca grande, de labios delgados y bien dibujada, se extendía la barba como una calma de plata; en la cabeza faltaban los pelos necesarios para dejar aparecer una frente bella, inteligente y representativa. ¡Qué anciano! Nadie podía llamarse «Señor Presidente» con mayor derecho.

Tunda había adquirido la costumbre de desconfiar de la belleza. Por eso, al

principio, no le creyó al presidente ni una palabra, ni la más indiferente. Si le contaba, por ejemplo, que veinte años atrás este o aquel ministro le había llamado a un despacho para decirle a solas la verdad, Tunda lo tomaba por una exageración que la edad disculpaba. Porque las verdades que decía el señor de K. podían repetirse en público sin temor a las consecuencias.

Pero después de hablar tres o cuatro veces con el amable señor, comenzó a sospechar que el anciano no exageraba realmente. Es decir, no eran los hechos los que exageraba, sino su importancia y peligrosidad. Lo que él, con un cierto estremecimiento, llamaba la verdad era una porción indiferente, casi ridícula, de la verdad. De ninguna manera exageraba a sabiendas. Cuando decía alguna generalidad sobre Alemania, algo frecuentemente repetido y convertido ya en una banalidad, en su boca no era una repetición irreflexiva, sino algo así como un descubrimiento cortés. Volvía una y otra vez sobre experiencias ya superadas. Cuando decía paternalmente: «Aprecio su sociedad, querido joven», Tunda tenía que sentirse realmente apreciado. En esa boca mesurada, cada frase, como consecuencia de los lentos movimientos de la lengua, recobraba su antiguo sentido original. Y era natural que el anciano tuviera que hablar a solas con el ministro, para decirle, por ejemplo:

—Por cierto, he notado el doble sentido de su discurso.

En este hombre vio Tunda en qué consiste una parte importante de la distinción: en el temor a lo exagerado (la verdad cruda es ya una exageración), en la confianza en las reglas, en la validez de los giros probados, porque una nueva formulación peca ya por exceso.

Conoció a algunas personas a través del digno presidente: al editor de una revista importante, a su colaborador; a una mujer de la que se rumoreaban relaciones con un ministro; a un hombre de la nobleza que provenía de la zona del Rin y tenía parientes en ruinosos castillos de Francia, Italia y Austria. Era éste uno de esos aristócratas que, para mostrarse dignos de sus prestigiosos nombres con alguna actividad creativa, editan revistas. No se han resignado aún a la definitiva impotencia de la aristocracia, y, mientras sacian su hambre en la mesa de sus herederos los industriales, no olvidan ni por un momento que, al mismo tiempo, la engalanan. Como no tienen la capacidad de ser, por lo menos» vistosos directores de fábrica, encargados sólo de las tareas de representación, o jefes de recepción en las regiones carboníferas como algunos de sus camaradas de clase, se dedican a la política. Y como ya no tienen esperanzas de aumentar sus posesiones con la guerra, hacen política pacifista. El atractivo especial del hombre al que se hace referencia radicaba, por otra parte, en que, por principio, era partidario de una dictadura, de una mano fuerte. Confiaba en una Europa unida bajo el dominio de un Papa con poderes dictatoriales sobre todo el mundo, o algo similar. Cuando hablaba unía las manos de manera que se tocaran las puntas de los dedos, lo que seguramente había aprendido alguna vez de un abate. Hablaba con la voz penetrante, queda y sonora de un hipnotizador profesional, y revestía los relatos prosaicos de un resplandor místico. Por otra parte, le gustaba hacerse pasar por un pobre diablo... También eso puede ser atractivo en la buena sociedad.

Las mujeres de los ricos fabricantes que presumen siempre de incomprendidas, y que tienen pocas oportunidades de tomar contacto con la literatura—porque los literatos pueden llegar a ser peligrosos—se entregan fácilmente a aristócratas con tendencias literarias en los que el alma femenina

encuentra todo lo que necesita: comprensión, delicadeza, un toque de bohemia. Aquel señor no sólo comía en las mesas de la industria, también dormía en sus camas. En los intervalos entre estas actividades editaba su revista. Tenía colaboradores en todos los sectores. Porque también hay hombres honrados que sienten interés por la paz de Europa.

Como, por ejemplo, un diplomático que trabajaba en la embajada francesa de Berlín. Vivía hacía años en Alemania y la odiaba cordialmente. ¿Pero qué podía hacer este odio contra su amor por sí mismo? Cada paso del llamado acercamiento iba en su propio provecho, hacía importantes gestiones contra su voluntad, era un especialista en el amor a Alemania.

Aunque igualmente ignorante, la dama era más honesta con las relaciones. Tenía un rostro amable, era alta y de buen tipo, pero no más inteligente que lo necesario para escribir un artículo de periódico y mantener un diálogo con un ministro alemán.

Todos ellos hablaban, en horas llenas de unción, de una comunidad de la cultura europea. Una vez Tunda preguntó:

— ¿Creen ustedes que estarían en condiciones de decirme en qué consiste esa cultura que pretenden defender, aunque no la ataque nadie desde el exterior?

—En la religión—dijo el presidente, que no iba nunca a la iglesia.

—En la moral—la dama, cuyas relaciones ilegítimas todos conocían.

—En el arte—el diplomático, que desde sus años de estudiante no había vuelto a mirar un cuadro.

—En la idea de Europa—dijo, de modo inteligente, un señor llamado Rappaport.

El aristócrata, en cambio, se contentó con exclamar:

— ¡Lea mi revista y lo sabrá!

—Ustedes quieren conservar—dijo Tunda—una comunidad europea, pero primero tienen que crearla. Porque la comunidad no existe, de lo contrario se sabría mantener sola. Que pueda llegar a crearse, me parece dudoso. Y, por otra parte, aunque existiera, ¿quién querría atacar a esa cultura?, ¿mi bolchevismo oficial? También éste la quiere tener en Rusia.

—Pero es que la quiere tener precisamente aquí, para poder destruirla aquí, quizá también para poseerla él solo—exclamó el señor Rappaport.

—Antes que lo consiga, la cultura ya habrá desaparecido, probablemente con una nueva guerra.

—Eso es precisamente lo que queremos impedir—dijeron varios a la vez.

— ¿No era también eso lo que querían en 1914? Pero cuando comenzó la guerra ustedes se fueron a Suiza, publicaron allí sus revistas, y aquí se fusilaba a todos los que se negaban a prestar el servicio militar. En todo caso, ustedes tienen dinero suficiente para comprarse un billete a Zurich, y también relaciones para conseguir un pasaporte. Pero ¿y el pueblo? Incluso en tiempos de paz, un obrero tiene que esperar tres días para conseguir un visado. La orden de incorporación en cambio la recibe inmediatamente.

—Usted es un pesimista—dijo el benévolo presidente.

En aquel momento entró en la habitación un hombre que Tunda ya conocía.

Era el señor de V. Acababa de volver de un viaje por Norteamérica. Seguía siendo secretario, pero ya no del abogado, sino de un alto político.

Nunca hubiera pensado, según dijo, que Tunda iría realmente a París. Y qué casualidad más afortunada encontrarle en casa de su viejo y querido amigo, tal como se sentía en condiciones de llamar al señor presidente.

A continuación, el secretario comenzó a hablar de Norteamérica.

Era un «narrador innato». Partió de una situación clara y exagerada, y pasó de las experiencias privadas a la situación general. Subía y bajaba la voz, narraba lo más importante en voz muy queda, y así podía ensordecer con lo secundario. Describió detalladamente el tráfico en las calles y los prácticos hoteles. Se rió de los norteamericanos, se refirió maliciosamente a las representaciones teatrales. Hizo algunas insinuaciones íntimas respecto a las mujeres. Continuamente tiraba de las rayas del pantalón a la altura de las rodillas, de lejos recordaba los tímidos movimientos de una jovencita que se alisa el delantal. El secretario era indudablemente un hombre simpático. Pero su imprevisto retorno de Norteamérica tuvo como consecuencia que el viejo y afable presidente dejara de invitar con frecuencia a Tunda, y en vez de «querido señor» le llamara, simplemente, «señor».

XXVI

Tunda tuvo ocasión de conocer en casa de la señora G. al amigo de un gran poeta, entre otras personas.

Las señoras estaban sentadas con los sombreros puestos, y una anciana ni siquiera se quitó los guantes. Cogía los pastelillos con sus dedos de cuero, los ponía entre sus labios de carmín, los masticaba con sus dientes de porcelana; si su paladar era auténtico, no había forma de comprobarlo. Pero no era ella, sino el amigo del gran poeta, quien llamaba la atención.

El amigo del poeta, un húngaro, se había aclimatado en París lo mismo que antes en Budapest. El sonsonete húngaro con que cantaba el francés habría ofendido el oído de los franceses sí no fuera porque ese sonsonete contaba historias de la vida de un gran amigo literario. El húngaro era también políglota de nacimiento e intermediario de la cultura. Podía vivir de ella, pues traducía a Molnár, Anatole France, Proust y Wells, cada uno al idioma que se lo pidiera, y además traducía las bufonadas corrientes a todos los idiomas. Era conocido en los palcos de prensa de la Sociedad de Naciones en Ginebra, en los despachos de los teatros de revistas de Berlín, y en las redacciones de los suplementos literarios de todos los grandes periódicos del continente.

Hablaba como una flauta. Era sorprendente que con tan débil garganta pudiera conseguir protección para sus amigos húngaros en la Liga de los Derechos Humanos.

Hacía algunas buenas obras, no por caridad innata, sino porque sus conexiones lo obligaban a hacer favores.

Por casualidad salió de casa de la señora G. con Tunda. Era uno de esos hombres de Europa central que llevan del brazo a su interlocutor y en cada esquina tienen que pararse o dejar de hablar. Se callan cuando se les retira el brazo, como se apaga una lámpara cuando se desconecta el enchufe de la pared.

— ¿Conoce usted al señor de V.?—preguntó.

—No mucho—contestó Tunda.

— ¡Qué hombre más hábil! Mire usted, ahora acaba de volver de Norteamérica. Para él los grandes viajes son como cambiarse de camisa. Por otra parte, ya conoce medio mundo. Y no le cuesta ni un céntimo. Siempre trabaja con algún hombre rico, o por lo menos influyente. Como secretario o...

Dejó transcurrir un largo minuto, y después dijo:

—Lo de la señora G. se ha terminado.

Soltó el brazo de Tunda, se colocó frente a él como si esperara algo extraordinario.

Pero Tunda no dijo nada.

— ¿Pero usted ya lo sabía?—preguntó.

— ¡No!

—Entonces no le interesa.

—No mucho.

—Pues vamos a tomar un café.

Y fueron a tomar un café.

XXVII

—En esa época a Tunda se le empezó a acabar el dinero.

Escribió a su hermano. Georg le contestó que desgraciadamente no podía ayudarle con dinero en efectivo. Su casa, en cambio, estaba, por supuesto, siempre abierta.

El atrevimiento de la hermosa hotelera, que Tunda había admirado tanto, se transformó en desdén. Porque las hoteleras hermosas, jóvenes y atrevidas, no han pasado en vano su vida detrás de oscuras y baratas cortinas floreadas. Quieren que se les pague por eso.

Consideran la falta de dinero del huésped como una mala acción calculada especialmente contra ellas.

Ésta es la idea que el pequeño burgués tiene de la pobreza: el pobre lleva mucho más tiempo valiéndose de su pobreza para provocar la conmiseración del vecino.

Pero es del pequeño burgués de quien depende el que no tiene nada. En lo alto, muy arriba, detrás de las nubes, vive Dios, cuya bondad es ya proverbial. Un poco más abajo viven los hombres mimados por la suerte, a los que les va bien y son tan inmunes al contagio de la pobreza que han desarrollado virtudes maravillosas: comprensión por la miseria, caridad, bondad y hasta falta de prejuicios. Pero entre los magnánimos y los otros, los que más necesitan de la magnanimidad, está enclavada, como un aislante, la clase media, los que venden el pan y dan a los hombres habitación y comida. La «cuestión social» estaría resuelta si los ricos, que pueden regalar pan, fueran al mismo tiempo los panaderos del mundo. Habría mucha menos injusticia si los juristas del tribunal supremo estuvieran en los pequeños juzgados y los jefes de policía fueran en persona a arrestar a los pequeños ladrones.

Pero no es así.

El criado del hotel fue el primero que se dio cuenta de que Tunda ya no tenía dinero. En el curso de su larga vida había convertido en don profético su instinto innato para descubrir la situación financiera de los cambiantes pasajeros. Había visto enromarse millones de hojitas de afeitar, empequeñecerse millones de jabones y aplanarse millones de tubos de pasta de dientes. Había visto miles de trajes desaparecer de los armarios. Había aprendido a reconocer si alguien vuelve hambriento de un parque o satisfecho de un restaurante.

XXVIII

Tunda todavía no conocía Europa. Había luchado un año y medio por una gran revolución. Pero ahora se daba cuenta por primera vez de que no se hacen revoluciones contra «la burguesía», sino contra los panaderos, contra los camareros, contra los dueños de pequeñas verdulerías, insignificantes carnicerías y criados de hotel sin ningún poder.

Nunca había tenido miedo a la pobreza, apenas si la había sentido. Pero en la capital del mundo europeo, de la que surgen las ideas de la libertad y sus cantos, vio que gratis no se consigue ni un mendrugo de pan. Los mendigos tienen sus bienhechores muy determinados, y de cada corazón compasivo al que se llama se obtiene la respuesta: ¡Ya está ocupado!

Fue una vez a casa de la señora G.

Por primera vez se dio cuenta de que entre ella y él no había nada, de que aquella tarde, aquella noche en Bakú, no tenían más significado que el encuentro de dos personas en una estación antes de tomar trenes diferentes. Vio que en ella estaba muerta la capacidad de vivir experiencias, sentir dolor, alegría, miedo, preocupación, júbilo y todo lo que constituye la vida. Tunda no podía decidir si era la riqueza, la seguridad material en la que vivía, lo que la había vuelto insensible. Pues tenía, sin duda alguna, la admirable, enigmática capacidad de tocar objetos y personas con suaves dedos, y el suelo con bellos y ligeros pies. Cada uno de sus movimientos tenía un sentido, un sentido lejano, poético, que estaba fuera de una finalidad inmediata, y que era más importante que ésta. Ella era un trasunto de la cultura europea de la que hablaban los previsores de catástrofes, los europeos. No había demostración más evidente de la existencia de una cultura europea que la señora G. Pero, para que ésta pudiera existir, era preciso que los hombres no tuvieran corazón, que los panaderos fueran crueles y que la gente pasara hambre. Y ella, que era el resultado de esta catástrofe, no sabía nada, no podía saber nada, no podía siquiera ni sentir una gran pasión, porque la pasión va en merma de la belleza. De todas formas, el mundo no era tan simple como Natascha lo había explicado una vez. Hay otras oposiciones además de la de rico y pobre. Pero hay una pobreza a la que es preciso agradecerle la vida y miles de conocimientos, y una riqueza que mata, que mata embelleciendo, mata prestando gracia y encanto, mata dándonos felicidad y plenitud.

Como si estuviese obligado por alguna ley, Tunda le dijo:

—La amo.

Quizá sólo se lo dijo para explicar su presencia.

¿Pues qué podría, si no, buscar allí? Como una persona que pierde a otra persona, Tunda buscaba los últimos medios de conservarla, llevado por un impulso que es a veces más fuerte que el instinto de conservación.

Durante todo el tiempo se preguntaba qué diría la señora G. si a él se le ocurriera pedirle dinero. ¿Hasta qué grado le horrorizaría, primero, que no tuviera dinero; segundo, que hablara de eso en su presencia; tercero, que no tuviera preocupación más importante que la de comer al día siguiente? ¡Cómo lo

despreciaría! ¡Qué horrible es el dinero que no se tiene! ¡Y cuánto más horrible cuando se necesita en medio de la ciudad más bella del mundo y ante una mujer hermosa! Ser pobre era para ella lo menos viril, y no sólo para ella. En este mundo, la pobreza falta de virilidad era debilidad, estupidez, cobardía y vicio.

Se fue con esa falsa y desesperanzada alegría que se parece a la sonrisa de un cansado artista de varietés, con esa alegría que nos construimos cien veces al día como si tuviéramos que inclinarnos ante un público. Se despidió de ella con serenidad, como un suicida convencido se despide de una vida querida y despreciada.

Caminó por la rué de Berri, la calle en la que ella vivía, llegó a los Campos Elíseos y se sintió al margen de toda aquella gente, a la que, sin embargo, rozaba con sus propios codos. Como si, al igual que un mendigo, estuviera más allá del mundo y sólo lo viera a través de una ventana dura, impenetrable, amenazadora a pesar de que se lo mostraba en todo su atractivo.

Era una tarde clara, los coches pequeños corrían como niños por las anchas calles, juguetones, alegres, ruidosos. Pasaban ancianos caballeros; guantes claros en las manos, polainas claras en los pies; el resto eran prendas oscuras, solemnes y al tiempo alegres. Iban al bosque de Bolonia para pasar allí el jovial ocaso de sus vidas, que parecía una segunda mañana. Pasaban muchachitas, chiquillas de la gran ciudad, civilizadas, maduras y sensatas, llevadas de la mano por sus madres, paseando sobre el empedrado con la delicada seguridad de una dama, seres encantados, mezcla de animal y de princesa. En las terrazas de los cafés estaban las mujeres adultas, pajitas amarillas entre los labios rojos, como finas flautas. El mundo estaba detrás de un cristal, como tapices antiguos y valiosos en un museo, cuya destrucción se teme.

Tunda encontró al amigo del gran poeta, pues era la época en que, en París, los pertenecientes a una determinada capa social pueblan los Campos Elíseos, si con la palabra «poblar» puede designarse el paseo de estas mujeres y hombres.

Era como si fuesen conducidos por alguien, como cuando se pasea a los animales en un zoológico o en una exposición de fieras a determinadas horas del día, era como los museos que abren varias horas a la semana para mostrar algunas de sus joyas antiguas, raras y preciosas.

¿Quién dirigía a esa gente? ¿Quién les mostraba algo en ese museo que se llamaba Campos Elíseos, quién les ordenaba circular y girar como maniqués? ¿Quién los reunía en los salones de presidentes y en los tés de las mujeres hermosas? ¿Cómo conocían los grandes poetas a sus amigos y éstos a los grandes poetas? ¿Cómo conocía el señor de V. al presidente?

No eran casualidades, eran leyes.

¡Qué se traerían entre manos! A veces, a Tunda se le aparecían como gusanos alrededor de un cadáver, el mundo era su ataúd y dentro no había nadie. El ataúd estaba en la tierra y los gusanos perforaban caminos en la madera, hacían agujeros, se encontraban, seguían perforando hasta que el ataúd no era otra cosa que un gran agujero; desaparecerán los gusanos y el ataúd, y la tierra se asombrará al ver que dentro no había ningún cadáver.

XXIX

Un día Tunda decidió pedir ayuda al honorable presidente. Había vacilado durante algunas semanas porque no sabía si visitarle o escribirle una carta detallada, aunque concisa, efectiva y cortés, pues probablemente el anciano señor medía muy bien sus propios pasos, no permitiéndose ni el más mínimo fallo.

Tunda advirtió que toda su experiencia no era suficiente para adquirir seguridad en un mundo que le era extraño. Y de una vez comprendió la timidez de los inválidos, de esos inválidos que, en el purgatorio de la guerra, han perdido ojos, narices, orejas y piernas, y que, de retorno a su país, obedecen las órdenes de una criada que les hace entrar por la puerta de servicio. El corazón le latía con fuerza. Todo el valor y la fuerza vital que siempre había mostrado no eran más que consecuencia de determinadas situaciones, y la cobardía era la esencia del hombre amaestrado.

Escribió varias cartas y las rompió. Se obligó a pensar en las noches rojas, en la púrpura ardiente de sus días pasados, en el blanco imponente, infinito y absoluto, del hielo siberiano; en el peligroso silencio de los bosques que había recorrido y en los que sólo se oía el aliento de la muerte; en el hambre acuciante que le había devorado las entrañas; en su peligrosa huida; y en aquel día en que, estando inconsciente, lo habían colgado a lomos de un caballo al galope; en el momento en que perdió la consciencia y que fue como una caída repentina y, sin embargo, lenta, en un abismo rojo y negro de suavidad, horror y muerte. Pero ningún recuerdo servía. Porque el presente es mil veces más fuerte que el más fuerte pasado, y comprendió el dolor de las personas que, diez años antes, habían soportado heroicamente una peligrosa operación y hoy sucumben ante un dolor de muelas.

Decidió ir a ver al señor presidente. No se había anunciado, y cuando estaba frente a la puerta se consolaba pensando que podría llenar los dos primeros minutos de su visita con disculpas por lo repentino de ésta. Con su acostumbrada y bien manejada cordialidad, el presidente le contestaría que, por supuesto, le resultaba muy agradable que le fuese a ver. Entonces Tunda tendría el valor de decepcionarlo.

El señor presidente estaba en casa, y estaba solo. Tunda admiró una vez más la precisa, confiada e inexorable maquinaria del ceremonial, que no se detenía ni un momento y que no se preocupaba por la finalidad de su visita, haciéndole gozar de los honores que sólo corresponden a un ser independiente, altivo y libre. La deferencia con que aún hoy lo trataba el criado sería semejante a la imperturbabilidad con que lo rechazaría mañana, cuando hubiera caído definitivamente, y de forma visible para todos, en la categoría de los solicitantes fracasados. No hay excepción. Tunda pensaba en la ley de la que le había hablado una vez aquel fabricante. Aunque se haya roto hace tiempo con la propia clase, grupo social o categoría, si el ceremonial todavía no lo sabe, y hasta que no se tenga conocimiento del ascenso o la caída, ni ésta ni aquél son verdaderos. Tunda era como alguien que viene de una ciudad destruida por un terremoto y es recibido por quienes no lo saben, como si acabara de llegar en el último tren ordinario.

Pero si la antesala y el criado le habían parecido iguales que en los viejos tiempos—las pocas semanas se habían convertido en decenios—, en la mirada del señor presidente ya encontró, sin embargo, todo el cambio de su situación. Porque los poseedores, los tranquilos, los despreocupados, incluso los que están medianamente asegurados, desarrollan un instinto de defensa contra toda invasión de su mundo protegido, temen el menor contacto con alguien que les pueda pedir algo, y presienten la proximidad de la falta de recursos con la seguridad propia de los animales de la pradera ante un incendio. Incluso si, hasta aquel momento, el señor presidente hubiese pensado que Tunda era millonario y pertenecía al club de los Citroen, se habría dado cuenta de su total cambio de situación, y lo hubiese adivinado en el instante mismo en que Tunda se acercó para confesarle su pobreza; lo habría adivinado gracias al don profético que acompaña a la propiedad, al tener las espaldas bien guardadas, al ser burgués, de la misma manera que el perro fiel acompaña al buhonero ciego.

La nobleza del presidente se transformó en miedo, su reserva en rigidez, su precaución en desagrado. Incluso su belleza se había convertido en una vanidad barata, exterior, fácilmente explicable. Su hermosa barba plateada era el resultado de un peine y un cepillo, su frente lisa era un signo de su egoísmo irreflexivo y cómodo, sus uñas pulcras una especie de cuidadas garras, su mirada era la de unos ojos que, como ocurre con los espejos, reflejan las imágenes del mundo sin absorberlas.

—Me va mal, señor presidente—dijo Tunda.

El presidente puso una cara más seria aún y le señaló un cómodo sillón de cuero, como un médico dispuesto a prestar atención y a escuchar con ese interés gustoso con el que los médicos oyen una historia clínica, porque, en cualquier caso, puede ampliar sus conocimientos. Estaba sentado allí como el Padre Eterno en una nube, mientras sobre Tunda caía un ancho rayo de sol a través de la ventana, un rayo de sol que iluminaba sus rodillas, y la luz delante de él parecía una pared dorada y transparente, detrás de la cual estaba—escuchándolo o no—el señor presidente. En ese momento ocurrió algo extraordinario: el señor presidente se levantó, la dorada pared de vidrio retrocedió hasta él, que la atravesó, convirtiéndola entonces en un velo dorado que se adaptaba a las formas de su cuerpo, descansaba sobre su espalda y dejaba ver un par de motas de caspa sobre su traje azul. El presidente estaba en pie, se había vuelto humano, le dio la mano a Tunda y le dijo:

—Quizá pueda hacer algo por usted.

XXX

Tunda anduvo por las calles alegres con un gran vacío en el corazón, como se siente un preso en sus primeros pasos en libertad. Sabía que el presidente no podía ayudarle aunque le diera la posibilidad de comer y comprarse un traje. Tampoco se pone en libertad a un preso cuando se le deja salir de la cárcel. Tampoco se hace feliz a un niño huérfano cuando se le consigue una plaza en un orfanato. Él no se sentía a gusto en este mundo. ¿Dónde podría sentirse a gusto? En la fosa común.

La luz azul brillaba sobre la tumba del soldado desconocido. Las coronas se marchitaban. Había allí unos jóvenes ingleses, los sombreros grises flexibles en las manos y las manos a la espalda. Habían salido del Café de la Paix para ver la tumba. Un padre anciano pensaba en su hijo. La tumba estaba entre él y los jóvenes ingleses. Bajo sus pies yacían los restos del soldado desconocido. El viejo y los jóvenes se dirigieron la mirada por encima de la tumba. Era como un silencioso acuerdo entre ellos. Era como si cerrasen un pacto, el de no lamentar juntos, sino olvidar juntos al soldado muerto.

Tunda ya había pasado algunas veces por delante del monumento. Siempre había turistas a su alrededor, con sus sombreros de viaje en la mano, y nada le ponía más enfermo que su forma de rendir honores. Era como si unos trotamundos que también fuesen religiosos visitaran una iglesia famosa en plena misa y se arrodillaran ante el altar con la guía turística en la mano, por costumbre y para no tener nada que reprocharse. Su oración es una blasfemia y la coartada de sus conciencias. La llamita azul bajo el Arco del Triunfo no estaba encendida para honrar al soldado muerto, sino para tranquilizar a los supervivientes. Nada más cruel que la oración sin rumbo de un padre ante la tumba de un hijo al que ha sobrevivido, al que ha sacrificado sin saberlo. A veces era para Tunda como si él mismo estuviera allí abajo, como si todos estuviéramos allí abajo, todos los que salimos un día de nuestra tierra, los que cayeron y fueron enterrados y los que volvimos pero nunca regresamos a ella, pues da lo mismo que estemos vivos o enterrados. Somos extraños en este mundo, venimos del reino de las sombras.

Después de unos días, el señor presidente llamó a Tunda.

Entre ambos existía ahora la distancia que se crea entre el que ayuda y el que necesita ayuda, una distancia muy distinta de la que existe entre el viejo y el joven, el nativo y el extranjero, el poderoso y el débil que es, sin embargo, independiente. En la mirada del presidente no había menosprecio, pero tampoco esa serena disposición que tienen las personas nobles para acoger al extraño, la hospitalidad de la falta de prejuicios. Incluso es posible que Tunda estuviera ahora más cerca de su corazón. Pero ya no eran dos personas libres en un plano de igualdad. De ahora en adelante era posible que el anciano llegase a confiar a Tunda alguno de sus secretos, pero no una de sus hijas.

—He encontrado algo—dijo el presidente—. Hay un tal señor Cardillac cuya hija viajará a Alemania y necesita un poco de ejercicio de conversación. En estos casos suele buscarse una vieja alsaciana. Pero yo estoy, por principio, en contra de ese tipo de profesoras, porque, si bien dominan el idioma, es un idioma muy

distinto del que necesita una joven de buena familia. A estas profesoras les faltan matices. Por eso es por lo que he pensado que un hombre con buena educación, con mundo, con conocimientos, con todo tipo de experiencias—el número de virtudes de Tunda crecía visiblemente—dispone precisamente del lenguaje apropiado y necesario. Se trataría también de informar a la joven sobre la situación del país al que va a ir, sin críticas, por supuesto, y sin despertar en ella prejuicios. Los prejuicios, sobre todo, serían muy poco convenientes, porque el señor Cardillac, que, entre nosotros, en realidad no se llama así, tiene parientes, aunque bastante lejanos, en Alemania, en Dresde y en Leipzig, si no me equivoco.

Como si un presidente que aboga por la paz europea y muestra un gran aprecio por Alemania, como si un presidente así tuviese necesidad de explicar por qué conoce a un cierto señor Cardillac que tiene parientes alemanes, el anciano señor continuó diciendo:

—Al señor Cardillac no lo conozco mucho. Me fue recomendado hace algunos años por una antigua familia de Milán que fabrica estufas de azulejos, famosas en todo el mundo, y pequeños objetos de adorno muy conocidos. El señor Cardillac es un hombre que tiene una posición acomodada, creo que se ocupa del comercio de obras de arte; sus relaciones son, en realidad, más de tipo comercial que social, pero usted sabe, querido señor—decía nuevamente «querido señor»—, que después de la guerra lo comercial y lo social se han vuelto conceptos idénticos...

Y el señor presidente se sumió unos momentos en el silencio para reponerse de la conmoción que él mismo se había causado al comprobar la identidad de lo social y lo comercial.

Quería, por cierto, la paz entre las naciones, pero lo que entendía por ello era la paz de algunas capas sociales; no tenía, por cierto, prejuicios, se consideraba el hombre más progresista del mundo culto, pero las categorías que se había creado estaban enraizadas profundamente en los mismos prejuicios que rechazaba. Con aquellos a quienes se llama «reaccionarios», el presidente tenía en común los cimientos, sólo que su casa estaba más aireada, con más ventanas, pero se derrumbaría de seguro en el momento en que le tocaran los cimientos. Indudablemente se avergonzaba de su relación con el señor Cardillac. Le era desagradable tener que hablar de él. Es posible que le hubiera resultado igualmente fácil recomendar a Tunda a alguna otra joven de mejor posición. Pero desde que le había pedido ayuda, Tunda ya no gozaba de una consideración tan elevada.

XXXI

Así llegó Tunda a la casa del señor Cardillac.

Nunca había visto una casa tan grande. Le parecía mayor de lo que era en realidad porque no la conocía del todo, porque nunca llegaba a ver más que algunas partes o zonas de ella; la conocía tan poco como a un diccionario del que de vez en cuando se coge un determinado tomo para buscar una palabra determinada.

Lo que más le interesaba era la señorita Pauline, con la que tenía que hacer ejercicios de conversación. Dieciocho años, morena, con ese tono de piel que se ve en los Balcanes—el señor Cardillac provenía del sur de Rumania—, ese color que hace recordar el color de los aerolitos y parece estar compuesto de hierro, viento y sol, con unos hombros caídos y estrechos, raquíuticos, que despertaban compasión, con unas caderas suaves y llenas, que algún día se verían amenazadas por una anchura peligrosa y deformante, Pauline parecía digna de un padre mejor que el suyo y de una vida más rica, más satisfactoria que la que llevaba. Una de las funestas inclinaciones de Tunda era la de sentir compasión por las mujeres bonitas. Su belleza le parecía el reflejo de lo que ellas valían, y no podía acostumbrarse a pensar que la belleza de un cuerpo femenino no es algo que rebosa una gracia, un lujo, como, por ejemplo, el genio de un espíritu masculino, sino un instrumento natural de su existencia, como sus miembros, la cabeza, los ojos. La belleza es el distintivo simple, primario, de una mujer, como el pecho un órgano de su sexualidad y su maternidad. La mayoría de las mujeres son bellas, así como la mayoría de las personas no son inválidas. A Tunda, sin embargo, cada belleza le desconcertaba de tal modo que tendía a buscarle una explicación en algún mérito de su poseedora que no había sido suficientemente apreciado. En el comienzo de su amor estaba siempre la compasión, junto con la obligación de hacer desaparecer del mundo una injusticia que clamaba al cielo.

Por lo tanto, al principio sobrestimó a Pauline. Gozaba viéndola entrar en la habitación donde él esperaba, viéndola dejar un momento entornada la puerta de su cuarto, que parecía estar lleno de objetos preciosos e indescriptibles, carentes de forma, puramente etéreos. Le gustaba ver la graciosa torpeza con que se llevaba la mano a la espalda para cerrar la puerta, cuyo picaporte se encontraba a la altura de su cabeza. Lo hacía como a hurtadillas, como si fuese algo peligroso, como si quisiera hacer pensar que tenía allí una cita prohibida. Sus manos delgadas, que apenas parecían capaces de sostener algo, eran frías, de un rojo delicado que empalidecía, vacilante, y hacían recordar continuamente sus aún recientes años infantiles. Las usaba con cuidado, como algo prestado y valioso, como un pájaro joven sus alas: así sentía Pauline sus manos. Abría demasiado los brazos o pegaba los codos al pecho como si tuviese miedo; aún no tenía práctica en calcular sus movimientos. A Tunda le gustaba la redondez del cuadrante que formaba de perfil su mentón caído, y la pelusilla blanca y suave que se extendía por todo su rostro de un moreno rojizo, una especie de musgo plateado de juventud y belleza.

Él, sin embargo, sabía que esa muchacha, por más que fuera joven y frágil, provenía, al igual que otros más fuertes, de un mundo que él despreciaba, y que

no merecía su belleza. ¿Con qué gente había estado? ¿Con qué gente iba a estar? Sus días y sus noches estaban llenos de los indignos y ridículos pensamientos, palabras, experiencias y movimientos de aquella gente. Con ellos iba a pasear, a bailar, recorría montañas y balnearios, de ellos se enamoraba, jugaba y bailaba, con uno de ellos se casaría y tendría unos hijos que serían como todos los otros. ¡Razón suficiente para despreciarla! Razón suficiente para pensar que la naturaleza, ciega como es, hace también hermosas a las mujeres de esta casta antinatural, del mismo modo que hace crecer sanos a sus hombres. Lo mismo que un monje procura alejar el peligro de aficionarse a una mujer recurriendo al procedimiento, tan antinatural como infalible, de restarle encantos, Tunda empezó a ver en Pauline los defectos de su mundo. Pronto encontró en lo profundo de sus ojos vivos, coquetos, y siempre llenos de sol, en una profundidad anatómicamente improbable y médicamente inclasificable, una pared insensible contra la que se estrellaban con tristeza las imágenes del mundo.

En las facciones tersas y cuidadas encontró la fría estupidez que tanto se parece a la encantadora bondad, la gracia afable y la despreocupada alegría de vivir, esa estupidez desconsoladora, cautivadora y elegante que se compadece de los mendigos de la calle y pisotea mil vidas con cada uno de sus ligeros pasos.

Era una casa rica. La gente joven que la frecuentaba estaba tan habituada a los clubes de equitación y a los campos de deportes internacionales como sus padres a las lonjas de joyas de Bucarest a Ámsterdam. Pero así como en los casos de ligero daltonismo los enfermos carecen de percepción para una parte de la escala cromática, y les resulta difícil o imposible diferenciar el violeta del azul, y el azul del verde oscuro, a estos jóvenes les faltaba el sentido de la belleza, la fealdad, lo natural y antinatural, la atracción o la repulsión por ciertas situaciones o determinadas circunstancias. Sí, de eso carecían por completo. Lo que más extrañaba a Tunda era que, a pesar de presumir de entusiasmo por la naturaleza y de sentirse compenetrados con ella—y además de creérselo—, no les afectara en absoluto su ánimo cambiante; que mostrasen el mismo espíritu en días nublados y fríos que en días cálidos y despejados, que, tanto en el bochorno como en el frescor que sigue a la lluvia, al mediodía, a la salida o la puesta del sol, se encontraran siempre en esa disposición alegre y festiva, precipitada y algo acalorada que domina a los jugadores y a los recogepelotas en los campeonatos de tenis. Con esmoquin o con camisa deportiva, eran los mismos. Los dientes fuertes, blancos, grandes, daban la impresión de anuncios de dentífricos, y parecían exhibirse en vez de sonreír; los hombros anchos, cubiertos con hombreras, los talles esbeltos, las manos grandes, musculosas y purificadas de todo sentido del tacto, las corbatas finas y multicolores anudadas al cuello, el pelo pulcramente cortado, bien cuidado, y prometiendo no perder nunca su color; masajeados, duchados, y en todo momento como si acabasen de salir de un baño de mar, estos jóvenes se le aparecían a Tunda como una especie de fieras domesticadas de gran ciudad, expuestas en el paseo principal, y de cuya manutención tenía que encargarse la municipalidad. Hablaban con voces retumbantes, el eco les nacía ya en la boca. Pronunciaban con una seriedad imperturbable las frases de cortesía que aparecen en las más vulgares guías de buenos modales. Podían hablar—una vez que han comentado exhaustivamente las modas de la próxima temporada—sobre todos los aspectos de la vida humana con el tono que emplean las revistas elegantes cuando tratan

de política, literatura y finanzas en las últimas páginas, por obligación y con la letra más pequeña. Estos jóvenes hablaban de máquinas y coches con el lenguaje de la publicidad. En general, su estilo parecía inspirado en la sección de anuncios de los periódicos. Siempre sabían qué decir, y lo que decían sobre cosas y situaciones lo captaban más o menos con la misma exactitud con que capta un fotógrafo ambulante de un parque la imagen de una inquieta pareja de novios.

Los miembros femeninos de esta sociedad llevaban una vida jovial con sus finos vestidos multicolores, ligeros y caros. Se movían por las calles sobre piernas perfectamente formadas, con zapatos de corte sorprendente, a veces excéntrico; conducían automóviles, iban a caballo al galope, guiaban ligeros carruajes, y el autor de su corazón era Claude Anet. No aparecían nunca solas, o de dos en dos, sino que se unían en bandadas como los pájaros migratorios, y, como los pájaros, eran todas igualmente bonitas. Entre ellas puede que se diferenciaban por determinados vestidos y lazos, por la variación de alguna tintura del pelo o algún lápiz de labios. Pero para el espectador eran hijas de la misma madre, hermanas de sorprendente parecido. El hecho de que tuviesen nombres distintos era un error del registro civil.

Por otra parte, casi todas tenían nombres ingleses. Con mucha justicia, no se les habían puesto nombres de santos, ni los de sus abuelas, sino de heroínas de películas norteamericanas o de comedias de salón inglesas. No les faltaba nada para asumir determinados papeles. Del mismo modo que entraban en una habitación esparciendo delante de sí una nube de fragancia y belleza, podían aparecer en un escenario o transformarse en sombras en movimiento en una pantalla. Era evidente que, aunque fueran tan vitales, carecían de toda vida. Tunda no las percibía como algo real, sino como bailarinas de teatros de varietés, que aparecen como una especie de ensueño, a pesar de su vitalidad corporal y de sus virtudes carnales, por el hecho de ser increíblemente iguales, bonitas y numerosas; un ensueño intercalado entre números de variedades, consecuencia de una sugestión hipnótica. A Tunda, todas estas muchachas le parecían sin carácter, como fotografías de revistas ilustradas. Cuando se le acercaban era como si las hojeara. En realidad, eran también los objetos preferidos de las revistas ilustradas. Representaban el mundo elegante, en invierno deslizándose en trineo sobre la nieve deslumbrante de St. Moritz (radiante lana blanca sobre sus cuerpos), en febrero coronadas de flores en el desfile de carnaval de Niza, en verano desnudas a orillas del mar, en otoño de vuelta a la ciudad para inaugurar la temporada de invierno con sombreros nuevos.

Todas eran bonitas. Poseían la belleza de una especie. Parecía que su creador les hubiera repartido por igual una gran cantidad de belleza, que no bastaba, sin embargo, para diferenciarlas entre sí.

XXXII

Siempre que Tunda pensaba en Irene la imaginaba tan alejada como él mismo de ese mundo atractivo y despreocupado. A una relación de este tipo se la puede llamar «romántica». Me parece que éste es el único concepto que sigue teniendo validez hoy en día. Creo que, entre la tortura de soportar la realidad—esas categorías falsas, conceptos sin alma, esquemas vacíos—y el deseo de vivir en una irrealidad que se reconoce como tal, no hay elección. Puesto a elegir entre una Irene que juega al golf y baila el charlestón, y una Irene que ni siquiera consta en el registro civil, Tunda se decidió por la segunda. Pero, ¿qué era lo que le daba derecho a esperar a una mujer que fuese distinta de todas las que veía? De la señora G., por ejemplo, a la que, sin embargo, había amado toda una noche, ¿la imagen lejana de la lejana Irene? Sólo el hecho de haberla perdido, de que, en su camino hacia ella, un extraño destino le hubiera arrebatado como un huracán, llevándolo a otros lugares, a otro tiempo, a otra existencia.

Era la última vez que iba a casa de Pauline, que se marchaba finalmente a Dresde. Sus maletas estaban todavía abiertas y a medio llenar en su habitación. Tunda hablaba con su padre. El señor Cardillac estaba sentado en una silla en la que no cabía; sobresalía del asiento y por encima del respaldo, aunque no tenía mucha grasa, porque era más bien musculoso que gordo, más bien rechoncho que grandote, bajo, con unas piernas cortas sobre las que se mantenía firme e inmovible como un objeto de hierro. Tenía la nuca roja y dura, el cuello corto, las manos anchas; sus dedos, sin embargo, estaban provistos de una cierta gracia, como si los hubiera mandado hacer posteriormente. Le hacían casi simpático cuando tamborileaban, traviesos, sobre la mesa, o se palpaban los botones del chaleco, o se deslizaban entre el cuello y la camisa para aflojar el remate almidonado de ésta. Sí, Tunda encontraba tolerable al señor Cardillac. En general, podía soportar mejor a la generación anterior. Un hijo del señor Cardillac le hubiera resultado insoportable. El padre, en cambio, en los momentos en que se relajaba, volviéndose más natural, tenía todavía la sencillez simpática y honesta del hombre trabajador, esa sencillez que se asemeja a la falta de prejuicios y se acerca a la bondad. Su honradez sencilla estaba oculta, pero se la podía adivinar por debajo de una capa de gestos aprendidos, inhibiciones difícilmente adquiridas y difícilmente conservadas, debajo de trincheras defensivas dispuestas con esfuerzo, trincheras de orgullo, autosuficiencia y vanidad imitada. Cuando se miraba al señor Cardillac a los ojos—llevaba lentes—aunque veía perfectamente, para ocultar un ojo desnudo sobre el que le faltaba la ceja—, cuando, con una mirada familiar, se le podían quitar en cierto modo las lentes y, por lo tanto, desnudarle, el señor Cardillac comenzaba a hablar con voz queda de su dura juventud, y era poco lo que mentía. Pero cuando se le hablaba de algo en general, Cardillac tomaba nuevamente su posición oficial, como si tuviera el deber de defender la sociedad de la que era un puntal, y que le permitía su cómoda situación.

Así es que Tunda charlaba con el señor Cardillac, y hasta se sentía un poco melancólico por tener que dejar su casa. Cardillac le invitó a volver en invierno. Le dijo que organizaba pequeñas reuniones, a veces también grandes, pero la

mayoría íntimas, en las que se veía con mucho gusto a hombres jóvenes. Se estrecharon la mano. Tunda recibió un cheque, se despidió de la señorita Pauline y se fue.

Frente a la puerta de la casa había un coche; el motor todavía en marcha, el chófer abrió la puerta y bajó una mujer. Era delgada, rubia e iba vestida de gris. De una sola mirada Tunda vio los zapatos estrechos, grises, de piel Usa, que envolvían con suavidad el pie, vio las medias finas y brillantes, esa piel artificial y doblemente excitante, estrechó con sus ojos, como si fueran dos manos, las caderas delgadas y sueltas. La mujer se iba acercando cada vez más, y, aunque desde el borde de la acera hasta la entrada de la casa no habría más de tres pasos, a Tunda le pareció que el camino duraba media eternidad, que se dirigía a él, directamente a él, y no a la casa; le pareció que había estado esperando a esa mujer en ese mismo lugar hacía años.

Sí, la mujer se acercó, y él vio su rostro hermoso, altivo, amado. Ella le devolvió la mirada. Lo miró un poco enojada y un poco adulada, como miran las mujeres cuando pasan ante el espejo de un restaurante o de una escalera, dichosas de comprobar lo bonitas que son, despreciando al mismo tiempo la poca calidad del cristal, que no es capaz de reproducir su belleza. Irene vio a Tunda y no lo reconoció. Había un muro en la profundidad de sus ojos, un muro entre la retina y el alma, un muro en sus ojos grises, fríos, enojados.

Irene pertenecía a otro mundo. Iba a casa de los Cardillac. Iba a Dresde con la señorita Pauline. Vivía sana y feliz, jugaba al golf, se bañaba en las costas arenosas del mar, tenía un marido rico, recibía invitados y organizaba reuniones, pertenecía a sociedades benéficas y tenía buen corazón. Pero a Tunda no lo reconoció.

XXXIII

Tunda recibió una carta muy abultada; por fin, la primera carta de Baranowicz.

Había dado mil vueltas, de Berlín a casa de Georg, era una carta que había viajado mucho, había tardado tres meses. Durante el camino parecía haber engordado.

Baranowicz le agradecía el dinero, estaba dispuesto a devolvérselo e incluso a mandarle algo más. Había hecho brillantes negocios, el Estado le había comprado una parte de su finca. La tierra contenía valiosos minerales. Se hablaba de platino. Además, dentro de medio año saldría una nueva expedición científica a la taiga, y él iría de guía. Si Tunda quería, podía ir también. Baranowicz ya había recibido un adelanto para adquirir todo tipo de equipamiento.

Después de todo esto, venía una parte que sorprendió un poco a Tunda. Decía así:

«Casi me olvido de lo principal:

»Hace dos meses llegó a casa una mujer, ya había comenzado el deshielo y los días se hacían más largos; era una mujer como un pájaro. Se presentó como mi cunada, venía del Cáucaso, con muchas pieles y una fotografía tuya como prueba; había viajado durante tres semanas. La trajo un comerciante de pieles de Omsk. Me dijo que tú le habías enviado dinero y que había venido a mi casa porque yo era el único pariente que tenía en el mundo; su tío, un alfarero, había muerto.

»Se llama Alja y pasa la mayor parte del día en silencio.

»Le dejé que se quedara, le hice una cama y ahora vive conmigo. Hablamos muy poco y no le pregunto qué va a hacer sin ti. Habla muy mal el ruso, las pocas veces que abre la boca. Si no me equivoco, creo que es bonita.

»Si quieres puedo darle dinero para que vaya contigo. Pero también puede quedarse aquí. Me da lo mismo. Escríbeme a Irkutsk, lista de correos. Isaak Gorin, el comerciante de gramófonos, me recoge las cartas todos los meses.

»Le compré un gramófono, y a la mujer que dice ser tu esposa le gusta escucharlo. A veces llora. Quizá llore por ti, creo yo, y entonces a mí también me vienen las lágrimas.

»Una vez quise traer a Ickaterina Pewlowna conmigo, pero ella no quiso. Ha ahorrado dinero, dice que no quiere morir entre los lobos, sino en la ciudad, entre personas.»

Tunda podía, pues, volver a casa de Baranowicz, al que había dejado para ir a buscar a Irene.

Podía volver. Su mujer ya lo esperaba.

Vio la granja de su hermano, los dos perros, Barin y Jegor, la gran olla de

cobre donde cocía la carne, las pieles de alce sobre la cama honda; oyó las campanadas del reloj y el tenue gemido que daba antes de cada una, oyó también el golpe duro de los picos de los cuervos contra el alféizar de la ventana.

Pero no tenía nostalgia de la taiga. Le parecía que era en París donde estaba su sitio, y su decadencia. Vivía del olor de la putrefacción y se alimentaba del lodo, respiraba el polvo de las casas en ruinas y escuchaba con fascinación el canto de los gusanos en la madera.

Conservaba la fotografía de Irene tal como la había llevado durante años. La tenía contra su pecho. Iba con ella por las calles. En la plaza frente a la Madeleine se detuvo y miró hacia la rué Royale.

En ese momento encontré a Tunda.

XXXIV

Israel 27 de agosto de 1926, alas cuatro de la tarde. Las tiendas estaban llenas, las mujeres se agolpaban en los almacenes, en los salones de moda giraban los maniqués, en las confiterías charlaban los desocupados, en las fábricas zumbaban las ruedas, en las orillas del Sena se espulgaban los mendigos, en el bosque de Bolonia se besaban las parejas, en los parques los niños montaban en los tiovivos. En ese momento vi a mi amigo Franz Tunda, treinta y dos años, sano y despierto, un hombre joven y fuerte, con todo tipo de talentos; estaba en la plaza frente a la Madeleine, en el centro de la capital del mundo, y no sabía qué hacer. No tenía profesión, ni amor, ni alegría, ni esperanza, ni ambición ni egoísmo siquiera.

Nadie en el mundo era tan superfluo como él.